

EL ÑANDÚ O AVESTRUZ AMERICANO (1848)

Francisco Javier Muñiz*. 1916. Escritos científicos, Ciencias Naturales Argentinas,
Seis ensayos publicados con introducción y comentarios de
Domingo F. Sarmiento; La Cultura Argentina, Buenos Aires.
*1795-1871.

www.produccion-animal.com.ar

Volver a: [Producción de ñandúes](#)

INDICE

Comentario por Domingo F. Sarmiento

1. El ñandú, churí o avestruz americano
2. Exterioridad de la especie
3. Paralelo entre el ñandú y el avestruz africano; excelencia de aquél en velocidad y fortaleza
4. Alimentación del ñandú. Peculiaridades de su sistema digestivo
5. Generación. Proceso incubativo. Saca y cría. Enemigos de la especie. Sagacidad del padre y sus recursos en protección de la prole
6. Antecedentes de una campería en las pampas de Buenos Aires. Libertad y posibilidad de cualquiera para emprenderla. Provisiones. Unicos medios de ejecución: el caballo y las bolas. Su manejo. Cerco y mal juego en él. Estratagemas e instinto del Ñandú para eludir el peligro. Medios naturales con que lo consigue. Perros cazadores
7. Naturaleza de la carne del ñandú. Su salubridad. Distintas preparaciones que recibe, y las que dan a los huevos. Conducción de éstos a la distancia. Plumaz. Toldos o reparos contra la intemperie
8. Domesticidad del ñandú. Modo de conducirlo. Su ineptitud para el vuelo. Su facultad natatoria. Su voz. Aprensiones de los gauchos al campo desierto. Conclusión

EL ÑANDÚ O AVESTRUZ AMERICANO. COMENTARIO POR DOMINGO F. SARMIENTO

El doctor Muñiz publicó hace años en varios números de "La Gaceta Mercantil" una monografía del ñandú o avestruz americano, que es uno de sus más acabados estudios de las peculiares facciones de nuestro país. Su observación personal le permite rectificar no pocos errores de Buffon, en su famosa historia natural, guiado a veces por similitudes que cree existen con el avestruz de Africa, o bien repitiendo errores de viajeros, que recogen al paso tradiciones y consejos populares sobre las costumbres de los animales notables de América; y hace cierta gracia encontrar que Muñiz desde esta parte de América sobre el ñandú, como Audubon desde el otro extremo con respecto a las costumbres del pavo, tiene que habérselas con Buffon, pudiendo aquel como éste exclamar, "¿qué me ha de decir M. de Buffon sobre el pavo, a mí, que he vivido con ellos años enteros en los bosques, estudiando sus hábitos y costumbres?". Muñiz vivió veinte años entre ellos en las Pampas.

Hoy ha tomado una grande importancia el avestruz, como conquista nueva que la industria hace, sometiendo a la domesticidad el ave que provee de plumas de ornato, y conviene que nuestros hacendados conozcan la historia y costumbres de este productivo animal, que hace poco tiempo forma parte del ganado que puebla las estancias y embellece y anima el paisaje con su presencia hasta acabar por domesticarse, desde que el hombre lo ha tomado bajo su protección, en cambio de sus plumas variadas, y en gran demanda, a medida que el bienestar y la moda las hacen codiciar como adorno de todas las femeniles cabezas, envidiosas de los cardenales y picaflores que ostentan penachos de colores brillantes.

Amenazaban los indios extirpar la raza en sus boleadas, para obtener su escasa provisión de carne y plumas, cuando la idea de protegerlos en el país cristiano, vino a algunos de los depositarios de la "suma del poder público", no sabemos si Rozas o Urquiza; pero de seguro Urquiza los acogió en sus estancias de Entre Ríos; y tan seguros se mostraban de tan alta protección que se les veía acercarse a los caminos, y detenerse a mirar a los transeúntes, con el desdén que inspira la conciencia del derecho. Por poco no dan en incomodar a los pasajeros, que se guardaban de echar sobre ellos, ni por hacerse la mano, un tiritito de bolas; y sea dicho en mengua de las ideas liberales de que blasonamos, y de la hidalguía que nos atribuimos los del habla castellana, que asesinado alevosamente por sus propios protegidos, el amo, los que se pretendieron con ello libres, la emprendieron con los avestruces, ya sin protector; y por poco no acaban en unos cuantos meses con ellos, donde quiera que no estuvieran las armas nacionales para garantizarles la existencia.

Felizmente el impulso estaba dado, y el ensayo de Urquiza no fue estéril. Los estancieros gustaron de verlos asomar sus cuellos en el paisaje, la industria halló su cuenta, en propagarlos; e imitando el ejemplo de los "boers" y de los ingleses del Cabo de Buena Esperanza, el ñandú forma parte hoy del dominio del hombre, domesticado como el camello en Asia, la llama y la alpaca en América. Ya el de Africa más corpulento se aplica con éxito al

tiro de carruajes, imitando sin duda las palomas que tiraban el carro de Venus. (Váyase lo vigoroso del impulso por la falta de elegancia).

El Dr. Muñíz, después de haber agotado la materia en la descripción del ñandú, concluye por darnos una completa idea de una "boleada" de avestruces según las buenas reglas del "sport" indígena; y es fortuna que quede este directorio, porque aunque ya desaparecen con el predominio de la Pampa, que ejerció por siglos el caballo, antes y después del diluvio, cediendo su puesto a la herrada, fatídica y estúpida locomotora, no es de perder la esperanza de que salvada la raza de los avestruces, por la domesticidad, multiplicados éstos por reclamar el mayor aseo sus plumas en plumeros, y el mayor ornato en plumajes el "sport" cuando deje de ser pura importación bretona, y se encarne argentino, tengamos el "curre" del avestruz en nuestras dilatadas Pampas, sobre magníficos alazanes de raza, cabalgados por nuestra juventud, brillante entonces de ánimo y de salud; tras bandadas de avestruces, "boleando" ñanduces, al correr de los corceles. ¡Boleando! ¿Por qué no? Ya pudieran los gringos, más "que aguantarse un par de corcovos", rebolear sobre sus rubias cabezas los libes, y de dos vueltas prendérselos al ave mañera (que a un potro serían palabras mayores) como ya la caracteriza Muñíz, que se tiende de costado, en la rapidez de la fuga, y avanzando el ala con inimitable arte y gracia, sale en ángulo recto, desviándose de la dirección que llevaba, y dejando a mi gringo que vaya a sujetar, a una cuadra de distancia, el pingo indócil al bocado como no lo es un flete de la Pampa al freno mular que no se anda con chicas. Gracias a que cabalgara un mestizo, que de su madre la yegua criolla traerá el instinto de tenderse igualmente hacia el lado y en el ángulo que describe el fugaz avestruz. Es lástima que los Casteces, los Castros, y tantos otros campeones de la vieja escuela de equitación argentina vayan llegando a la época del desencanto, sucediéndoles una generación de dandys y "cox comb", de a pie, o de carruaje, sino los grandes juegos hípicas, las boleadas de sus buenos tiempos, serían todavía el orgullo de nuestros jinetes, con lo que tendríamos la adopción por completo de los usos británicos, cuyos "gentlemen" corren, es verdad, salvando cercas y saltando zanjas, tras de un zorro de cartón, o cosa parecida, pues estando a punto de extinguirse la raza en las islas que ha visto extinguirse los lobos, conserva en las mansiones señoriales un zorro doméstico, y que después de servir para una cacería, lo guardan a fin de que vuelva a servir en otras sucesivas.

Y para que el diablo no se ría de la mentira, y porque no habrá de repetirse de nuevo la hazaña, ni habrá en adelante ocasión de traerla a cuento, consignaré aquí un caso ocurrido recientemente en Australia, donde como en Inglaterra hay día designado para abrirse la caza. Habíase dado cita una banda de jóvenes en una pequeña aldea, para de allí lanzarse al día siguiente a la caza, en los vecinos campos. Ya enjanzados con los arreos de gala peculiares a aquel "sport", cargaban sus escopetas, ajustaban sus botines y polainas, cuando entra desalado el mozo del hotel, diciendo: ¡una liebre! y señalando hacia el lado donde la dejaba. ¡Esto si que era salirles la liebre al atajo! Corren todos los novicios cazadores, y tanta prisa se dan por tener el honor de ponerla patas arriba, que ningún tiro le aciertan, y la liebre se deja estar tranquila contemplándolos con la mayor indiferencia. Míranse los unos a los otros, asombrados de tan inusitado proceder entre liebres, cuando acercándose uno de los cazadores a distancia poco respetuosa, la liebre indignada saca una pistola, le descerraja el tiro a boca de jarro, y acaso por la emoción tampoco le acierta, lo que evitó felizmente efusión de sangre de una y otra parte; y hubiéranse dado las manos y quedados tan amigos como de antes, si la liebre por razones que no se dignó exponer, no hubiese preferido tomar el portante.

El hecho es auténtico e histórico; y siendo como es de suponer el asunto del día en el teatro de tan singular suceso, dióse al fin con la explicación del fenómeno. Una compañía de prestidigitadores pasaba a la sazón, y el Hermann que la dirigía había adiestrado una liebre, entre otros animales "savants", a disparar en las tablas, un tiro, probablemente vestido de militar (él o ella), y el mozo del hotel se la había procurado para hacerles aquella mala pasada a los jóvenes "nemrods" cuidando de sacar a la carga de las carabinas todo misil mortífero.

Así poco más o menos es por cierto la caza del zorro manso de Inglaterra, desprovista de la gracia de la del avestruz, con sus gambetas, sus tendidas de alas, cambios de rumbos, y astucias. Porque aun en esto viene errada la tradición que siguió M. Buffon, acreditando el estúpido cuento árabe de que viéndose perdido el avestruz, en la persecución, entierra el pico en la arena, creyendo con no ver él, que no lo ven a él los otros. Esto lo hacemos nosotros, en política sobre todo, de donde viene el decir, "¡esconde la pata que se te ve!", que le están diciendo los diarios todos los días al gobierno, en materia de elecciones y otros enredos.

Por el contrario el ñandú si encuentra delante de sí un médano y logra distanciar a sus adversarios, lo sube, y por poco que encuentre pajonales altos del lado opuesto, se desvía, siguiéndolos de soslayo para esconderse; de tal manera que si ofrece bajada el médano hacia el mismo lado de donde viene la corrida, lo rodea y va a salir en dirección opuesta al lado a donde van, dejando burlados y sin rumbos a los perseguidores.

De la gracia infinita de los movimientos circunflejos a que ayuda el uso de las largas alas como velamen o timón, he presenciado escenas de que Muñíz no pudo tener idea, por no haber "ñandúes" en grande escala domesticados en su tiempo. En la comisión recibida de la Sociedad "Protectora de los Animales" para gestionar en Santa Fe, el cumplimiento de nuestras antiguas leyes prohibitivas de corridas de toros, llenado satisfactoriamente el objeto, y teniendo algunos días por delante hube de aceptar gustosísimo la amistosa invitación de los señores Casado y Leguizamón para visitar sus respectivas colonias. El señor Leguizamón tenía en su estancia cría de

avestruces, y como en las cabras de Córdoba, la experiencia aconseja tener reunidos los polluelos en rededor de las casas, a fin, sin duda, de precaverlos de accidentes. Había reunidos más de sesenta polluelos grandulones, listos, y bien emplumados ya, y sea que les causase novedad la presencia de un extranjero, o que estuviesen de buen humor, noté que principió de un lado y se comunicó alrededor mío a todo el "chiquero" (de chico) un furor de correr y de hacer gambetas y tendidas de alas para girar en círculo, que mostraba una especie de locos o de histericados, de tenerme absorto, alucinado con espectáculo tan bello. Duró casi media hora, y creo que animal ninguno, ni los cabritillos, ni las bailarinas de la Opera, sean capaces de desplegar tanta gracia de movimientos; tendiendo los cuellos y sentando de golpe la carrera, mediante una ala tendida para equilibrarse y saliendo a escape en dirección opuesta. Sus plumas alborotadas y desparpajadas parecían espuma de agua que hierve a borbotones, o velas que extiende la maniobra, o pañuelos en los "bailecitos" americanos para recogerse de nuevo cual mariposas que suprimen o dilatan sus brillantes alas.

Esta zalamería me trajo a la memoria la "fantasía" árabe, lengua que nos ha dejado la palabra, aunque la cosa ha desaparecido. La fantasía es la recepción que los jinetes de un aduar o de una tienda árabe hacen en el desierto a la persona a quien quieren dar la bienvenida. Salen a recibirla a caballo los varones a cierta distancia, y la saludan con disparos de sus largas escopetas, rayando los caballos, saliendo a escape mientras cargan de nuevo, para volver corriendo a disparar nuevos tiros casi a las orejas del caballo que monta el favorecido. Cuando los jinetes son numerosos se deja comprender la novedad y el brillo del espectáculo, pues a cada revuelta y durante la carrera, los albornoces blancos se extienden al aire, inflados como velas latinas o juanetes de goletas, mientras que el humo, las detonaciones, el polvo y los aleruyas o "ayuyu" de bienvenida hacen escenas, que con el peligro de las caídas, llega a ser impresiva.

¿No habrán tomado de los avestruces los árabes la fantasía, pues yo la he visto original como la describo? La imitación de la naturaleza es nuestra dote a veces civilizadora, testigo los vestidos de cola de nuestras damas, que son imitación del magnífico aditamento del pavo real, lo que nada quita a su majestad y a la elegancia de los movimientos verdaderamente regios que el llevarla provoca en nuestras pavitas.

Perdimos con los árabes la "fantasía" como gimnástica, pero quedó por estos pasados siglos en América, su tradición con el juego de "tirar al pato", que también ha desaparecido, o va camino de extinguirse en la molición de nuestras modernas costumbres. Dábanse cita los más bien cabalgados caballeros y mejores jinetes para ostentar su destreza y elegancia en el manejo del caballo, y llevando uno un pato tomado de las patas, corriendo en círculo, seguíanle otros diez o doce a un tiempo para arrebatarlo. Fórmese idea el que pueda sin haberlo visto, del peligro de las volcadas, del terror de los encuentros, de rodar unos sobre otros jinetes, con caballo y todo, y de la destreza y coraje para dejarlos a todos burlados el campeón, rayando bruscamente el caballo para dejar pasar a los perseguidores, y "rebrousser chemin", si ese era el giro indicado.

¡Oh! restablezcamos las corridas de avestruces en las estancias como las de Unzué, Cano, Luro, Pereira, Muñiz, en campos como los vecinos de Mar del Plata, o las Lagunas de Gómez, y otros lugares pintorescos, y nuestras costumbres recuperarán su antigua bizarría. No la echemos de civilizados, nada más que por ser "gomosos" (léase poltrones), pues hasta las naciones sucumben, cuando las facultades físicas no se desarrollan a la par de las intelectuales.

Las Boleadoras

Tiene un particular interés la conservación del uso de las bolas, como misil entre nosotros, y mayormente aplicado a la caza del avestruz o ñandú, que quiero hacer notar aquí.

Las boleadoras, el avestruz y la Pampa, tienen entre sí tan íntima relación, que suprimido uno de estos factores quedan suprimidos los otros dos.

Si la Pampa estuviese cubierta de bosques, aun matorral, el ejercicio franco del tiro sería perdido. Esta invención del hombre prehistórico es exclusiva de la Pampa, como el "womerang" lo es de la Australia. La primitiva embarcación es un tronco que flota y descende los ríos, sobre el cual se asientan pájaros. Cada región o raza humana tiene su embarcación especial, lo que prueba que es local la invención. Sin embargo, en las costas del Pacífico la piragua se compone de dos bolsas de lobo sopladas y pareadas. El arco y la flecha son armas universales en América, Asia, Africa y Europa; la pagalla, o el dardo arrojado es de todos los países; pero aun así no son armas primitivas, ni aun las piedras como armas arrojadas, pues cuesta mucho estudio a los niños aprender a dirigir las. Desgraciada aquella de nuestras damiselas que contase salvar de una agresión con arrojarle una piedra al agresor, le saldría el tiro hacia un lado, infaliblemente.

Y bien, las boleadoras o los libes son invención de nuestros antecesores prehistóricos, impuesta por la necesidad, cuando ya el hombre se habría adiestrado a arrojar piedras a los animales o a sus enemigos.

Los querandíes, indiada de estas pampas, usaban las bolas en los días de la conquista, descritas por Ramírez como "globos de piedra redonda y del tamaño de un puño, atados a una cuerda que los guía, los lanza con tanta seguridad que jamás erran". (Citado por Ameghino). El padre Lozano extiende su uso a la Banda Oriental, y cosa rara y significativa, Azara niega el hecho. "Ni les hacían ventaja los avestruces, dice Lozano, para cuya caza

usaban las bolas de piedra, no sólo para enredarlos y detenerlos, sino para herirlos en la cabeza, en que son tan certeros, que poniéndoseles a competente distancia no erraban tiro". Confunde instrumentos distintos.

Pero es el caso que no hay piedras en la Pampa; y sólo pudo el habitante de esta dilatada planicie procurárselas, por el comercio, o de las sierras de Córdoba o de la Ventana, y debió ingeniarse para recoger la piedra misma que tiró, desmintiendo el adagio "piedra suelta no tiene vuelta". En este país todo tiene vuelta, hasta las palabras. La bola solitaria que el indio maneja para quebrar el cráneo, conservándola en su poder por medio de una cuerda, pertenece a la misma familia. Los instrumentos que de piedras se labraron los hombres primitivos, los proveía el sílex o pedernal, y otras piedras duras como la obsidiana. El señor Ameghino que posee el más rico arsenal de armas y de instrumentos de pedernal de nuestros indios, nos hacía notar la pequeñez de los instrumentos, cuchillos, raspadores, agujereadores, etc., debido, decía, a la escasez de la materia prima, pues han tenido que procurarse de Montevideo o Entre Ríos los fragmentos de pedernal en que las han tallado. Los señores Zavalla, afincados a la orilla de la Mar Chiquita, debiendo procurarse arena para proveer a las obras de ferrocarriles, tuvieron la excelente idea de encargar a los trabajadores apartasen los fragmentos de roca que encontrasen, u otros objetos del arte humano. Pobrísima y poco variada es la cosecha de pedernales obtenidos de las orillas del lago. Una libra de los que nos cedieron como muestra la componen pequeños fragmentos de cuarzo blanco sin excepción, la mayor parte tallados en forma de dardo de flecha, alcanzando poquísimos a una pulgada y el resto sin formas, y como desechos del mismo pedernal, pero que parecen conservados como cosa preciosa. Supongo que sea muy reciente la mansión de indios, por ser como se cree, moderna la aglomeración de aguas que ha formado aquella gran laguna; pero en todo caso es de lamentar la escasez de instrumentos de aquellas indias, pues no se descubren otros utensilios que aquellas diminutas puntas de pedernal.

El señor Ameghino, oriundo de las poblaciones del país clásico de los fósiles, cuya fauna ha empezado a clasificar, ha coleccionado un grande arsenal de instrumentos de los indios primitivos, con lo que tendremos la historia de sus artes y de sus progresos. Suya es la explicación del por qué de las boleadoras, como misil, como es nuestra su adaptación especial a las condiciones de la Pampa, equivocándose a nuestro juicio en querer generalizarlas a otros pueblos, pues ni en Chile se usaron ni se usan boleadoras a causa del bosque y la abundancia de piedras.

El uso de las boleadoras requiere, como las armas más civilizadas, prolongado ejercicio, para hacer certero el misil. La esgrima robustece la musculatura y da rapidez a la mirada, y el ejercicio de bolear produce el mismo resultado a mayores distancias, y sin peligro de efusión de sangre. Los niños en las campañas se adiestran diariamente en el manejo de esta arma verdaderamente nacional, y aun en las ciudades era practicado su ejercicio, sirviéndose de un palenque para blanco, pues no es así no más que el poco ejercitado ha de lograr desde distancia adecuada envolverlo con las bolas.

En el interior se hacía la caza de guanacos y vicuñas con libes más pequeños, y los niños de las ciudades, llegado el invierno, construyen en moldes de greda que ellos mismos saben construir lo que llaman bolitas, y es un cono de plomo a guisa de campánula, perforado por el centro, para asirlo a las torcidas de crin que las unen entre sí, con una tira de paño lacre en el centro para descubrir su paradero cuando han sido lanzadas a la distancia. Prestábanse al ejercicio del arte, bandadas de cuervos que dejaban acercarse a los que los espantaban y era alarde de los rapaces cortarles al vuelo una ala con la cuerda de las bolas y ver caer ala y cuervo a sus pies, amén de teruteros, loros, íbñas y otros pájaros aunque en ocasiones más raras. Dábanse cita los jueves por la tarde los niños de escuela en un potrero para "revolear", justa en que alguno lanzaba las bolas al aire, y los demás debían "cazarlas" con las suyas, sucediendo no pocas veces que cuatro pares se cruzaban con las mantenedoras y caían hechas el nudo gordiano, tan enredadas entre sí, que era mejor sacrificar las bellas torcidas de crin, antes que desenmarañar el enredo.

La Pampa no se cubrirá de árboles en siglos y los avestruces abundarán siempre, porque se les cuida y conserva. Faltará sólo el jinete que revolée las boleadoras y persiga a través de los campos, la esquiva y artera "tropiya" de ñanduces, gambeteando y tendiendo las alas para escapar al tiro.

En los Hipódromos queda el ancho espacio que guarda por el interior la cancha ovalada. La del Parque de Palermo es espaciosa, y siquiera por verlo una vez para mostrarles a los "misteques" una corrida de avestruces, podrían obtenerse cincuenta, y lanzarlos en aquella magnífica plaza.

Todavía me temo que las corridas de toros se introduzcan entre nosotros por los poltrones que se divierten a bragas enjutas.

Las de avestruces por lo menos son nobles, y mantendrán la destreza y gallardía del jinete, sin sangre ni brutalidad.

¡Veremos qué ventajas obtiene la España en la guerra con Alemania de poseer valientes y diestros chulos y toreros! ¿Van a ponerle dos buenas a un prusiano?

¡Cosa singular! las boleadoras manejadas por hábiles tiradores han figurado en la historia argentina, retardando tres veces los progresos de la ocupación cristiana, o haciendo prevalecer las resistencias indígenas contra un mayor grado de cultura, como todo lo que es "¡criollito!" El fundador de la ciudad de Buenos Aires, el General

Mendoza fue capturado, según lo trae el doctor Muñiz, por los indios salvajes, maniatándole el caballo durante el combate y dándole muerte.

La tradición no olvida la memoria del célebre coronel Rauch, alemán, que al mando de sus húsares, no contento con rechazar a los indios del territorio cristiano, se trasladaba a sus tolderías a imponerles terrible castigo por sus depredaciones, rescatando los cautivos. Rauch, el temible y movable guardián de la frontera, fue boleado por montoneras de gauchos e indios, y murió asesinado después de caído, y liarlo con los libes, los que no se habrían atrevido a mirarlo cara a cara en sus tiempos gloriosos.

Pero el hecho más extraordinario producido por este misil pampeano, ocurrió en Córdoba en 1831, dejando estériles tres victorias anteriores del General Paz, en el acto de emprender con excelentes tropas, su campaña final contra el gobierno de caudillos que sólo quedaba en Santa Fe y Buenos Aires, estando toda la República organizada ya y pronta a reconstituir el gobierno nacional, bajo instituciones regulares, de conformidad con los principios y prácticas de las naciones civilizadas.

Causa tan noble estaba confiada al General más hábil y científico que las guerras de la Independencia y del Brasil nos habían legado; y los que estuvieron más tarde en su intimidad, como el que esto escribe, oyeron de sus propios labios que tenía la más completa confianza en el éxito final de la campaña, dados los elementos de guerra que había reunido y el valor moral de sus soldados. Un tiro de bolas bastó empero para prolongar veinte años más la guerra civil, dando tiempo a que se desenvolviese el sistema de sangre y de crímenes que desoló al país, hasta que en Caseros vino a remediarse el estrago causado por aquel singular accidente de la vida argentina.

Hecho tan notable, y tan contra las buenas reglas que preservan al general en jefe de percances fortuitos, debe recordarse, y aquí tiene su lugar el relato, ya que hablamos del instrumento mismo.

Avanzaba el ejército del General Paz en orden regular, cuando se tuvo noticia de la proximidad de montoneras de Santa Fe, hacia el frente, y pudieran ser emanadas de centros que quedarían al Este, y por tanto incomodando por el flanco al ejército en marcha hacia Buenos Aires. Las montoneras de Santa Fe acaudilladas por López desde los primeros tiempos de la revolución, eran un factor muy principal en la campaña, y el General en Jefe se propuso examinar a fondo su número y carácter. Al efecto, y esto explica todo el misterio, había hecho disfrazar de gauchos una partida de soldados de línea que debían con jefe entendido ir a la descubierta, sin alarmar desde lejos a los montoneros, que disciernen de a leguas el porte especial del soldado de línea, sucediéndonos en las calles de Santiago de Chile en 1842 reconocer en jinetes, desde la distancia, antiguos oficiales retirados del ejército de los Andes, y señalarlos.

El General Paz se había trasladado a la vanguardia a esperar el regreso de sus emisarios, cuando se vio venir una partida de montoneros en la dirección que él ocupaba. Su ayudante que no estaba en el secreto, le dijo, señor, son enemigos, de lo que el General se desentendió, creyéndose mejor informado; repitióle la misma admonición el ayudante, cuando estuviera cerca, y el General no volvió de su error, sino cuando los tenía encima. El ejército estaba empero a algunos cientos de pasos a retaguardia y podía oírse el rumor de los soldados. Otro incidente del terreno produjo nuevo error irreparable, origen de la catástrofe. Un montecillo de chañares o algarrobos acababa en punta en el lugar de la escena, lo que los paisanos llaman una ceja de monte. El General tratando de huir tomó el lado de afuera de dicha ceja, sin reparar que era en forma de cuña, de manera que cuanto más avanzaba más se separaba del campamento, sin poder atravesar el bosque, una vez conocido el error.

El mismo orden de plantación, diremos así, estorbó que un vapor de doble quilla que trasportaba un escuadrón de caballería con sus caballos, y medio batallón de infantería tomase a López Jordán en el puerto de Hernandarias, adonde había venido con una escolta, en procura de un prometido armamento. La expedición desembarcó a la cabecera de un monte, del lado opuesto a la entrada, por precaución y cautela; pero como el bosque asumía la forma de cuña, perdieron la noche en andar y desandar, y el golpe se malogró.

¿Qué son pues las boleadoras que tan singulares efectos han producido? ¿Sabémoslo nosotros mismos ni el público en general? No encontraría el escritor europeo, un autor que le describa este instrumento único en su género, pues como lo hemos demostrado es invención pampeana, sugerida por la escasez de piedras. El Coronel Muñiz en las notas con que ha aclarado el texto de su estudio sobre la "vaca ñata" les consagra un capítulo, y no he de ser yo quien lo suprima, admirando por el contrario esta prolijidad de conservar por lo escrito, la descripción de las cosas vulgares hoy de la Pampa; pero que pueden tener un valor histórico o tradicional, como sucede en efecto con las bolas.

"Bolas de potro" dice, son tres piedras gruesas como el puño, forradas en cuero, y atadas a un centro común con fuertes cuerdas de lo mismo, de más de una vara. Las usan tomando la más pequeña, que llaman "manija"; y haciendo girar sobre la cabeza las otras dos voladoras las despiden a las patas del caballo o vaca que quieren enredar. Debe existir cierta relación entre el peso de la manija, y el mayor de las voladoras que deben ser iguales entre sí, sin esta circunstancia al arrojar las bolas, las voladoras arrastrarían sin contrapeso a la manija, lo que perjudicaría a la seguridad y buen efecto del tiro ... El lado de la manija es un poco más corto que las voladoras; peso de éstas, seis a ocho onzas, según la fuerza del brazo.

"Los tiros de bolas se distinguen en tiro de tres vueltas que es el más largo que puede hacer un hombre, probablemente a la distancia de veinte varas. Un tiro más largo es un tiro de azar. El de dos vueltas es el regular,

de quince varas más o menos. El de una vuelta que comprende la mitad de este tiro, y todavía se puede llamar tiro de media vuelta aquel en que se pilla tan cerca el animal que poco hay que revolver para enredarlo con las bolas. Esto se llama tomar el animal bajo el freno. (Las bolas que han de usarse para avestruces, ciervos, guanacos, pueden ser de menos peso, si se quiere evitar fracturas con el golpe de la bola. En este caso pueden ser de plomo)."

Ultimamente, y para completar las notables observaciones de Muñíz, debe tenerse presente que es difícil salvar al caballo de la acción de las bolas, cuando vienen lanzadas por mano hábil. Hemos visto maniar a un sargento, tomándolo del costado de su mitad, ligando en un terrible nudo la tercerola que tenía en la mano, el cuerpo, los brazos y la rienda del caballo, de manera que quedándose éste parado, el cazador de hombre pudo desmontándose, bajarlo del caballo como a un manequí, quitarle de la cintura el sable, y desprenderle la carabina antes de desenvolverlo del lío. Los más afamados gauchos al decir de Muñíz tienden el poncho extendido hacia atrás del caballo, tomándole de una punta, tendiéndose ellos en la fuga a todo escape, sobre el anca del caballo, de espaldas, a fin de alejar más y más el poncho para que las bolas se enreden en él, antes de tocar al animal. En la retirada de la dispersa caballería después de Cepeda, los mayordomos que acompañaban al rico estanciero Cascallares, venían en pos, revoleando los lazos, con el mismo fin de detener las bolas al paso, pero no llegaron los enemigos a ponerse a tiro de lanzarlas.

La domesticación del avestruz es ya un hecho conquistado, y sería gloria argentina exclusiva el haber añadido un animal más puesto al servicio del hombre, si al mismo tiempo y con más producto no hubiese sometido el avestruz de África, que ya se propaga entre nosotros con el uso de la incubadora artificial.

Hay ya propietarios que poseen dos mil cabezas de avestruz nuestro, y en menos cantidad siempre creciente se les ve en los terrenos alambrados regocijando a los pasajeros al pasar los trenes.

Al pasar el que viene de la ciudad de La Plata por la estancia de Pereira, una tropilla de veinte avestruces acertó a estar al paso. Gustóles la gracia y echaron a correr con el tren, levantadas las cuarenta alas al aire, gambeteando hasta darse por vencidos, con el aplauso de los pasajeros, asomados por las ventanillas. Cuando la producción de huevos exceda a la demanda para aumentar las crías, se venderán por millares en nuestro mercado para proveer a fritangas y tortillas monstruos.

Sin eso ya hemos enriquecido con un nuevo animal doméstico al mundo, para proveer de un nuevo comestible al hombre.

Llámase Cabiay en el "Anuario Científico Industrial" de 1864, al que nosotros llamamos Carpincho, pues dice que se le encuentra en Buenos Aires.

"La domesticación, dice, sería, a lo que parece, una excelente adquisición para las estancias y casas de campo, pues no demanda más cuidados que un conejo, y puede suministrar tanta carne como un cordero. "Su forma es la del cerdo: piel rosada, cubierta de pelos gruesos color canela. Y aunque no tenga los pies palmeados nada bastante bien, manteniendo el hocico fuera del agua. No es acuático sin embargo, y sólo se echa al agua para defenderse de sus enemigos." Don Marcos Sastre crió uno en su casa de San Fernando, que se daba mucho con los niños y jugaba con ellos. Una vez robado, se escapó y volvió a su casa. La carne es excelente, y en una fiesta veneciana tenida en el Carapachay, todo el high-life gustó en general de un enorme carpincho asado, chupándose los dedos las damas que no sabían que era carpincho, y relamiéndose los bigotes los machos que lo sabían.

El Parque 3 de Febrero tiene actualmente un casal de hermosos carpinchos enteramente domesticados, y tanto, que tienen tres cachorros, o lechones, en estado y edad de ir al horno, si no fuera que va a ensayarse la cría regular y propagación de tan útil y sabroso producto. Acaso sean las islas del Paraná su patria, excelente terreno acuático para establecer estancias de carpinchos, y que el chasco y sorpresa de la no olvidada fiesta veneciana de las Islas, a que asistió el presidente, haya llevado la fama de su sabor a jardines de aclimatación de Europa, con la noticia dada por el Anuario citado. La *ménagerie* de Buenos Aires lo ha ensayado con el mayor éxito, como lo ven los millares que visitan el Parque 3 de Febrero, donde ya ha empezado la cría.

Otras adquisiciones podemos hacer como hemos ya hecho la del ñandú y la del carpincho. La pampa se puebla de árboles con dificultad a causa de la abundancia de las hormigas que los persiguen y destruyen.

Dios creó el mundo, y las hormigas el humus, que cubre de una tercia la superficie de la tierra. Sin hormigas no hay agricultura ni civilización. Tiene este reino animal moderadores, leones y tigres que contienen a los herbívoros de apoderarse del suelo. ¡No hay enemigo chico!

El oso hormiguero encargado de la policía de las hormigas, su boca contiene una espada flexible, elástica, cubierta de un pavón viscoso que mete en los hormigueros, y recogiendo el instrumento se trae consigo un hormiguero entero. Hoy está relegado a los bosques del Chaco, tanto lo han perseguido los conquistadores del suelo. Cada estancia debe llamar a estos proscriptos al seno de la patria común.

Todavía queda otro animal utilísimo y mandado hacer *exprefeso* para mantener la mecánica animal. Deshonra y envilece nuestra horticultura, la multiplicación del gusano de canasto, bicho indecente que hace el invierno en la canícula, despojando la vegetación de su más bello ornato, las hojas. El *caatí* u oso lavandero tiene la vocación especial de almorzarse, yendo de rama en rama, en un santiamén, todos los gusanos que contienen los cestos de

uno o dos naranjos infestados; y así de *suite* con todos los árboles de una finca. Abunda en Corrientes y le llaman los naturalistas "lavandero" por su innata propensión de lavarse la cola. Lo hemos visto hacer esta operación con jabón; la mano de oso de su familia, aunque pequeña, se presta para manejarlo.

Otro animal doméstico tiene anunciado la fauna de la Pampa al mundo gastrónomo para el siglo XX. No ha ensayado la naturaleza forma tan gigantesca como la de clyptodones, que pudieron llevar el peso de seis hombres sobre sus lórigas, ni reduciéndolas al pichiciego superviviente que cabe en el hueco de la mano, mediando armadillo, peludo, quirquincho y mataco, nada más que para que se admire con la boca abierta su inventiva de formas extrañas, sin comérmolos.

Si aún hubiere reyes, en el siglo venidero comerán mulitas en sus mesas fastuosas, criadas en vivares como los conejos. Es una experiencia que está por hacerse.

Don Augusto Belin Sarmiento llevó un casal al jardín de plantas de París para su propagación; y los que dan de almorzar a extranjeros transeúntes deben propinarle una mulita asada en la cáscara y pedirles que nos den *des nouvelles*. La gente culterana de Buenos Aires, porque eso de culto no es de prodigarlo, no come mulita por refinamiento, pues que M. Charpienter no las ha reconocido cultas, él, que sirve rana a los franceses, y no diremos que gato por liebre a sus parroquianos.

El pavo es contingente con que la América del Norte contribuyó al regalo de la mesa del hombre. ¿Por qué la del Sud no proveería el más delicado manjar que la raza de los edentados produce, ya que, descendida de las colosales dimensiones del clyptodón, se reproduce sin limitación en nuestros campos?

El Parque Tres de Febrero, o la *menagerie*, de Palermo, podrían ensayar su domesticación.

D. F. Sarmiento

EL ÑANDÚ, CHURÍ O AVESTRUZ AMERICANO

(STRUTHIO AMERICANUS DE LINNEO. RHÆA TUYUYÚ DE BRISON)

Hemos inquirido con el más vivo interés la historia completa de esta ave singular, sin que nuestro empeño fuese hasta hoy gratificado con el deseado suceso. El mismo señor de Azara, fiel y juicioso historiador de nuestros animales y de los del Paraguay, no trae sino nociones muy sucintas sobre ella. El artículo que consagra a esta especie la "Biblioteca Americana" (tomo 1º, página 162) es una compilación, como dicen sus sabios autores, en cuanto a los caracteres del orden, familia y género, de lo que han escrito sobre ella Cuvier (*Règne animal*), Sannini (*Nouveau diction. d'hist. nat.*), Hammer (*Ann. dumus, de hist. nat.*), Azara (*Hist. de las aves del Paraguay*). Los redactores de la "Biblioteca Americana" hicieron también uso de noticias comunicadas por personas inteligentes.

A pesar de tanta información, la historia que hacen del *Ñandú* es compendiosa y en muchas partes inexacta. La estampa que insertan copiada de la de Hammer, con una leve alteración en el pico, es incorrecta, a pesar de los defectos que advirtieron en la de Azara, en la del nuevo diccionario, en la de la edición de Buffon por Lacépède, en la de Shaw. La de la "Biblioteca Americana", que en lo demás es natural, tiene de imperfecto una especie de mechón de plumas demasiado abultado y largo en el sitio donde la rabadilla apenas cubierta de plumas cortas sobresale muy poco a las extremidades alares, que superiormente la ocultan; el pico, menos convexo y más prolongado; las escamas de los tarsos de su mitad abajo, siendo así que los cubren casi completamente en su parte anterior en número de cincuenta o más, y posteriormente en sus dos tercios superiores y no el inferior como representa la lámina. Por esta causa nos hemos resuelto a hacer la presente descripción, si más detallada de lo que debiera serlo en una obra de historia natural, no por eso redundante ni tan difusa, cuando su objeto es privado y su destino pudiera decirse informativo también de ciertos usos, que no es impropio denominarlos nacionales.

Si el ilustre M. Buffon da minuciosos detalles del *Avestruz* Africano, de cuanto concierne a su caza, propensidades, etc., ¿omitiremos nosotros, aunque desprovistos de la aventajada elocuencia y del inmenso saber de aquel grande hombre, aquellas explicaciones tendientes a ilustrar con regular variedad y extensión el conocimiento de esta interesante especie americana?

M. Cuvier (*Elem. de la hist. nat. de los animales*) adopta el nombre de *Tuyu* con el cual M. Buffon distingue a esta especie; tanto por conocerla con él, dice este sabio en la Guyana, cuanto por la analogía que le supone con la voz de esta grande ave terrestre.

Pero *Tuyu*, palabra compuesta, significa en guaraní, dice el señor Azara, barro amarillo. Los guaraníes designan con ella la familia de las *Cigüeñas*, que no tienen la menor relación con el *Ñandú* o *Churí*, nombres que, aunque distantes, representan en su idioma al *Avestruz*.

Los brasileros le llaman *Ema* en sentir de M. Buffon, erradamente, porque este nombre corresponde, dice, al *Casoar*.

En las Repúblicas del Plata le apellidan indistintamente *Ñandú* o *Avestruz*. En Chile, donde según este escritor, le denominan *Surí*, no sabemos exista al presente. Algunos que se ven en la ciudad de Concepción y en otras

partes, son transportados del lado Oriental de los Andes, o de las quebradas o valles sitios en las faldas de esas montañas.

De los varios cognómenes que los naturalistas impusieron a esta especie, como: *Avestruz bastardo*, *Grulla ferrívovora*, *Casoar gris con pico de Avestruz*, *Avestruz de Magallanes*, etc., ninguno parece más impropio que el latino *Rhæa* (nombre de *Cibeles* con su torre en la cabeza) con relación sin duda a un casco como el del *Casoar* que el *Ñandú* no tiene; ni otro tan racionalmente aplicado como el de *Avestruz de Occidente*.

El célebre Barón Cuvier adapta, con impropiedad, en la obra predicha, al *Casoar* los nombres de *Mandú-Churí*, que aun cuando alterado el primero, sólo se refieren al *Ñandú* o *Avestruz Americano*.

Este no debería enumerarse entre los *brevipennes* o *alicortos* de Cuvier; primera familia del orden *gralatorias* o *porta zancas* (*grullæ Linnei*; *échassiers* de los franceses). Ese nombre se impuso a aquellas aves, porque la brevedad de sus alas las inutiliza para el vuelo. Las del *Ñandú*, de cerca de tres pies, no deben reputarse tan pequeñas aun para el cuerpo poderoso de esta ave. Ellas no le favorecen, en verdad, para elevarse en los aires; pero es la naturaleza de las plumas, su particular colocación, la deficiencia de ciertas partes y la inadecuada disposición de otras lo que influye, más que su brevedad, en aquel resultado. Lo mismo observaríamos, si subsistentes los mismos inconvenientes naturales, concediéramos a las alas, o ellas tuvieran, una dimensión dúplice o cuádruple.

Por otra parte, los *brevipennes* tienen sumamente débiles los músculos que mueven las alas. Su esternón chato y de corta extensión, no presenta superficie bastante a la inserción de los músculos que agitan las alas; pero los humerales y sus tendones en el *Ñandú* son en extremo vigorosos y robustos, y están dotados proporcionalmente de la misma fortaleza casi que los de los miembros inferiores. Su esternón, siendo tan amplio, no necesita de la quilla o cresta indispensable a las aves de vuelo para proporcionar puntos de implantación a las fibras de sus poderosos músculos escapulo-braquiales y braquio-esternales.

A no formarse, pues, del *Avestruz americano* un carácter único, una especie *sui generis*, creemos que la colocación que le asignó Linneo entre los *gallináceos* por su pesantez, por su régimen y por la configuración de su pico, es la que convendría conservar como más natural individualizante.

EXTERIORIDAD DE LA ESPECIE

Sus individuos interesan a cuantos les ven, por su peculiar hermosura, por su índole inocente, apacible y cándida. Su cuerpo ovoide, cónico posteriormente, es esbelto. Su marcha, cuando tranquilos, llevando el cuello enhiesto, es grave y mesurada. Son graciosísimos cuando corren; y hay que admirar en ellos la soltura y agilidad de sus movimientos tan varios como vivos. No es fácil distinguir a primera vista el macho de la hembra, a no verlos juntos. Sin embargo, el mayor volumen del cuerpo, el del grosor de las extremidades, el negro si no más subido mucho más extenso en las plumas del escapulario en el macho, la mayor prolongación de su anca [1] comparada con la de la hembra que la tiene redondeada, hacen reconocer el sexo a aquellos que han visto muchas de estas grandes aves.

Su cabeza, lejos de ser pequeña, es muy proporcionada al tamaño del cuerpo. Si tal aparece a la distancia, es en virtud de la gran mole de éste y por estar montada sobre un cuello tan prolongado. No es por tanto verdadera la pequeñez en que inculca M. Buffon y otros que le siguen. A ser mayor aquel miembro, se asemejaría más que al natural de las aves, al de algunos reptiles; y entonces, perdiendo su hermosa apariencia, tomaría el aspecto extraordinario de un animal hórrido y dañoso. De cualquier modo, su peso de más de ocho onzas, cuando fresca, no obstante la gravedad del pico y de la lengua, se oponen al concepto de una exigüidad desfigurativa.

Ella no es aguda como la de las demás aves, ni necesita esa disposición, pues privada la especie del vuelo, sin tener, por consiguiente, sus individuos que hender los aires, se concilia perfectamente con su destinación pedestre la organización obtusa de aquella parte. La pluma que la reviste es espesa, áspera y cerdosa: la negra que cubre su parte superior forma una especie de medallón, en cuyo promedio se observa en los machos adultos y aun en las hembras, en la misma edad, un filoncito plumoso a manera de cresta inclinado hacia atrás.

Como continuación, desciende desde allí por detrás una faja negruzca, que ensanchándose y haciéndose más rara sobre el dorso, se extiende hasta la última vértebra. La parte inferior y las laterales están pobladas de plumas blanquizco-cenicientas. Circuye su base y baja hasta el pecho una golilla de pluma negra más ancha en el macho que en la hembra. Dos porciones triangulares de pluma mora, que caen por ambos lados hasta tocarse inferiormente por un ángulo, sirven de opérculo o sobrevesta al corbatín negro, el cual queda más visible sobre la pechuga que por todo otro lugar.

La de la grupa que cuelga ligeramente por los lados y por detrás, y la del vientre, son absolutamente blancas. La de los muslos y piernas es mora y tupida como la de la cabeza y cuello; alcanza anteriormente hasta una pulgada más arriba del talón o vulgarmente rodilla, llegando por los lados y por detrás algo más abajo.

De las plumas largas de las alas, que son de ciento treinta a ciento cuarenta en cada una, las mayores tienen dos pies de largo, y son blancas de la raíz hasta su mitad y en el resto grises o cenizo-plúmbeas. Su distribución es en rangos paralelos de cinco plumas uno, interceptados de espacios de una pulgada enteramente limpios. Las del

húmero o primer hueso son más cortas que las de los segundos (el cúbito y el radio) y aun también que las del cuerpo. Su dirección es hacia arriba y atrás.

Las del carpo, que son como veinte en línea, fuera de ocho muy hermosas absolutamente blancas que orillan su primer hueso, sirven de movable apertura al ano. El pulgar tiene diez plumas de color común; éstas, como las del carpo, inclinadas atrás. El espolón o cornezuelo curvo y deprimido, de una pulgada de largo y aun mayor en el Ñandú viejo, tiene su articulación en las extremidades de aquel dedo. En el nuevo es plumoso, pasa después a córneo y adquiere finalmente el aspecto y la consistencia, o sea en la edad provectora.

Todas estas plumas son filamentosas, secas, blandas, desprendidas unas de otras, y sus barbillas sin la menor adherencia entre sí. Se asemejan a las del pavo real en estas condiciones, aunque sus astiles sean mucho más endebles. Todas ellas son inútiles, ya para dirigir, ya para sostener el vuelo.

Las alas del Ñandú en flexión tienen una apariencia singular comparada con las de las otras aves en igual situación. Estas, incluso el Avestruz Africano cuando las plegan, dejan el dorso descubierto; aquel le cubre enteramente, alcanzando a envolver con ellas, como con un manto, todo su cuerpo. Cuando las levanta por cualquier motivo en bóveda (lo que hace frecuentemente) o las extiende, entonces queda patente el ano, manifestándose él y la grupa sólo resguardados por las cortas plumas blancas y no grises, como dice M. Buffon, de que naturalmente está vestido.

Este insigne naturalista informa que el Tuyú tiene sobre el dorso y en contorno de la rabadilla largas plumas, que cayendo hacia atrás, ocultan el ano. Pero estas partes están apenas cubiertas por plumas que no pasan, en un Ñandú adulto, de cuatro pulgadas. Una sola propia de aquellos lugares no desciende en limbo o cenefa aun para servir de diáfano tegumento al ano, que dista dos pulgadas del uropigio o rabadilla cónico convexa, pelada y callosa además en una pulgada de circunferencia. Son las alas cruzando sus plumas extremas, cuando recogidas, las que celan con ellas al mismo tiempo que el dorso, aquel conducto excretorio de las heces intestinales.

En la especie del Ñandú no hay individuos enteramente negros, como dice Molina haberlos visto, aunque los haya blancos, pues originalmente son de un mismo color.

DESCRIPCION DE UN ÑANDU ADULTO

Sus sentidos y principales órganos internos

Pies	pulgadas	líneas	Longitud de la cabeza con el pico.	78
			De éste hasta su ángulo o comisura.....	53
			De esta parte hasta las primeras plumas de la cabeza.....	36
			Mayor espesor del cráneo.....	4
			Longitud de la rama superior del pico.....	3
			De la inferior.....	66
			De las de la mandíbula hasta el oído.....	66
			Del hueso inferior del pico hasta su porción ahorquillada.....	2
			De la extremidad del pico a la de la lengua.....	3
			Término medio de la prolongación del cuello, siendo susceptible de una mayor al arbitrio del animal..	23
			Longitud del tronco.....	22
			Total longitud del pico a la rabadilla.....	58
			Medida circular sobre la grupa.....	24
			Sobre el arqueado del dorso.....	28
			Sobre lo más grueso del muslo.....	18
			Sobre la rodilla.....	10
			Sobre el tarso cerca de la pata.....	7½
			De la extremidad de la uña a la crucera.....	36
			El dedo de enmedio, inclusa la uña de una y dos tercios de pulgada, que tiene de largo.....	6
			El exterior, con la uña de una pulgada y un cuarto.....	3½
			El interno la misma dimensión.....	2
			Ancho de la pata.....	3½
			Su grosor de arriba abajo.....	1
			Longitud del muslo.....	9½
			De la pierna.....	11
			Del tarso.....	12½

Este tiene anteriormente como cincuenta escamas parduzcas, y cubren posteriormente sus dos tercios superiores. Todas están sobrepuestas.

La rama superior del pico tiene cinco puntitas; la inferior tres, que obran a modo de dientes.

Peso de un Ñandú adulto y bien portante, sesenta a setenta y cinco libras.

Bordean los párpados, por pestañas, plumitas finísimas, duras y rectas. Se asemejan a las cerdas, siendo del todo peladas, particularmente hacia la extremidad. Son más numerosas en el párpado superior que en el inferior. Un espacio limpio de pluma, cubierto de piel fina color plomo, rodea el ojo y se extiende hasta el pico. No tiene cejas, como dicen los autores de la "Biblioteca Americana" y otros.

El ojo está sólo resguardado superiormente por una membrana fuerte y tirante como el pergamino de un tambor, que es continuación del pericráneo. Ella está revestida de una piel gruesa cubierta de pluma bien tupida. Ambas cierran el espacio semilunar que dejan de aquel lado los huesos que componen la órbita.

[...]ojo le quita en parte la redondez, es absolutamente inmóvil, y no móvil como el del Avestruz Africano.

El párpado superior que cayendo algo sobre él según M. Buffón. Ese descenso del párpado si resguarda al ojo en la parte que le cubre, no le permite ver hacia arriba, si no es ladeando algo la cabeza. Por el contrario, la depresión posterior de la órbita permite descubrir los objetos situados detrás; disposición que favorece las miradas a retaguardia, tan necesarias al Ñandú cuando huye perseguido.

El no pestañea propiamente, sino que vela el ojo con la membrana transparente clignotante que le sirve de párpado interno, descorriéndola de arriba abajo y de delante atrás con celeridad suma. Un músculo elevador y otro depresor adheridos a cada extremo de la membrana movable, facilitan esa acción casi simultánea.

Aun cuando el ojo del Ñandú somero o a flor de la cabeza, exteriormente redondo, de una pulgada de diámetro, de un pardo despejado y transparente, con una pupila negra, y orbicular, de una inocente brillantez, se asemeja al del hombre, como dice M. Buffon, sin embargo, privada en sus actos esta especie, como todos los animales, de la expresión que reflectan las pasiones sobre las del jefe de la creación terrena, que son como el espejo fusivo de sus emociones internas, pierden los del Ñandú mucho en la comparación, apareciendo, después de hecho, siempre indiferentes y uniformes, jamás en una actitud crítica, embarazosa o conmovida.

La órbita ni es cónica ni tan profunda como en el racional. Sus dimensiones son casi iguales en todo sentido, siendo tan grande su capacidad, que si a una de estas cavidades se añadiese el cuarto de la otra, se tendría el equivalente del hueco del cráneo o del espacio que ocupa la masa cerebral entera.

Un tejido fibroso bastante tenaz y fuerte, músculos firmemente adheridos a la esclerótica, y un par que acompaña al nervio óptico desde su entrada en la órbita, afirman el ojo a las paredes de la cuenca y le inmovilizan absolutamente. Cierta porción de gordura amarillenta tapiza o llena su fondo.

Los conductos que dan paso al nervio predicho son redondos, y los separa un septo membranoso muy fuerte. Desprendido el ojo de la órbita en el Avestruz de Africa toma por sí mismo, dice Ramby, citado por M. Buffon, la forma triangular. En el ojo del Americano se observa esa misma figura, no porque la adquiera después de su extracción, sino porque la tiene naturalmente, como nos lo mostraron repetidas pruebas. El vértice de ese triángulo imperfecto corresponde al ángulo interno del ojo debajo del origen o arranque del párpado interno. Esa salida obtusa es ocasionada por el humor acuoso, que extiende de aquel lado las membranas, haciendo perder al ojo su forma esférica.

El diámetro ántero-posterior del globo, de pulgada y media, es mayor que el vertical, a causa de la configuración expresada. Por consiguiente, el ojo de esa grande ave, que no es por poca cosa globular, no entra o no puede alojarse en la órbita humana. Cuando mucho, ésta le abarcaría en su diámetro transversal, y eso sólo en su entrada. Imposible sería hacerle penetrar más allá, en virtud del estrechamiento gradual o conoide que asume de adelante atrás la órbita de la especie racional.

Aunque los humores del ojo proyectan la pupila hacia adelante, dándole no poca prominencia, sin embargo, no se forma idea por ella del volumen del órgano encerrado en la cavidad visual, que es mucho más grande que lo que exteriormente se muestra.

La esclerótica es semi-opaca, dura, al parecer inorgánica. La cubre interiormente una membrana negra, lustrosa por ambas faces, floja en su textura, que se desprende y arrolla fácilmente. En el modo de separarse, en el color y lustre, se asemeja a la cutícula que cubre inferiormente a cierta variedad de hongos. Al extenderse sobre los anillos óseos que rodean la pupila (mucho más fuertes cuando le son más próximos) se esparce en tenuísimos filamentos paralelos, que remedan a un haz o manojo de partes simétricas o a los dientes de un peine fino, como es general en las aves.

La córnea es fibrosa y tenaz.

El cristalino, de dos granos de peso, de una diafanidad tan pura como lúcida, a pesar de la adhesibilidad de sus partículas, es esférico, y parece más convexo anterior que posteriormente, al contrario que en el hombre. Su cápsula, aunque de una perfecta transparencia, es más densa anteriormente que en el resto de su extensión.

El humor vítreo, de cuatro granos de peso, es de forma esférica. El ocupa el cuarto anterior del globo del ojo, al contrario que en el hombre. El es semejante, como el de éste, al vidrio fundido o a una goma transparente y pegajosa. La tenacidad intestina de sus moléculas no le permite refringirse o perder su cohesión, cuando se le suspende. Está, como el humano, dividido en celdillas de igual tamaño por una membrana tan fina como la hyaloides. Se le nota una depresión para alojar al cristalino.

El humor acuoso claro y transparente existe en tanta o mayor copia que en el hombre, pues no baja su peso de ocho a diez granos. El surge con ímpetu cuando se penetran las membranas del ojo. La que particularmente le contiene es de textura sumamente delicada.

El nervio óptico se introduce en el globo ocular, envuelto en una fuerte membrana, por el promedio de su porción lateral interna. El resto del ojo está conformado como en las demás aves.

Si los de los mayores cuadrúpedos son pequeños en proporción de su tamaño, los de la mayor ave de nuestro continente son grandes en el sentido de su tamaño. Aunque según el eminente M. Cuvier los ojos mayores son en los animales los mejor adaptados para ver en las tinieblas, el Ñandú, así como la familia entera de los gallináceos, y aun otras aves de ojos no pequeños, ve poco en la noche. De día, por el contrario, descubre los objetos a gran distancia, y los registra, siendo la dirección de sus ojos hacia adelante, con entrambos a un tiempo.

Pesa el ojo, recién extraído, siete dracmas o quinientos cuatro granos. El cerebro cuatro dracmas o media onza. El conducto auricular, de una pulgada de diámetro, se abre detrás del ojo y del ángulo de unión de las dos mandíbulas. Corresponde a la parte posterior y menos ancha de la bóveda del cráneo, y se muestra dentro de un espacio de pluma ceniza, rodeado de otro que la tiene negra.

Aunque la finísima, que con apariencia de cerdas duras rodea la apertura del oído, esté dispuesta en perfecto círculo, su entrada, sin embargo, es oblonga y algo más ancha adelante y abajo que en lo demás. Contribuye a darle esta forma en la parte posterior un repliegue de la membrana externa de color de plomo, y superiormente un borde de los huesos de la bóveda del cráneo.

La estructura interna del oído, tanto en las piezas óseas como en el todo de su conformación, se confunde con la de las otras aves.

El sentido del tacto es obtuso y mucho más que en otras aves, por la grosura callosa de la piel de sus dedos y patas, por las fuertes escamas de los tarsos, la consistencia córnea del pico y el plumón abundante y espeso que cubre muchas partes de su cuerpo. La piel es gruesa en proporción de la magnitud del ave, principalmente sobre ciertas partes, lo que contribuirá a embotar más el sentimiento. Pero nunca podrá ella ser útil para corazas o cotas de malla como la del Avestruz africano, según escribe, con verdad o sin ella, M. Buffon.

Una tapita carnosa cubre las ventanas de la nariz y un repliegue longitudinal de su membrana interna, que es continuación de la del pico y de la de las fauces, forma una especie de ternilla blanda, que parece debiera producir cierta modificación en el aire que se respira. Ella es incompleta, no constituye tabique y es probable que vibre en las grandes inspiraciones y en el canto. Mirando por la parte superior de los conductos se descubren las ternillas en forma de membranas tirantes. Los conductos nasales tienen unas grandes aberturas de comunicación al paladar, lo que proporciona la entrada y salida de una considerable porción de aire, en un tiempo dado, lo que es ventajosísimo y más necesario en esta especie que en otras.

A pesar de una estructura algo complicada, el olfato debe ser quizá obtuso cuando la especie traga de todo y aun substancias de olor ingrato y algunas nocivas a la existencia del hombre. Esto es acomodando ese sentido en la especie del Ñandú a la impresionabilidad del nuestro; manía que no basta a destruir la presencia de seres distintos en propiedades y en formas, y que siendo de diferente naturaleza a la nuestra ejercen funciones primitivas que, en relación con sus atributos, discordan extrañamente de las cualidades inherentes al hombre.

Tal vez la especie carezca de nervios olfatorios o al menos no encontramos los cuerpos acanalados de donde ellos proceden, ni las eminencias piramidales de donde toman origen aquellos cuerpos; defecto que se observa, por una rara coincidencia, en varios cetáceos.

Puede también influir en la disminución de ese sentido como en la del siguiente, la brevedad del pico y el aplanamiento de la cabeza, circunstancias que minorando la extensión de los conductos nasales y de la lengua, deprimen en proporción la energía de sus funciones propias.

Respecto al sentido del gusto, él parece igualmente entorpecido. La lengua semi-cartilaginosa y cubierta de una piel aunque apretada y densa, muy húmeda, como lo es todo el interior de la boca y fauces, no presenta ni vestigios de papilas nerviosas. Ella representa una elipse de base semilunar montada sobre un hioides cuyas alas o ramas, de dos pulgadas, delgadas y agudas, depasan inferiormente la abertura de la glotis. Tiene de diez líneas a una pulgada de largo y otro tanto de ancho en su base. El replegue membranoso que forma el frenillo, le deja libre desde la mitad de su longitud. Igualmente lo están hasta su base los bordes laterales y aun parte del posterior. En lo demás está este órgano adherido a los tejidos subyacentes, no obstante que puede elevarse, deprimirse, y aún ejercer ciertos movimientos laterales aunque oscuros.

La entrada del esófago es grande y sumamente dilatada. Tiene regularmente dos pies y cinco o más pulgadas de longitud hasta una sobre el ventrículo. Allí se encuentra, en rededor de aquel conducto, una glándula conglomerada de tres pulgadas de largo y una y media de espesor. La forman numerosos cuerpecillos lobulares o sea simples glándulas sin comunicación entre sí. Compónese su substancia de la reunión de granos carnosos semejantes a los que constituyen en el hombre el thymus, los cuales resultan del lacis o red de vasos o de nervios. De cada folículo o cripta nace un conducto, el cual reunido a otros de la misma procedencia, llegan a originar conductos mayores, los cuales se abren al esófago rodeados de un esfínter.

El ventrículo, largo de ocho a nueve pulgadas, pesa aproximadamente, en su plenitud, algo más de tres libras. Una epidermis áspera y coriácea, perforada en varias partes, arrugada e inorgánica, le cubre interiormente. Se le sobrepone una membrana tendinosa, casi cartilaginosa, blanca, gruesa y dura, cuya faz interna está sembrada de mamelones, que insinuándose por los forámenes o agujeros de la túnica interna, pudieran desempeñar el rol de instrumentos de la sensibilidad y de despertadores de la acción muscular del ventrículo.

Al exterior de esa membrana se adhieren espesos manojos o digitaciones carnosas, que al converger sobre el cardias o boca del estómago, dejan libre (como el centro frénico o aponeurótico del diafragma en el hombre) el espacio de una pulgada por donde aquella se descubre en su genuina textura. Tanto ella como la epidermis coriácea están hondamente surcadas en el sentido longitudinal del ventrículo que es el que guardan los haces musculares. Estos obran sobre estas partes en las fuertes y continuas contracciones que necesariamente ejecutan durante el trabajo digestivo.

Siendo improbable que para su cumplimiento segreguen las membranas propias del ventrículo los jugos indispensables, es presumible que ellos se elaboren en el parénquima o cuerpo de la gran glándula esofágica, que arriba mencionamos. En efecto, el interior de las glandulillas, cuya conglobación forma aquel gran cuerpo, está impregnado de una linfa o humor viscoso, insípido, coagulable por el alcohol. Excitada su secreción por el contacto de las sustancias alimenticias con sus orificios esofágicos, y aún simpáticamente después de residir en el estómago, es de creer se derrame en la copia necesaria al perfecto acabamiento de aquella función eminentemente reparadora.

La estructura de esta entraña en el ñandú ofrece caracteres de notable singularidad, mucho más si se compara con la del Avestruz Africano. Ella se distingue de la de las aves en que carece de la molleja o del ventrículo succenturiado de éstas, de los rumiantes y de otros cuadrúpedos en no tener aquella víscera múltiple o de cuatro cavidades. El Africano tiene, dice M. Buffon, molleja y muchos estómagos e intestinos que por su capacidad y composición corresponden, parte a los rumiantes y parte a los otros cuadrúpedos.

Sin duda, que un mecanismo tan complicado y esa extraordinaria organización, que parece destinada en la especie a fines opuestos, al ejercicio de funciones contradictorias, es supremamente distinto del simple aunque vigoroso aparato del Avestruz americano.

La válvula del píloro, o intestinal, es robusta y redondeada.

Los intestinos delgados, carnosos, blanquiczos, uniformes en grosor, sembrados de válvulas connivientes tienen de longitud seis pies cinco pulgadas a corta diferencia. Los ciegos un pie tres pulgadas. Estos son dos que situados uno a cada lado de los intestinos delgados se unen a ellos, así como los apéndices vermiformes, que son su continuación, con un tejido celular flojo con algunos vasos y gordura. La válvula íleocecal es redonda, firme y carnosa. El colon, de la misma estructura y de mayor amplitud que los delgados, tiene un pie dos pulgadas de longitud. El recto, que no se ha podido observar libre de excrementos, forma cuando ocupado por ellos, un recipiente casi oricular de cinco a seis pulgadas de diámetro, es una verdadera cloaca continente de las sustancias excrementicias sólidas y líquidas. Este intestino y los ciegos siempre llenos y distensos por uno o ambos de estos materiales, tienen sus paredes delgadas y transparentes. Apenas se ven serpentear por ellas algunos diminutísimos vasos sanguíneos.

Como se observa en los herbívoros, la división de los intestinos delgados con los gruesos es muy sensible, e inmensa la diferencia entre aquéllos, los ciegos y el recto. Por otra parte, la naturaleza ha suplido en esta especie el defecto de longitud intestinal por una liberal concesión en amplitud y grosor. Pudiera ser, que nos le ofreciera así dispuesta, por tener ella propensidades omnívoras, y por colocarle más o menos a igual distancia de los herbívoros que de los carnívoros.

Los apéndices vermiformes son excesivamente largos, pues no teniendo los del hombre más de tres o cuatro traveses de dedo, los del ñandú miden la enormidad de un pie dos pulgadas. En el sitio de unión con los ciegos forman cintura, y siguen decreciendo en diámetro hasta terminar en punta aguda. Su textura es igual a la de los intestinos delgados, y su interior está cubierto de válvulas piramidales. Están distribuidas en dos líneas, de manera que al intermedio de dos en una línea, corresponde otra de la lateral; su distribución es cruzada y hay una pulgada de una a la otra.

El destino de estas válvulas parece ser el oponerse al pasaje de las materias fecales de los ciegos a la cavidad de los apéndices y el de sus criptas o folículos mucosos el segregarse un fluido que vertido en los ciegos sirva a humedecer y lubricar sus paredes, y a impedir el resecamiento de las heces ventrales, mezclándose con ellas.

El hígado, de dos lóbulos, pesa quince onzas. La vesícula félea tiene dos pulgadas de largo. Los conductos biliares, casi capilares, son dos de nueve pulgadas cada uno, y entran en el duodeno a cinco del píloro.

La laringe de figura oblonga, más abierta anterior que posteriormente, tiene una pulgada de largo. La glotis óseocartilaginosa se estrecha, se cierra y se ensancha considerablemente. Sus bordes están posteriormente sueltos. Cuando el ave está agitada, o se le comprime el cuello, la abertura laríngea toma una expansión circular de más de una pulgada y media de diámetro. Carece de epiglotis.

La tráquea del diámetro de una pulgada y como de dos pies de longitud, tiene sus anillos cartilaginosos y enteros. El inmediato a su bifurcación comprende media pulgada de ancho, y los bronquios, que se dividen detrás

del borde superior del corazón, tres de largo. Sus anillos membrano-cartilagosos están diversamente configurados.

Los pulmones, divididos en cinco lóbulos, tienen de longitud seis pulgadas y media, y dieciséis onzas de peso. Están como en las demás aves firmemente adheridos a las costillas y a la columna vertebral. Su substancia está del todo penetrada de conductos, los primeros o más próximos a los canales brónquicos son cuatro en línea, del grosor del cañón de una pluma de ganso; nueve más, casi tan grandes, se descubren alineados hacia las costillas; y así en sucesión decreciente, se presentan hasta el infinito microscópico subdivisiones de subdivisiones de aquellos conductos aéreos. Los pulmones están envueltos por una membrana particular tenuísima, producción de la pleura.

El corazón que es la primer entraña que se ofrece debajo del esternón, está cubierto por una membrana propia, y pesa doce onzas. Su base se aloja entre los lóbulos del hígado, y tiene las mismas cavidades, y el mismo sistema de vasos sanguíneos de las demás aves, a excepción de su calibre que es mucho mayor que en ninguna otra especie.

El páncreas, como en toda la clase alada, es larguísimo, no mide menos de diez y ocho pulgadas, y está penetrado de varios conductos.

El bazo, muy pequeño, se halla como al centro del mesenterio.

Del riñón, que tiene de cuatro a cinco pulgadas de longitud, salen los ureteres, que como en las demás aves, van al recto.

El oviductus tiene de largo, desde el racimo u ovario hasta su terminación en el ano, doce pulgadas. Los testículos colocados, en uniformidad con las demás aves, sobre el riñón así como el ovario, miden tres pulgadas de longitud.

El pene carnoso, blanquizo, de forma espiral o de caracol como el del pato, tiene como ocho o nueve pulgadas y termina en punta lisa.

La hembra, a diferencia de la africana, que dice Buffon tenerlo, carece de clítoris.

1. Forma diferencial en la estructura del *Ñandú* que ha dado motivo a que los campesinos llamen *anca de avestruz* a la del caballo, cuando ella es comprimida y más proyectada que de ordinario.

PARALELO ENTRE EL ÑANDÚ Y EL AVESTRUZ AFRICANO EXCELENCIA DE AQUÉL EN VELOCIDAD Y FORTALEZA

Pretende M. Buffon que ambas especies se asemejan en la pequeñez de la cabeza, en lo aplanado del pico y en el largo del cuello; pero que en las demás partes el *ñandú* se parece al *Casoar*. M. Cuvier, en la obra citada, dice exactamente lo mismo, y hasta usa de las mismas palabras de Buffon.

Semejantes, en verdad, por esos signos las dos especies, presentan todavía algunas relaciones más de uniformidad exterior ya en la forma de los ojos, y en el corte del cuerpo en forma de huevo superiormente y horizontal por debajo, ya en la colocación y texturas de las plumas, en varios de sus hábitos, etc.

Los caracteres externos que, entre otros, los diversifican consisten, en ser pénita o con cola la Africana, cuando la de la América carece absolutamente de ella; en la desnudez del cuello y de los muslos de aquélla, siendo en la última de estas partes, aunque diga M. Buffon lo contrario, perfectamente emplumada. A más, la placa que resguarda el cráneo del Avestruz de Africa, no tiene el otro.

Pero el signo diferencial más importante y sobresaliente entre ellas resulta, de la desigualdad numérica de dedos. Esta circunstancia a más de ser distintiva, ejerce una influencia trascendental sobre la más extraordinaria propiedad de estas especies, la velocidad en la carrera. En efecto el *Avestruz* de las tórridas arenas del Africa, bisulcado o con dos dedos, se muestra por esta sola causa menos resistente, presto y seguro en el ejercicio de aquella facultad que el *ñandú* trífido o parecido por la peculiaridad de sus tres dedos a las aves no trepadoras, o a los gallináceos, si fuera permitido contar por uno de más el tubérculo caloso de sus patas.

La adaptabilidad o adherencia con la superficie es la misma en las dos especies siendo plantígrados o que asientan toda la pata. La diferencia proviene del distinto apoyo que prestan en la carrera tres dedos contra dos. En efecto, una especie esencialmente corredora y velocísima, que modifica de mil modos sus peligrosas evoluciones, principalmente en la carrera de costado, en la cual efectúa cambios los más rápidos y excéntricos, es indudable, que encuentre una más firme sustentación, si proporciona en lo que es dable, esa indefinida volubilidad de pies con el mayor diámetro transversal que éstos tuvieran. Como la abscipción de un dedo en el *ñandú* dilata la línea transversal de ese miembro con notable ventaja sobre el de Africa, como es de suponer, por robusto que él se suponga en ésta, resulta, siguiendo la ley que proporciona a los cuerpos en movimiento un mayor apoyo en razón del crecimiento de la base de sustentación, no sólo mayor seguridad en el aplomo del cuerpo cuando vertical, sino también, y con necesidad absoluta, en las distintas inclinaciones que él adoptara en sus indescriptibles movimientos.

Aquella base representada en la carrera del *ñandú* por la pata entera, o sólo posada sobre las últimas falanges, como en el hombre cuando corre, es en cualquier caso más extensa y mucho más firme en él que en el otro,

descansado el centro de gravedad sobre un basamento más lato. Este mayor ensanche es de una alta importancia para un bípedo, cuya disposición corpórea es horizontal y no vertical como lo es en el hombre. Este, por esa razón, en su estación y aún corriendo permanece naturalmente aplomado sobre sus pies, el ñandú, de cuerpo horizontal como los cuadrúpedos, tiende por el contrario a desequilibrarse en las multiplicadas evoluciones de su carrera. Y al considerar la velocidad y tortuosidad con que la ejecuta, la pesantez y volumen de su cuerpo, la prolongación, sin igual en la clase entera de su línea horizontal, no puede desconocerse la sabia liberalidad de la naturaleza, en esa ampliación de base con que la agració, sin mengua de la celeridad que le fue acordada como primer dote, y como único medio de defensa.

Quizá sea cierto que la pata del Avestruz bidígito puede en un riguroso cálculo mecánico, ofrecer un momento de ligereza, suponiéndole una más pronta separación del suelo, que la del tridígito o de tres dedos. Pero esta ventaja, si lo fuera, sería casi efímera en sí misma, encontrándose disminuía por un menor diámetro latitudinal que expone a vacilaciones en la carrera, o a perder el equilibrio al menor vaivén de un cuerpo más pesado y voluminoso que el del Ñandú, y empujado por potencias cuyo ejercicio es tan rápido.

Por otra parte, la excelencia de un par de músculos en cada extremidad del Ñandú, le proporciona un nuevo grado de agilidad y de resistencia en la carrera, y le hace superior al de los eriales y tostados desiertos del Africa, deficiente de ese poderoso resorte de progresión. La adición de un tercer dedo supone la existencia de una otra polea en la extremidad inferior del tarso. El de Africa sólo tiene dos para recibir igual número de dedos. Este aumento de poleas influye en la extensión del tarso y en la robustez consiguiente al ensanche de la pata. Así es como el *Avestruz americano* privilegiado con un nuevo elemento de resistencia y de celeridad decursiva, debe sobrepasar en estas cualidades al de Africa. En una palabra, dotadas ambas especies de un tórax o pecho vigoroso (lo que conviene no a la presteza sino al aguante de la decursión) no la están empero de igual modo en las potencias locomóviles.

Esto no es decir que falte en la formación del último la proporción necesaria a sus fines naturales. Eso no, porque una gran familia no puede haber sido creada imperfecta. Pero la naturaleza misma dispuso, pues le concedió para ello medios de conocida excelencia, que en igualdad de circunstancias, sobrepasara el uno al otro en ligereza y resistencia, en firmeza también y seguridad en los tortuosos giros de su célere carrera.

Respecto a las diferencias osteológicas o de estructura ósea, existen varias (de las cuales nos permitiremos enumerar algunas) a más de los dedos y del sobrecasco, citadas como únicas en los naturalistas que hemos consultado.

Según Buffon, el *Avestruz Africano* tiene diez y siete vértebras cervicales. El *Ñandú* sólo trece, contando por una la que se articula en el primer par de falsas costillas anteriores, a las que llamaremos cervicales por no estar precisamente comprendidas en la cavidad del tórax o del pecho.

Las vértebras dorsales del primero son siete; las del segundo seis.

A las del Africano se articulan cinco pares de costillas verdaderas y dos de falsas. Un tercer par de éstas sirve de clavículas.

A la primer vértebra cervical de aquél se articula el segundo par de costillas falsas anteriores. A las cuatro siguientes, igual número de pares verdaderas, y a la sexta el primero posterior de falsas, el cual podría denominarse lumbar, como los dos siguientes, que están sólidamente unidos entre sí, y que parecen mera continuación del sacro.

En resumen, el *Avestruz Africano* tiene en su totalidad ocho pares de costillas, cinco verdaderas y tres falsas. El *Ñandú* nueve pares, cuatro de las primeras y cinco de las segundas. Las ocho costillas verdaderas firmemente unidas al esternón por largos apéndices óseo cartilagosos.

Las costillas verdaderas del Africano son dobles en su origen, en el de América lo son todas, y todas están articuladas hacia su mitad, auxilio poderoso para aumentar la capacidad del pecho.

El primer par de apéndices costales o costillas falsas anteriores del *Ñandú* tiene dos pulgadas de largo, y las clasificamos de cervicales por no entrar en la estructura del pecho. Siendo éste tan abierto y sólido, y su fuerza de dilatación y contracción tan grande en la carrera, necesitando del más fuerte apoyo la base de una tan larga cerviz, esas adiciones óseas avanzadas a la entrada de la cavidad sagrada como para resguardarla y fortificarla más, como para protegerla ocultándola, comunican también un considerable aumento a los puntos de enlace y de implantación de los tejidos musculares, tendinosos, etc.

El segundo par falso costal se insinúa en el espacio torácico inmediatamente por debajo de la articulación húmero escapular, y se dijera hacia la extremidad esternal de la primera costilla verdadera, de la cual dista dos pulgadas escasas. Fuertes ataduras membranosas ligan esos huesos a la escápula. Ellos están evidentemente dispuestos y colocados así por la naturaleza, para dar a ella el más firme apoyo, la elasticidad y fuerza competente en el desempeño del continuado vigoroso movimiento a que está destinado aquel miembro en esta especie.

Los tres pares de costillas falsas posteriores tienen la curvatura hacia adelante al contrario de las verdaderas. La columna vertebral de las aves es inmóvil: pero la del *Ñandú* tiene cierto movimiento necesario a los fines de su destino pedestre, como lo es la disposición contraria en las aves de vuelo para poderlo dirigir con precisión y fijeza en rumbo determinado.

Como el sacro se eleva en su articulación con la última vértebra más que en ninguna otra ave, se forma en la línea sacro dorsal una eminencia la cual cubierta de gordura, aumenta extrañamente su altura. De aquí la forma ovoide del dorso.

La cola del Avestruz de Africa, consta de siete vértebras semejantes, según Buffon, a las humanas. El *coxis* del Ñandú se compone sólo de seis, pero en proporción menos anchas y planas que las de las demás aves.

Las clavículas se forman en el Avestruz de Africa, dice aquel naturalista, de un tercer par de costillas falsas; pero las del Ñandú son en sí mismas clavículas verdaderas. Faltando el tenedor, hueso ahorquillado que se encuentra en las demás aves, ellas ejercen solas las funciones propias de estas partes, funciones que son en él extensísimas.

Está cada uno de estos huesos como dividido en dos cuerpos, con alguna similitud a los de las demás aves. El inferior se articula a la parte anterior del esternón por un borde más o menos ancho de dos pulgadas de largo. Su figura es plana y bastante extendida, y tiene la extremidad más ancha para abajo, la porción más estrecha para arriba. El cuerpo superior es parecido a una costilla, su convexidad hacia arriba se adhiere a las tres primeras verdaderas inmediatamente a su articulación dorsal. En el sitio en que se estrecha la clavícula para adquirir la forma costal, el hueso se hace más grueso y compacto, presentando allí la cavidad articular que recibe la cabeza del húmero o primer hueso del ala. Son varias y muy fuertes las ataduras que unen la clavícula al esternón, a las costillas y a las vértebras. El espacio esternal que queda en medio de la articulación de ambas clavículas es cóncavo semilunar.

En cuanto a la semejanza del Ñandú con el *Casoar* o *Emú* de las Indias Orientales, la suponemos dudosa aun en aquellas partes que dicen tenerlas más, Buffon y Cuvier. Fundamos nuestra opinión en la descripción que hacen ellos mismos de esa especie, y en el conocimiento que tenemos del Ñandú. Y en verdad, que después de la igualdad numérica de dedos entre los dos, no descubrimos otra identidad que las relaciones exteriores. Leyendo la historia que da M. Buffon del *Casoar* se advertirá la inmensa diferencia que existe entre dos especies, reunidas quizá con impropiidad en un mismo género.

La analogía que han creído encontrar algunos naturalistas entre el Avestruz de Africa y el Camello, exagerada hasta el punto de imponerle el nombre de *Struthio Camellus*, analogía que en ese violento modo de ver podría comprender al Ñandú, por su semejanza con el Africano en algunas de sus partes, nos parece ser en su verdadero análisis otra cosa, que un juego de la imaginación, o llámese la sustitución de un sentimiento especulativo al resultado matemático (como debiera ser) de una operación comparativa e imparcial del juicio.

Esa especie tiene, verdad es, dos dedos como el pesuño hendido de aquel cuadrúpedo y aún como el de otros rumiantes: mas eso no es semejanza, sino igualdad de partición en el pie; pero igualdad de partición de objetos desemejantes exterior e interiormente. Son dedos en trabas, si se quiere, pero aún a mayor distancia distintiva que lo están los cuernos del toro de los del Reno polar. Por otra parte, ninguna de las especies aladas tiene dos jibas de grasa como el Camello. El arqueo de la columna vertebral en ambas es gracioso y regular, y lejos de afeárselas como la jiba a aquél, les imprime por el contrario un bombeo o convexidad agradable. Ningún individuo de esas especies tiene el pico abierto con correspondencia del labio superior del Camello; y lejos de ser ellos desairadísimos como este animal, de tener tolondrones en las rodillas y en el pecho, son bellos, majestuosos y llenos de donaire. Ni el de Africa ni el Americano son susceptibles de carga, ni poseen la sobriedad proverbial de los Camellos. Estos no corren, aunque son grandes andadores al trote, aquellos no comen yerbas duras por elección, ni tienen depósitos para el agua-provisión o surtido que basta a los Camellos para que no beban a menudo, como lo hace el Ñandú, y no porque, como lo creen algunos, pueda pasarse sin agua muchos días aquel utilísimo cuadrúpedo.

ALIMENTACIÓN DEL ÑANDÚ PECULIARIDADES DE SU SISTEMA DIGESTIVO

Según Marcgrave él se sustenta de carne y de frutas. M. Buffon dice: que si se le hubiera observado, se sabría cuál de estos alimentos prefiere. Conjetura este autor, que la especie es frugívora, y le atribuye el instinto del Avestruz de Africa que traga piedras, hierro y otros cuerpos duros.

Equivoca Marcgrave al ñandú esclavo y sujeto a los preceptos del hombre, con el que libre y entregado a su instinto recorre las vastas llanuras de las Pampas y otros grandes espacios inhabitados de la América Meridional. El hombre aunque incapaz de desnaturalizar las especies, ni de variar su tipo orgánico aun por el cambio sucesivo de climas (como lo ha sentido tal vez algún naturalista), obliga, sin embargo, a los animales sujetos a su tiránico dominio, a modificaciones extraordinarias en su régimen y en las substancias con que entretiene su dieta.

Esta especie, como el caballo, el perro, el gato, el buey, el cerdo, etc., cuando domésticos sus individuos, comen lo que les dan. Y así debe ser, no teniendo elección entre perecer de hambre o tomar el sustento que el hombre les proporciona, o que la casualidad les depara, para satisfacerla. Entonces traga *en gran copia* piedras, monedas de cualquier metal, trapos, clavos, vidrio, etc. Engullen también pollos pequeños de gallina y de otras

aves de corral, duraznos y otras frutas. Encontramos enclavadas en las paredes del ventrículo de una de estas aves una horquilla de prenderse el pelo las señoras, todavía con el moño de cinta punzó que ella atravesaba.

Pudiera decirse, que no en virtud de una ley de la naturaleza para la especie, sino en uso de la fuerza descomponente y de combinación propia de su estómago ingiere, en defecto de alimentos asimilables, substancias nocivas para el hombre e insuculentas para ella misma, extraídas de cualquiera de los tres reinos naturales. Por esta razón debería considerársele no sólo herbívora sino granívora, insectívora y aún carnívora a la vez; ¡raras dotes que constituyen a la especie del *Ñandú* omnívora sobre cuantos lo son!

El sustento del *Ñandú* de las *Pampas* hasta el Estrecho de Magallanes, el del que habita en la Provincia del Paraguay, la República Oriental del Uruguay y del Brasil, es esencialmente herbáceo. Pican con predilección los tallos y las hojas de las gramíneas tiernas prefiriendo sobre todas a la verdolaga. Entre las frutas silvestres de las *Pampas* toma el camambú, la del arazá, etc., y las semillas de muchas plantas de aquella familia, siendo estas y los frutos las partes que agradan más a los herbívoros, por contener la fécula y el mucílago, principios los más sabrosos y nutrientes de los vegetales.

Sobradamente se opone a la opinión de ser frugívora la especie, el estar privada del vuelo. Asida, por decirlo así, a la tierra, tiene por necesidad que conformarse con lo que ella produce sobre su superficie. Sin facultades para guindarse como las aves trepadoras y algunos cuadrúpedos, sin el poder de elevarse sobre las altas ramas como las demás aves, la misma naturaleza le interdió el uso de las frutas arborescentes, como alimento de primera necesidad. Aun en las regiones ecuatoriales de la América donde estas abundan al infinito, no le serían de provecho cuando caen de maduras, pues el *Ñandú* no penetra en la espesura, ni aun instigado por el hambre.

Podría preguntarse: ¿obedece esta especie a su instinto, cuando traga en mayor cantidad substancias inasimilables a su constitución, y algunas que al parecer le son nocivas? Racional es suponer que ese principio sensible y volente en los seres que nos place llamar brutos, el instinto, es para ellos en cuanto a su preservación y en el ejercicio de sus funciones animales, casi lo que la razón con todos sus atributos para el hombre. Por tanto, nos permitiremos asignar como causa de esa aberración apetitiva, la necesidad de volumen que llene, que amplíe, en defecto de alimentos, el ventrículo, de lo contrario susceptible de grandes sufrimientos. En esa especie, como en otras dotadas de gran poder digestivo, la vacuidad del estómago parece originar una sensación altamente penible, que a veces amenazara hasta con la desorganización. Calmar entonces la impresión dolorosa, la excitación intolerable que produjo la acritud y exuberancia de los jugos estomacales sobre las paredes casi en contacto de la entraña, dilatarla ingiriendo, a no haber otras, materias inertes, aliviar el famélico sentimiento por cualquier medio, es el grito una y otra vez repetido de la misma naturaleza. El hombre en presa a los rigores del hambre, el polífago, el homófago o crudívoro, el desgraciado náufrago, devoran cuanto encuentran; y lo que espanta a la naturaleza, se convierte en furioso enemigo de su especie, en antropófago sediento de su misma carne y sangre, de la sustancia viva y palpitante que le da forma y existencia.

Conviene distinguir el desgaste de los metales y de otros cuerpos duros en el estómago del *Ñandú*, su supuesta disolubilidad también del elemento nutriente y provechoso que cree Vallisnieri se extrae de ellas. Este autor escribe, que el hierro disuelto por el jugo de las glándulas estomácicas, entrando como principio útil en la digestión acarrea entre otros bienes, un aumento de fuerza en los sólidos. Supone que atenuado por ácidos convenientes se volatiliza y tiende a vegetar, adquiriendo formas análogas a las plantas, etcétera.

Pero estas suposiciones arbitrarias e inexactas son insostenibles. ¿Quién se atreverá a garantizar un resultado que exige ensayos repetidos, comparación de pruebas y experimentos bien dirigidos y estudiados con sus más menudos detalles? De que el hierro entre en la composición de los seres vivientes, no se sigue ni la posibilidad de su dilución cuando sólido en el ventrículo del *Avestruz*, ni mucho menos las pretensas ventajas de su absorción a la masa humoral. Es una ley inmutable en los animales, que solo les nutre aquello que es susceptible de transformarse en quilo. Los leños, las piedras y los metales, no son, por cierto, poseedores de una calidad tan noble y privilegiada.

El desgaste de esas sustancias en el buche del *Ñandú* es innegable, como lo es en el de varios gallináceos el de monedas, tachuelas, etc. Tal resultado parece provenir menos de un menstroo acumulado con anticipación en el ventrículo o vertido de pronto en él, que del incesante y fuerte movimiento muscular de su paredes. Es de suponer, que cuanto ellas sean más refractarias y menos afines por su naturaleza con la organización del animal, excitando mayor estímulo, promoverán una abundante secreción de jugos. Hasta aquí puede conducirnos una racional conjetura, quedando inescrutables el modo y trámites, si otros existieran, de la dirrupción y gastamiento; como nos lo son en la economía humana la mutación ejercida por los humores gástricos sobre el quimo; o el rol que desempeñan en la quilificación la secreción pancreática y la biliar. Palpamos casi los efectos, pero sus causas no son del todo impenetrables.

En el buche del *Avestruz* de las *Pampas* sólo se encuentran pasto y rara vez una piedrecilla, aunque las haya en el lugar donde existe. Las aves de corral en quienes se supone natural la propensión de picar cuerpos duros, no lo hacen sin embargo a no estar mal alimentadas. No puede concebirse, que la naturaleza inspirara el gusto o el deseo de sustancias contrarias a la existencia, por desprovistas de olfato que se suponga a esas especies,

comparadas con otras. Esto equivaldría a haberlas dotado de medios adecuados a su aniquilamiento u opuestos al fin principal de la propia conservación.

Pero así como en la economía del Universo, todo está admirablemente eslabonado y sujeto a principios invariables y en determinada dependencia unos de otros, así en la animal se observan estrechas relaciones en la distribución y forma de ciertos órganos íntimamente ligados en sus funciones naturales. Es por esta regla, que para resolver definitivamente el problema de la alimentación propia del *Ñandú* es necesario fijarse, a falta de cóndilos mandibulares y de dientes, en su aparato digestivo. En él debe buscarse, y se hallará la inclinación o propensidad dietética que domina a la especie entera.

La extensión de los intestinos del *Avestruz americano* es menor que la del de Africa, si ésta es, como dice, Buffon, trece veces mayor que la del *Casoar*, que sólo tiene cuatro pies ocho pulgadas de longitud, según él mismo. La del tubo intestinal en el *Ñandú* es de ocho pies cuatro pulgadas desde el buche hasta el ano. Esta dimensión proporcionada a la largura del tronco, intermediaria entre la de los herbívoros y la de los carnívoros parece, sin embargo, menor que la requisita en la condición aquéllos. Pero esta contradicción está suficientemente compensada con la energía y desarrollo de esos órganos.

La excedente prolongación que tienen los de los primeros sobre los otros, nace de que los vegetales de que se alimentan, se prestan menos fácilmente a la asimilación que las materias animales de que se nutren los últimos, de que un volumen dado de aquel material contiene menor porción de masa reparadora, de que deteniéndose más largo tiempo el alimento en el interior de los herbívoros, preciso es que para efectuarse la separación de la parte quillosa y fecal, recorran aquellos una línea más dilatada, o que pasen por sucesivos y numerosos puntos de elaboración. En cuanto al *Ñandú* basta fijarse en la robustez y espesor de la substancia muscular que envuelve el ventrículo, y examinar la textura coriácea de su membrana interior, basta observar la copia probablemente de jugos digestivos, que segrega la gran glándula supraestomática, suficientes a penetrar el inmenso contenido de alimentos, para persuadirse de la gran fuerza mecánica y del extraordinario poder disolvente de su sistema digestivo.

Cuánta y cuán poderosa sea la compulsión de estos agentes, cuál su fuerza incidente y su influencia alteratriz y asimilativa sobre las semillas y las yerbas, bien lo demuestra el gastamiento de las piedras, del vidrio, del metal y de la madera que tragan, más o exclusivamente en su estado doméstico y de penuria los individuos de esta especie, como se ha dicho.

El movimiento de esas fibras musculares que en círculos concéntricos muy espesos rodean al ventrículo debe ser acelerado; pues no es presumible que el de todos los haces se haga parcialmente o a diferentes tiempos. Si como es natural, él fuese colectivo, la velocidad de contracción de los manojos más distantes debe ser considerable, para igualar la de los menos extensos o más próximos al núcleo o centro común.

Por otra parte, la acción intestinal complementaria de aquella importante función, fuerte en sí misma como lo indican la tensión y robustez de las numerosas fibras carnosas que se distribuyen en todo el aparato, que le dan tan excesivo espesor y consistencia, contribuye a más de esa perfección digestiva, a que no se eche de menos una mayor extensión, innecesaria hasta cierto punto, como ya se dijo.

M. Buffon informa, que el *Avestruz* de Africa no bebe agua, y es lástima que el señor de Azara sienta lo mismo del *Americano*, fundándose en que esta especie suele habitar lugares secos. No es extraño, que a la *Africana*, que en otras cosas la han asemejado al *camello*, la invistieran por referirle una otra semejanza con este cuadrúpedo, de esa propensión preternatural, no porque el *camello* deje de beber sino porque lo hace pocas veces, teniendo en sí mismo el reservario de donde provee su necesidad de líquido.

La especie *Americana* no está exenta de la ley general, que prescribe a los animales de sangre roja y caliente el uso del agua, con más razón a los muy movibles, y que deben sufrir, como el *Ñandú*, dobles pérdidas. Este la bebe muchas veces al día con especialidad si hace calor, lo hace por picotadas aceleradas, luego eleva algo la cabeza como para permitir al líquido que descienda. Podrá suceder que el doméstico beba más y más a menudo que el silvestre, por la naturaleza estimulante y complicada de los alimentos de que se sustenta.

Esta especie es gran cazadora de langosta, de moscas y de algunos otros insectos. En este ejercicio se conducen sus individuos con cierta gracia y descubren en él un grado de astucia y viveza, que contrasta con su habitual gravedad. Parado el *Ñandú* a una proporcionada distancia de la presa en que medita, dirige la vista a otra parte aparentando no hacer alto en ella. Mientras simula distracción y embelesamiento atisba de reojo, y encorva algo su esbelto y flexible cuello hacia el punto que ocupa el animalito amenazado. Llega el instante, y vivo y sin saber cómo, de entre las yerbas, cae en un abrir y cerrar de ojos al ávido buche del perspicaz y presto gallináceo.

A diferencia de la especie *Africana*, que dice M. Buffon no tenerlas, la de América cría lombrices intestinales a veces en abundancia. Del mismo modo pululan sobre la piel de algunos individuos piojos inofensivos al hombre, los cuales si se adhieren a sus ropas, caen luego de suyo.

GENERACIÓN; PROCESO INCUBATIVO SACA Y CRÍA; ENEMIGOS DE LA ESPECIE; SAGACIDAD DEL PADRE Y SUS RECURSOS EN PROTECCIÓN DE LA PROLE

El modo de la misión generativa se ha creído hasta hoy inaveriguado, porque resolver el problema por la observación del *Ñandú* salvaje pareció rayar en lo imposible, y una dificultad casi insuperable el obtenerla en el doméstico, mucho más si esa función perpetuadora de las especies tiene lugar en la noche.

Hace probable esta conjetura el desplume y alguna vez los rasguños sobre el arranque del cuello que se advierten en la hembra doméstica al amanecer. Tanto esa descompostura del plumaje como la rozadura, a veces sangrienta, que se renueva varias veces en período copulativo, que no se infirió de día, ni a la cual púedesele asignar otra causa, es presumible que provenga del estro venéreo. El penoso esfuerzo del macho para equilibrarse, proceso más difícil y tardío, cuanto es mayor el volumen y el peso de las aves, es más que suficiente para producir aquellos accidentes.

Estos, si faltaran otros datos y aún pruebas, corroboraría las presunciones sobre el modo de la promiscuidad sexual en esta rara especie. El pavo y aún el pato menos poderosos, de uñas menos fuertes y agudas, gravitando sobre partes mejor defendidas por las plumas, lisian en aquel mismo lugar a la hembra, que ha muerto alguna vez por la larga presión y violencia del acceso. A esta causa, en ciertos casos lesiva, se atribuyó, en ausencia de otro agente aún remoto, la muerte de una *Ñandú* doméstica. Fácil es adivinar por qué sea sensible este daño en la hembra connubial, e inobservado hasta ahora en las que reúne en el desierto el *Avestruz* polígamo.

Oppien, citado por Buffon, admite una posición reversa, de imposible ejecución en las aves. Al presente se conoce con precisión y certeza, cuál es la recíproca disposición durante la actuación prolífica. En los campos del *Arroyo Grande* (República Oriental del Uruguay) la casualidad nos la hizo ver en la observación, por más de una hora, de dos bandadas en lo más caluroso de un día de Noviembre de 1826. La colocación actuativa es la misma que entre los pavos, por consiguiente sin la inoculación animal que se nota en los patos, el gallo, etc. Para conservar el equilibrio, evidentemente difícil, por esa falta de apoyo o de asimiento, el macho está obligado a pisotear y maltratar a la hembra entre las alas.

En nuestra latitud y varios grados al Sur o al Norte de ella principia la época de los amores para esta especie y sus simpáticas evocaciones matinales a últimos de julio. Solitario hasta entonces el macho, si no fuera padre que solícito de su prole la mantuviera en custodia hasta su emancipación (que sucede en esa coyuntura), retozón y alegre principalmente en los cambios del tiempo y a las madrugadas, indiferente hasta la frigidez con el otro sexo, aparece en esta ocasión como desnudo de su selvática misantropía, atractivo y amador ardoroso de la otra porción que solicita con ansia y valor encarnizado. Influidado de un estímulo desconocido prorrumpe en voces de una armonía hiriente y tal vez afectuosa, cuyo eco despierta y excita impresiones de igual naturaleza. La bandada que reúne al fin, despojo quizá de una o más victorias, rara vez baja de seis u ocho hembras, y no es extraño que pase de doce. Pocas veces se ve un solo casal en los campos durante este período.

Los machos tienen en él, como se nota en todas las especies, más energía y fogosidad. Exaltados por la presencia de una potencia nueva y arrojada, no sólo aspiran conservar a todo trance las hembras congregadas al influjo de su voz, sino que se debaten por apoderarse de la comitiva concubinaria que otro capitanea. La lucha entre los dos es entonces sin tregua, y no termina sino con el vencimiento o huida de uno de los contendores, que oculta la vergüenza de su derrota y evita la tenaz persecución de su enemigo en un matorral o escondrijo.

Para combatir trenzan los cuellos como los patos, no precisamente poniéndose de lado o apareándose como éstos, sino de frente. En esta disposición, retorcidos los cuellos fuertemente, se tiran hacia atrás, se alzan, se revuelven, se apechugan y golpean crudamente con las alas y sus espolones, hasta que el mayor vigor decide el triunfo, que jamás se alcanza sin que se sostenga una porfiada refriega. Crece a tal grado la intensidad furiosa de la lid, que alguna vez ha casi llegado el hombre hasta los mismos combatientes, sin que ellos mostraran percibirlo.

El doméstico encerrado en un corral suele, en ese tiempo de bravura, atacar al hombre desconocido que se introduce en él. Le embiste acercándose oblicuo, erizada la pluma del cuello, de los muslos y la de todo el cuerpo. Esponjando las alas y balanceándose en cierto modo, parte de una proporcionada distancia y choca tan reciamente con el pecho, que no fuera extraño derribara a un hombre desprevenido o prevenido quizá. Al mismo tiempo que apechuga llevando por delante, si puede, al acometido, le agarra o le muerde, podría decirse con más propiedad, no que le pica; y apretando cuanto le es posible el pico sobre los vestidos o la carne, pretende, alzando el cuello con toda su fuerza, suspenderle. A los perros grandes mansos cuando no lo embisten, porque entonces huiría de ellos, y a los pequeños incapaces de ofenderles, los ataca del mismo modo. Estos últimos, si no escapan tan pronto, los derriba, pasa y repasa sobre ellos, batiéndolos con las patas al mismo tiempo que les imprime sendos y terribles mordiscos.

Se eluden sus ataques desviando el cuerpo, y se le contiende asiéndole del cuello o de las alas. Principalmente, al intentar tenderle o después de tendido, patalea fuertemente, no por ofender ni defenderse, sino al forcejeo

natural con que resiste la agresión. Entonces sería imprudente exponerse a los duros golpes de la calcitración o acoceamiento y a los mortificantes rasguños que son consiguientes.

En esa época de incitamiento o en sus *æstus libidinis* suele el *Ñandú*, en las horas más calurosas del día, arrojar fuera el *pene* o el *genitale membrum*. Le acompaña el panículo carnoso, especie de ampolla oval que le rodea por su base en forma de gollete, compuesto de todo género de vasos y de tejido celular. El está cubierto de folículos mucosos, que le lubrican y humedecen abundantemente. Mientras dura la expulsión, ejecuta con el ano un ruido particular, resultante de las repetidas contracciones de su esfínter; ruido que se oye distintamente a quince y más varas.

En aquellos momentos de erotismo genital no siempre está el macho inmediato a la hembra; pero es general que la corteje entonces insinuativo y como afectuoso. La arrulla, al parecer, con vehemencia apasionada, el cuello encogido y erizado, bajas y semiabiertas las alas. Así, majestuosamente empavesado, le hace arremetidas de un garbo peculiar, doblando algo las piernas; pero no rodea a su compañera con el ahínco fastidioso y necia repetición con que circuye el pavo, tontamente hinchado, indeciso e importuno, a la suya.

A pesar de lo exacerbado de aquella situación, del evidente orgasmo que agita al macho, él no se dirige jamás al ayuntamiento, como parece debería esperarse. Este acto es impedido probablemente en los domésticos por la presencia de seres y de objetos extraños aglomerados a su alrededor, y especialmente por la vista del hombre. El *Ñandú*, más contenido que los demás individuos de su clase, se limita a efectuar repuntes festejosos, y sin otra expansión apreciable termina paciblemente aquella escena de evidente afectuosa excitación.

Impregnadas ya las hembras, cuando el instinto previene al macho que está próxima la postura, elige el lugar más a propósito para la fabricación del nido. Lo forma siempre en sitio despejado, fuera y a alguna distancia de todo matorral o escondite desde el cual el hombre y varios animales, sus enemigos, pudieran fácilmente atacarle y sorprenderle. Lo configura circularmente y le da algo más de un pie de radio o poco más de dos pies de diámetro. Primero corta con el pico el pasto de aquel lugar, si es tan alto que le impida la operación, y le arroja a cierta distancia de ambos lados. La cabeza aparenta sobre el cuello, en el lanzamiento o yaculación de las yerbas, un movimiento parecido al de la mano del hombre cuando ase y despide rápida y sucesivamente algo, con sólo los dedos.

Se cree, generalmente, que redondea el nido y que le pulimenta con el espacio callosa y limpio de pluma (grano del pecho de los campesinos) que tiene en el promedio o punta más sobresaliente del esternón. Estos, dicen, *el Avestruz se hurgonea*, significando con esta expresión las vueltas que da aplastado contra la tierra mientras forma el nido. Pero lo que hace entonces es excavar a la redonda, doblando, como cuando se echa, los tarsos hacia adelante, ínterin profundiza con las uñas y remueve la tierra del centro a la circunferencia. De aquí resulta la configuración a guisa de embudo del nido o su ahondamiento en el medio.

Dispuesto así (y no por encontrar una cavidad en la tierra, que solo perfecciona, como dice el señor de Azara), dispuesto así aquel recinto, de una futura y numerosa nidada, cubre el todo con cardo seco, pajitas y otras yerbas, distribuyéndolas con nivelación proporcionada. Cuando doméstico, trae al nido hojas de árboles que caen o que él arranca, plumas, lana, o cualquier otro cuerpo blando. Como en la cluequera pierde las plumas del pecho, del vientre, de los costados, entran estos despojos en la materialidad del nido. Si por creerlo conveniente se erige artificial en sitio frecuentado por el *Ñandú*, él resiste tenazmente dirigir a él la hembra. Si el que fabricó fue destruido, le reconstruye una o más veces, siempre en lugar distinto. Hay probabilidades, que el silvestre levanta su nido en las cercanías del punto que ocupó el año anterior.

Concluido éste no se aleja de él ni la cuadrilla, que repunta hasta sus inmediaciones varias veces al día, como si intentara con esto que las hembras le reconocieran y advirtieran cuál es su situación. Lo mismo hace el doméstico con su compañera, la cual se obstina a veces en poner fuera de él, a pesar de los pechugones con que por fuerza la conduce el macho hasta su proximidad. Hay hembras que se acostumbran a poner dentro de las habitaciones, sobre un cuero o tela tendida, o bien en la tierra desnuda. Se observa en otras, que en los momentos antecedentes a la exovación se restregan apresuradamente contra las personas, siendo general que pujen en aquel acto, como oprimidas de violenta ansiedad.

Cuando el *Ñandú* hace marchar delante de sí a su comitiva, momento de una solemnidad imperativa y apasionada, adopta una forma expansiva que lo hermosea y que le da nueva importancia. Recogido el cuello, crispa las plumas que le cubren e inclina hacia atrás la cabeza: abre al mismo tiempo las alas, las extiende y aun arrastra encorvando los tarsos. Chasquea fuerte y agitadamente el pico, camina con grave mesura, y así, agradablemente transformado, rodea y conduce de una a otra parte al numeroso o único cortejo. Con tales ademanes parece significara el galante centinela de las *Pampas*, el despótico y soberano dominio de un Sultán sobre las cautivas beldades de su harem.

La época de la postura en esta especie, dice M. Buffon, depende del clima; ella se verifica, añade, cerca del solsticio de verano o en Julio en la América Septentrional y en Diciembre en la Meridional. Es decir, esa función tiene lugar en aquellas regiones, cuando la tierra ocupa los puntos extremos del eje mayor de su órbita o sus *ábsides*. Pero la del *Ñandú* de las *Pampas*, la del de las Provincias Argentinas que baña el *Paraná* y el *Uruguay*, la del que habita los campos de la *República Oriental del Uruguay*, se verifica en distinta época del año. Es a fines

de Agosto que aparecen en esas comarcas los primeros huevos, y su mayor abundancia es en Septiembre y Octubre. Esto demuestra que la postura se realiza en esas varias secciones de la América Meridional hacia el de *equinoccio de primavera*, o cuando el sol en el *Ecuador* se halla en el primer punto de *Libra*.

Los pollos más tempranos nacen a fines de Noviembre y su mayor número en Diciembre, época del año en que principia la postura según M. Buffon, en el Africa Meridional, o sea en aquella gran división terráquea alineada o correspondiente en latitud a nuestro hemisferio. Siendo esto así, el producto debe, en esta porción de Africa, salir a luz por Marzo o cerca del equinoccio de Otoño.

No hay dificultad en admitir que las cosas pasen de ese modo en *Africa intertropical*; mas sí el *Avestruz* se separa, según aquel celebrado naturalista, hasta treinta y cinco grados de la equinoccial en ambos hemisferios, si llega hasta el *Cabo de Buena Esperanza*, treinta y cuatro grados al Sud de la línea y más de diez fuera del *Trópico*, latitud extratropical, en la cual se comprende una gran parte de las Regiones Americanas, que arriba enumeramos; la saca se efectúa en el *Africa Meridional* en un tiempo extraordinario o sobre el invierno. Rara excepción sin duda (si ella fuese cierta), entre todos los animales cuyos hijos nacen, y es razonable que nazcan, a principios del verano. Excepción más contra natura que la filoprogenitura en el *ñandú*. Aquí, aunque cambiado el rol de los sexos es sin menoscabo o perjuicio de la especie; allí queda la tierna prole bajo la inclemencia de una mortal estación.

A esos pocos huevos depositados en uno u otro punto del campo antes o después de la formación del nido, les llaman los campesinos *guachos*, por cuyo nombre dan a entender su colocación extraviada.

La particular posición del huevo *guacho* suele tomarse por signo indicativo del sitio que ocupa el nido. En efecto, siendo su extremidad más delgada la exovada últimamente, resulta, que si al caer a tierra el producto o después no varía su natural proyección el vértice del cono que con aproximación representa, podrá indicar, así la línea que indiferentemente traía la hembra en su marcha, como aquella que instintivamente la encaminaba a su nido.

La hora de la postura es desde las diez hasta las tres de la tarde, esto cuando el calor es más fuerte y el campo está más solo. Los boleadores de avestruces saben por experiencia que la mejor hora para ellos es por la mañana temprano, pues entonces llevan las hembras sus huevos todavía, razón porque están más pesadas. Ellos suelen animarse mutuamente, diciendo: "a ellas muchachos que ésta es la hora de sacar los amarillos".

El macho que pasta más o menos cercano al nido, llama a él a la cuadrilla por repetidos bramidos o gritos, a cuya señal se aproxima ésta, hasta deponer cada una de las que deben hacerlo aquel día. La *ñandú* no se detiene un instante después del alumbramiento, sino que sale del nido inmediatamente, en dirección contraria a la que entró en él. Algunas exovan fuera, o porque ocupaba el nido otra parturienta, o porque la necesidad de librar las sorprendió antes de alcanzarle. Entre tanto, el macho o machos que espectan fríamente el proceso parturitivo, pican las yerbas en las inmediaciones, bramando el jefe de cuando en cuando, según se dijo.

La hembra en esta especie como en alguna otra, no necesita de macho para impregnarse y poner huevos. Su fuerza prolífica, como se ha notado varias veces en las célibes encerradas en un corral, es suficiente a producirlos. Pero estos huevos como aquellos, si perfectos en su forma y sustancia, son sin embargo, infecundos, y no darán existencia a un animal semejante al que les dio la luz. Desprendidos del pedículo que los mantiene en el racimo o cáliz común, ellos recorren en progresivo desarrollo el oviductus, y al fin se muestran en sus formas naturales. Pero la yema carece del esperma o galladura, que tiene el huevo de la hembra que comunicó con el macho. A esta clase de productos estériles o hypenémicos llama el vulgo *huevos del aire*.

La *ñandú* no pone todos los días: por lo regular lo verifica cada dos o tres, pasándose a veces cuatro y aun hasta seis sin que lo realice. Esta varia intermitencia, que se observa también en otras aves debe naturalmente ser más larga en esta especie necesitando el particular espesor de su cáscara de más tiempo para consolidarse. En los domésticos se ha notado una interrupción de ocho a diez días hacia el medio de la postura -circunstancia que parece marcar dos tiempos en la edición ovativa.

Parece cierto que los huevos de los pollos más delgados o cuya figura es más conoide, contienen el germen del producto macho. Esto mismo se advierte en los huevos de gallina y en otros.

Los que con la cáscara ya formada se extraen de las hembras recién muertas son muy amarillos. El contacto del aire disipa insensiblemente ese color, y hace que al fin blanqueen. Estos huevos se destinan para regalo por su hermoso amarillo fino subido: algunos los llevan dentro del mismo oviductus para que de este modo lo conserven por más tiempo.

El número de huevos que pone cada hembra varía de diez y seis a treinta y aún más, siendo lo común que no pasen de veinte o veintidós. No pudiendo contener el nido ni cubrirle el *Ñandú* sino cierta porción, es de suponer que no todas las hembras que componen una bandada extensa, ponen en un solo nido. Por eso se ve que las nidadas mayores constan de cincuenta o sesenta huevos y algunas aún de más: sin embargo, esta cantidad no es sino una mínima parte de la aovación de una cuadrilla, que sólo contara cinco o seis hembras de postura.

Se encuentra en algunos nidos un huevo pequeño, que ocupa la parte central ya sobre o entre los demás, o quizá enterrado. A este huevo le llaman los campesinos - *de la fortuna* - conservándose la creencia entre ellos, que comunica al que lo trae la dote de facilitar el hallazgo de las nidadas. Este huevo es por consiguiente sagrado -no

se come, ni se enajena: debe conservarse el amuleto supersticioso, cuya virtud es tan singularmente favorable al que lo posee.

La producción de los últimos huevos es más tardía, que la de los primeros, intercalándose un mayor número de días en su respectiva deposición. Esto consta al menos de dos *Nandúes* domésticas en postura.

A los principios de ésta, mientras el nidal contiene un corto número de huevos, el macho los cubre con pajitas y yerbas secas, como hace el ave fría o Teru de nuestros campos (*tringa vanellus*).

Es opinión de varios naturalistas y de algunos escritores, que el *Nandú* deja fuera del nido uno, dos y hasta la tercera parte de los huevos, con el designio que atraigan, después de rotos por él, insectos, a más de los que engendran la corrupción, que sirvan de alimento a los recién nacidos. Pero esta noción que reúne en su favor algunos votos tradicionales casi todos, es empero inexacta.

Los hombres acostumbrados a cacerías anuales de Avestruces; aquellos hacendados que tienen en sus campos cuadrillas de ellos; los que han visto en diferentes puntos de las Pampas nidadas por docenas, extrañan que se les interroguen en aquel sentido, y se admiran si oyen afirmar como un hecho el supuesto universal apartamiento de huevos. Nosotros que cuando jóvenes asistimos a varias de estas agradables y jamás olvidadas diversiones, no vimos tales huevos *ex-profeso* secuestrados.

El erudito redactor del *Instructor*, periódico de tan vasta circulación entre nosotros, admite como una verdad confirmada por su propia observación, la separación de huevos en cada nido con aquel objeto. Si es digno de entera fe el aserto de aquel respetable y sabio escritor (a quien personalmente conocimos en este país) tanto más cuanto asegura que el *Avestruz* le fue familiar, no por eso admitimos la generalidad del hecho, ni el fin o determinación que se reconoce en él.

Cosas hay, que aunque de poco momento, requieren para su elucidación, a más de circunspección y buen juicio, cierto grado también de escepticismo para desoír y sobreponerse a testimonios dudosos o equívocos. En todo caso necesario es en materias como la presente, multiplicar las observaciones, sujetar las pruebas a un examen contradictorio, con mucha más razón si el hecho es singular y contrario sobre todo a las leyes generales de la naturaleza.

No basta que algún habitante de las *Pampas* que vio o pudo ver nidadas, que oyera también hablar de ellas, conviniese en la existencia de tales huevos separados del nido. Semejantes hombres por lo regular de abstracto y oscuro criterio en la transmisión de noticias -ni tienen interés en perfeccionar el examen de ese supuesto hecho, ni aún de otros muchos que les interesan, y que en realidad lo son- ni se toman la pena de comparar sus vistas, que no observaciones, entre sí, ni con la de otros. *Oculos habent, et non videbunt*. Nosotros mismos que curiosos e infatigables investigadores, tratamos e inquirimos los hombres más inteligentes en este asunto, que repetimos tantas veces la disquisición: que dilucidamos, por la comparación, las informaciones que recibimos de todas partes, se nos ofreció no poco trabajo (abstracción hecha de nuestras propias especulaciones) para establecer sobre este particular el verdadero corolario. ¿Qué deberá suceder a un viajero que ve todo de paso, que aún cuando entienda el idioma, no entiende el peculiar de los campesinos, en contestación a las más serias interrogaciones, mucho más si el que las hace es extranjero?

Los huevos que se encuentran fuera del nido, antes o después de la saca, o fueron desalojados por el *ñandú* al huir con precipitación del hombre o de los animales sus enemigos, quizá sea también por haberles esparcido otros camperos encontrándolos empollados o, como aquellos dicen, *dormidos*, o porque los desbarató el *Avestruz* en su enojo, si los tocaron o removieron en su ausencia; lo que jamás deja de conocer por artificioso y semejante que sea el nuevo acomodo de la nidada.

Es posible que haya contribuido en muchos casos a dar extensión y aún existencia a la opinión de esos huevos destinados al banquete de los chicuelos el quebrantamiento por el macho de las cáscaras que quedan desocupadas. Este que quiere proporcionar algo que picar a su prole en el momento de nacer, suele fraccionarlas en menudas partículas que deposita en contorno de la cuna natal. Como no se verifica esto siempre, es creíble que influya en su acaecimiento una causa eventual, como la demasiada demora en la saca sucesiva de los polluelos, lo que dilata su permanencia en el nido con molestia tal vez de los que primero nacieron, etc.

En resumen -existen, aunque no siempre, esos huevos segregados no en virtud de un precepto instintivo sino por una causa fortuita, y ésta es la razón porque no se encuentran sino en uno u otro nido. Como obra del instinto tal secuestro sería indefectible y general -sin excepción. Por otra parte justo es y natural el reconocer en esta especie como en las demás, ya aladas ya cuadrúpedas, un sentimiento que les aleja de aquella antropofagia saturnal, que degrada al hombre, y que degradó a aquellos pueblos execrables que depravaron a ese punto su apetito. Al menos ese acceso horrible contra la naturaleza si sucede en ellas alguna vez, es a consecuencia de una necesidad gravísima y nunca voluntariamente, ni aun como caso excepcional de una aberración caníbal *premeditada*.

Esos huevos eliminados están por lo general hueros, o se ha aniquilado en ellos el germen de vida: accidente proveniente de una u otra causa antes de la ignición o producción de los incubitos o empollados. Cuando fueron dañados los huevos más centrales, como sucede de ordinario, es presumible que, siendo los primeros puestos, sufrieron comparativamente más que los otros de las vicisitudes atmosféricas, por la probable más frecuente

interrupción en el calor incubativo, o por la casual concentración del agua pluvial en las grandes tempestades. Si fueran acaso los más externos, podría atribuirse su alteración a más de atribuirlo a agentes inaveriguables, a que quedaron menos resguardados que los otros. Iguales causas influyen en la pérdida de los huevos de las demás aves.

Pero sea el que se quiera el origen de corrupción en los del *ñandú*, ellos aparecen constantemente dentro del nido toda vez que una causa más o menos presunta no los arrojava de él. Entonces como en la situación contraria conservan el albumen y la yema sin otra disminución que la producida por un derrame fortuito; o lo que es general, sin otra deficiencia que la que originara la evaporación de las partes más líquidas y tenues.

Concluida la postura, y antes, algunas veces, se echa el macho. Coloca los huevos en la posible concentración, aunque no precisamente de punta: les da un apoyo lateral entre sí y el aplomo necesario sobre una superficie inclinada de la circunferencia al centro. Sea más o menos extensa la bandada, los huevos depositados, aunque en parte sobrepuestos, guardan siempre relación con la capacidad del nido.

Es un error, que alcanza hasta nosotros, y en el cual inciden los naturalistas, a pesar de lo que escribió el señor de Azara a principios de este siglo, el dudar todavía o el negar -que sea el macho el exclusivamente encargado de la incubación, saca y cría. Disculpado está el ilustre Buffon al hablar de *Tuyu* o *Avestruz americano*, pues confiesa que se condujo por una especie de adivinación al discurrir sobre lo que se había escrito hasta entonces de esta especie.

Los viajeros y naturalistas que posteriormente lo hicieron cuando la América ha sido cruzada en todas direcciones y la especie reconocida a placer, han debido ilustrar este punto y presentarlo con el esplendor de la verdad. Sin embargo (y esto prueba lo difícil de que un extranjero escriba con propiedad las cosas de otro país) se repite dolorosamente ahora lo que entonces, y se cree lo que se creía un siglo ha.

Supone aquel gran naturalista como origen de la equivocación, cuando se atribuye al macho la filoprogenitura, la posibilidad de haberse encontrado en hembras anidadas testículos, y pudiera ser también una apariencia de pene, como se ve en la hembra Africana. De aquí, añade el citado naturalista, de haberse creído con derecho para concluir, que eran otros tantos machos. Pero tan chocante muestra de hermafroditismo no existe en la especie americana, ni se descubre razón alguna natural para conceder a la hembra una disposición innecesaria, extravagante y opuesta a las leyes del organismo. Este modo de discurrir por comparación y sin otros antecedentes, podría clasificarse de efugio para salir bien o mal de una dificultad de imposible solución.

Aun cuando se prescindiera de la diversidad de formas, de prominencia y de dimensiones de la correlación orgánica y de tejido entre el todo y una parte de la estructura sexual ¿bastaría para infundir no más que ilusión un simple repliegue, una membrana de tal o cual modo dispuesta o conformada, aún en el caso de aparente similitud entre los órganos generativos del macho con los de la hembra? ¿La semejanza de un objeto en anatomía (que tal y nada más debería considerarse eso de los testículos y pene en la hembra africana) representará nunca a los ojos de un inteligente el mismo objeto, ni valdrá lo que él en su íntima, especial y perfecta contextura?

Se echa, pues, el macho, y permanece seis semanas en indiscontinuada incubación. Se enlueca y enflaquece, como sucede a las hembras de las otras especies, y se pone como ellas violento e irritado. Pierde naturalmente muchas plumas del vientre, del pecho y de debajo de las alas, fuera de las que se arranca con el pico.

El es tanto más celoso del nido, cuanto está más adelantada la incubación. Ya queda dicho, que si se removieron o manosearon los huevos, lo que él conoce al momento, los desparrama y rompe con las patas, cuyo acto reputan los campesinos ser emanado de soberbia. Pero cierto es, que si pierde estos objetos de desvelo y cuidados, el sacrificio tal vez le importa su preservación. Sabedores los enemigos que tiene (una vez descubierto el nido) del lugar donde podrán encontrarle, ya de noche ya de día, le atacarían de improviso, y le darían, a no sentirlos, irremisible y pronta muerte. *No hay animal más guacho que el avestruz* dicen los mismos gauchos -con cuya frase expresan cuán avisado es este alerta centinela de nuestros campos.

El doméstico defiende el nido, hasta sacudir, abrazándolo con el pico, el bastón con que se le amenaza o incomoda estando en él. Hemos visto a uno saliendo del recinto de una pequeña quinta correr al encuentro de los desconocidos que pasaban cerca a caballo, y embestirles en las posturas más a propósito para asombrar a éstos. Como conoce a los de la familia, especialmente al encargado de darle el alimento, permite, aunque de mala gana que éste se le acerque, y aún que le recoja los huevos si se echó con anticipación. Esto suele hacerse para ennidarlos todos a un tiempo, en precaución de que algunos se pierdan sufriendo la acción prolongada y nociva de la intemperie. Pero el macho no sólo rehusa siempre cubrir estas nidadas artificiales, sino que las rompe y disemina.

La bandada que permaneció algunos días todavía en las inmediaciones del nido, después de echado el macho se aleja poco a poco, hasta que desaparece capitaneada por el que le sucedió en valor y fortuna. Los gauchos dicen -el más *taita* lleva la cuadrilla. Es probable, que pasando ésta de seis se forme nuevo nido donde termine tal vez la exovación.

Se ha visto al macho en las horas más calurosas del día erigirse sobre el nido sin salir de él, abrir las alas, plumearlas y permanecer en aquella actitud más o menos tiempo, hasta que refrescado y desentumecido, al parecer, vuelve a echarse.

Para efectuarlo dirige los tarsos hacia adelante, apoyándose al mismo tiempo que en ellos y en las patas, en las extremidades fuertes de las tibias y el talón. Esta disposición quieren significar los campesinos cuando dicen: "el Avestruz está hincado, o se hincó de rodillas".

Algunas veces sale del nido por buscar a la ligera el sustento, por estirarse de lo que muestra tener necesidad, pues se nota que eleva entonces el cuerpo, y que ejecuta repetidas pandiculaciones o desperezamientos con las alas. El del desierto es también instado a dejar el nido, por proporciones descubiertas a la redonda, particularmente cuando ha sentido algún rumor.

Al fin de seis semanas, poco más o menos, nacen los polluelos, rompiendo ellos y no el padre, como algunos suponen la cáscara, mediante el tuberculillo (general en las aves) que traen en la extremidad del pico, el cual como es sabido cae después. Terminada la saca descansan todavía unas cuantas noches en aquel habitáculo o nidal, que abrigó primero al embrión encerrado dentro de la cáscara y que sirvió después de cuna natal a la numerosa progenie.

M. Buffon dice: que la *Avestruz Africana* abandona los chicuelos así que nacen, porque encontrando desde luego el alimento propio y el calor necesario, los cuidados maternos le son inútiles. Podrá ser: pero el clima en Africa no es igual por todas partes; fuera de esto, faltándoles desde entonces la vigilancia maternal, ¿quién habrá de protegerles contra los bruscos y peligrosos ataques de las aves de rapiña y de otros enemigos no menos temibles? Nadie duda que el instinto de conservación de los hijos es el más natural, el mejor desenvuelto de todos, y el más sólidamente dibujado, en todas las especies. Es verdad que en la incubación, saca y cría se invierte el orden natural, desempeñando esas funciones el macho en la especie americana. Pero esta anomalía es en el fondo de ningún momento, pues lejos de comprometerse la especie por ella, se preserva cuando menos también como del otro modo, estando confiada su guarda al macho, inspirado por los afectos paternos más solícitos. Poco importa que sean el macho o la hembra los encargados de vigilar la prole, el voto de la naturaleza está satisfecho, desde que ella logra preservarse y ponerse a cubierto de los peligros inherentes a una edad tierna y desvalida.

Cuando se halla una nidada ya muy adelantada en la formación del embrión o producto, puede éste lograrse colocando los huevos dentro de lanas o telas de abrigo, cuidando de exponerlos prudentemente al calor del sol o del fuego. Esta es una nueva prueba de que el feto a término rompe la cáscara y no el padre. Muchas veces se oye el blando y afanoso golpear del nonato deseoso de ver la luz.

El *Ñandú* pequeño es muy gracioso. La pluma de un amarillo oscuro aparece con rayitas o listas negras (vestidito de Santiagueño, dicen los campesinos). Sus movimientos sueltos, su apostura tan gallarda, la flexible ligereza de sus largas piernas, lo umbroso y movable de su extensa cerviz, forman un conjunto de perspectivas singularmente agradable.

A pesar de la inocencia de estos animalitos, ellos no están libres de la persecución de crueles enemigos. Fuera de las aves de rapiña que los devoran en su tierna edad, tienen que temer a enemigos más formidables cuando adultos. El *Aguarachay* o Raposo -el *Aguará* de distinta especie que éste (no descrito hasta ahora, pero conocido con este nombre en la Provincia y en las de la Confederación, donde él existe)- el *Puma* o *León* de nuestros campos (*Faelis discolor*) -y aún al mismo feroz y forcejudo *Tigre*.

El *Zorro* tan sutil y mañoso, atisba, ocultando rampante sus movimientos a los charabones (nombre con el cual distinguen los campesinos al *Ñandú* pequeño), que alejándose incautos de su guardián, se aproximan a las pajas o matorrales. Si logra matar a alguno, le arrastra a su cueva si está cercana, y en ella se proporciona un manjar regalado; o si huye del *Ñandú* padre, siendo descubierto, logra la misma utilidad, así que se avista la asustada y andariega cuadrilla. No obstante la astucia y variados ardidés del *Aguarachay* rara vez logra su designio, siendo el *Avestruz* muy vigilante con su familia, de cuya vista y lado pocas ocasiones se separa.

Descubierto el *Zorro* en su avance o retirada es acometido en el momento y con intrepidez por aquél. Si es alcanzado, se tiende inmediatamente poniendo el dorso contra la tierra. Su adversario procura herirle en el vientre con sus cortantes uñas, y pisotearle fuertemente pasando y repasando con increíble rapidez sobre él. El *Zorro* procura, gritando incesantemente su fastidioso - *guaaa* - morder al *Ñandú*, que va y viene ligero como el pensamiento, golpeando rudamente al carnívoro asesino pillado infraganti. La refriega dura más o menos tiempo, hasta que reconocida la intención del cobarde agresor de retirarse, y requerido el ofendido padre por el silbo repetidor de los polluelos, vuelve a ellos gozoso de haber sacudido al artificioso *Aguarachay*, que si ahora se dirigió contra ellos, otras veces destruye nidadas enteras.

Estas lo son también, en ausencia del *Ñandú* por el *Yaguaná*, comúnmente llamado *Iguana*, de la familia de los *Lagartos*. El rompe a colazos los huevos y sorbe en seguida su substancia. Si el *Ñandú* lo sorprende, se bate en retirada oponiendo sus recios colazos a las pisotadas y rasguños de aquél, que salta por sobre el *Lagarto* y le escaramucea para evitar los rudos golpes de su fornida y anudada cola.

En otras dos especies del género *felis*-el *Tigre* y el *Puma* o *León* - y el *Aguará* del *canis*, asaltan del mismo modo a los *charabones* que a los adultos. Astutos, crueles, ligeros y fuertes se agazapan y rastrean en las *tinieblas* al *Ñandú*, dirigidos unas veces por el olfato, otras por el canto en que éste prorrumpe a las madrugadas en ciertas épocas del año. La marcha de asalto, lenta y silenciosa, se hace siempre llevando el sotavento, y despliegan supositivamente, y es necesario que desplieguen en ella todo el amaño y sutileza de que estas especies están

dotadas. Y ciertamente deben poseer tales cualidades en alto grado, para llegar hasta el *Ñandú* alerta siempre, y cuya vista, aunque escasa de noche, le basta sin embargo para huir (ya avisado por el oído) tan veloz como de día, por la tierra llana y despejada de las *Pampas*.

Dan testimonio de estos lances sangrientos, las heridas que se han visto en aquellos *Avestruces* que felizmente escaparon de las garras depredadoras de esas especies carnívoras. Se han encontrado algunos recientemente o poco ha heridos y hasta mutilados de un ala signos de violencia externa que nadie pudo perpetrar en la soledad de los campos, sino uno u otro de esos cuadrúpedos más o menos audaces y feroces.

Más claramente demuestran la posibilidad del hecho o el hecho mismo el hallazgo de cadáveres de *Ñandú* destrozados y ocultos bajo pajas u otras yerbas. Avisan de la existencia de estos restos, de otro modo, sólo de casual descubrimiento, el revoloteo, el ascender y descender de las aves en determinado lugar. Los campesinos saben muy bien la significación de estos movimientos: pero ellos se engañan atribuyendo al *Tigre* el escondite de las sobras de un brutal hartazgo. Esta fiera no oculta jamás ninguna clase de residuos: tal propiedad concierne al *Guazuará* o *León* y tal vez participe de ella el *Aguará*, siguiendo el instinto de algunas especies del género *canis* a que pertenece.

Al caer la tarde, o más temprano si el tiempo es frío, los chicuelos silban en señal de la necesidad que tienen de abrigo. El condescendiente nodriz ocurre entonces y los cubre sin comprimirlos, doblando los tarsos y fijando en tierra las macizas extremidades de las tibias. Es posible que al echarse pise algún polluelo y que aún sea indiferente a sus chillidos, de lo que, como sucede en los pavos, pudiera, en virtud de una larga presión, resultar grave daño y aun la misma muerte.

La desigualdad de tamaño de los pichones proviene tanto de anticipación en el nacimiento y del sexo cuanto de la reunión de dos o quizá más crías. Cuando se encuentran dos machos, que las tienen, riñen a no poder más, y el que triunfa se constituye en jefe de la masa entera. El vencido, en su penoso presentimiento, se retiraría a cierta distancia en observación (mangrullando, dicen los campesinos), de su cría y de su conquistador, por si descuidándole pudiera recobrarla en el todo o en parte. También acontece que encontrándose (topándose) dos padres con pollos, no se atacarán, imponiéndose mutuo respeto.

El macho, tan astuto y cauteloso, vela noche y día la alegre y piona cuadrilla: cuando se aleja, la llama ejecutando una especie de castañeteo con el pico, al cual contestan los charabones con un silbo peculiar. Si acierta a pasar un jinete cerca de ellos, se ocultan todos entre la maleza. Si teme el padre que serán al fin descubiertos o si efectivamente lo fuesen, marcha luego al encuentro del descuidado e inapercibido transeúnte, que será muy sin ventura si monta un caballo arisco. Tal es el ruido que mete con el pico y con las patas, mientras embiste con denuedo y gambeteando, alongadas las alas cuanto puede, arqueando y recogiendo el erizado cuello, que no hay freno ni jáquima que contengan al caballo, que ya desbocado y despavorido trae tras de sí y a quema ropa aquella máquina tormentosa tan extrañamente empavesada. Feliz el jinete si en la huída no cae el caballo atravesando a escape y sin vista cualquier mal paso; o si no corcovea, y desgraciadamente lo derriba.

Cuando un jinete o jinetes en caballos mansos o prácticos en este género de cacería se dirigen contra un *Ñandú* con pollos, desde luego los echa éste por delante y a fin de darles tiempo para que se oculten, él en su pos hace los últimos esfuerzos por detener a los agresores. Para conseguirlo, adopta partes y situaciones las más extrañas y asombradizas de que es capaz. Acosado al fin de todos lados, sin esperanza de salvación, a pesar de haber prodigado su vida largo rato por libertar su cría, sólo la abandona en la última extremidad, cuando la defensa es del todo inútil.

Pasado el peligro, con voz bien entendida de los pichones, convoca a los que quedaron, los reúne y los pone de nuevo bajo su bien probada protección. Estos silbos de aviso, o voces de alarma, emitidos por el jefe de la cuadrilla, la previene oportunamente del riesgo que la amenaza. En circunstancias tan azarosas, al oírlas, remolinea precipitadamente en evidente confusión; en seguida huyen todos, aunque lo hacen, por lo general, las hembras primero que los machos.

ANTECEDENTES DE UNA CAMPERÍA EN LAS PAMPAS DE BUENOS AIRES

Libertad y posibilidad de cualquiera para emprenderla; provisiones; únicos medios de ejecución:

el caballo y las bolas; su manejo; cerco y mal juego en él; estratagemas e instinto del *Ñandú*

para eludir el peligro; medios naturales con que lo consigue; perros cazadores

Se convocan desde dos hasta diez, quince o más hombres para una entrada o *campería* en el desierto. (Introducimos la voz *campería* como significativa del inmenso espacio interminable donde la diversión se ejecuta, y la preferimos al de *cacería*, que se dirige simultáneamente a varias especies, y con más fundados motivos al de *cetrería* y *montería*). Hay hombres de arrojo y que conocen el campo, que viviendo no muy distantes de los parajes frecuentados por los *Ñandúes*, se internan solos o cuando más acompañados de sus perros. Al primero que

concibió el proyecto de la excursión, cuando se reúnen muchos, o que primero invitó a ello, se le presta cierta consideración de mera cortesía o de amistoso miramiento. Suélese condecorar con el rango de *puntero* en los *cercos*, y aun parece corresponderle este puesto directivo de derecho.

Una de estas *camperías* recreativa y varonil al mismo tiempo, reúne atractivos los más seductores para los paisanos u hombres del campo, cuya imaginación exalta el solo recuerdo del caballo y de cuanto puede emprenderse de atrevido y pintoresco sobre este generoso bruto, cuyo manejo les es tan familiar como fácil. El objeto que se proponen en ellos es: bolear *Avestruces*, sacar la pluma, comer su carne y sus huevos, traer de éstos consigo cuantos más se puedan, de paso bolear potros o caballos alzados (baguales), gamas, etc.

Al menos, en sus principales detalles este nuevo género de cabalgata pudiera decirse peculiar de las Pampas de Buenos Aires, no ofreciendo a las movibles y dilatadas operaciones ecuestres que constituyen esa diversión, el terreno quebrado, pedregoso y de montaña del Estado Oriental del Uruguay, el de las Provincias Argentinas, de Entre Ríos y Paraguay, y varios puntos del Brasil, etc., las ventajas que aquellos campos en orden a la igualdad y limpieza de una superficie indefinida y tan singularmente rica en la especie de Ñandú.

Salir al campo llaman a esta festiva excursión los mismos habitantes de los campos, que parecerían a un europeo recién llegado el *non plus* de los desiertos y a un morador de los Andes o de otras montañas, un mar sin límites de tierra llana. Se intenta designar, y se designa efectivamente con esa expresión, la campaña absolutamente yerma -las pampas del todo inhabitadas. Se les llama también campos de afuera y campos de tierra adentro: términos contradictorios para un extranjero; pero que los naturales entienden y descifran perfectamente.

Los halcones y perdigueros, los proyectiles que matan de considerable distancia son aquí inútiles. El trabajo de peones o de criados que espanten la caza, es innecesario, no habiendo ojeadores y cazadores: todos son de este número, ni miran unos mientras algunos privilegiados se divierten. Sólo la fortuna o la mayor destreza establece alguna diferencia entre los asociados. Por lo demás todos gozan del mismo derecho y aún con más igualdad que en el antiguo juego ecuestre y americano llamado *Pato*. Si en ambos es indispensable el mismo arte y habilidad para regir el caballo, dominar todos sus movimientos e impulsarlos de mil modos y siempre con un fin preciso y determinado, en el *Pato* es exclusiva la victoria de el que, contando con un buen caballo posee un más alto grado de fuerza corporal, sin lo cual a diferencia de la cacería de *Avestruces*, no hay triunfo.

La facilidad con que se alcanza esta diversión es otro de los motivos porque ella es tan agradable al paisanaje de la Provincia de Buenos Aires. Un par de caballos o más si se quiere, si no todos alguno de ellos manso y ligero, no faltan al más infeliz campesino, y cuando menos quien se los facilite. Por manera, que éste es un entretenimiento popular por excelencia, pues no hay quien no pueda participar de él sabiendo manejar regularmente el caballo, y en nuestra campaña no hay quien lo ignore. El rico como el pobre son libres para penetrar en las *Pampas*; cada uno pone su contingente de trabajo y de industria, siendo de cada cual aquello que exclusivamente adquiere.

El pobre de América goza en esta parte, como en otras cosas de una noble franquicia desconocida del proletario europeo, que lleva hasta los pies de los nobles el Conejo, la Liebre o el Jabalí, para que les hieran los hombres de raza nobiliaria.

Aplazada la salida de ella se emprende desde el punto de reunión, sin el boato y estrépito lujoso de una montería en Europa: sin que haya que correr en la *campería* de las *Pampas* los riesgos que ofrece la caza de animales feroces en la *India*: sin que prometa los estimables despojos de la de Elefantes en el *Asia* y *Africa*: sin embargo, ella no carece de peligros, ni deja de ser gratificativa en alto grado. Prescindiendo del encuentro casual con un tigre, los tiene y grandes en el mismo bruto, que se cabalga, y con el cual hay que hacer pruebas expuestas, movimientos improvisados, admirables y los más difíciles de equitación; muchas veces sobre un terreno hoyoso, escabroso y cubierto de malezas, y a inmensa distancia de todo el humano recurso, en caso de desgracia. Los bastimentos o víveres allá en la simplicidad primitiva de estas complacientes excursiones se reducían a sal, ají y maíz blanco tostado, y como instrumento: una ollita, caldera, mate y bombilla. Ahora el lujo que cunde por todas partes, ha añadido (y aún en ellos se conocerá la sencillez dietética de nuestros paisanos, cuán poco necesita el hombre para vivir sano, alegre y robusto) alguna cebolla si la hay en el punto de partida, grasa que se usa mientras no se mata Ñandúes gordos. Si van hacendados acomodados, agregan bizcocho, azúcar, alguna botella de aguardiente, y por colmo de refinamiento gastronómico, un poco de té o café.

Estos son los bastimentos; ahora los *vicios* (expresión sin equivalente en el diccionario de la Real Academia), consisten en yerba mate, tabaco y papel.

Concluido el apresto bucal se arreglan y se engrasan perfectamente todos los arreos, como maneas, maneadores, bozales, lazos, etc. cuyas piezas, en precaución de que no falten, suelen duplicarse.

Entre las caronas se acomodarán las cubiertas o mantas de abrigo para de noche; porque en las *Pampas* al día más caluroso sucede una noche fría, aunque mucho menos húmeda, si no fuese con mal tiempo, que en la parte equinoccial del continente.

La bondad y ligereza de los caballos que se llevan (a veces una corta tropilla con su yegua madrina) están ya reconocidos en anteriores correrías de gamas o de ñandúes. Así ensayan los campesinos y los indios los caballos nuevos, fijándose con esmerada exactitud en su respectiva velocidad y aguante. En estas pruebas y para fijarse

más a fondo del grado en que poseen tan estimadas cualidades, no les dan rienda sino poco a poco o no les permiten de pronto todo su correr. Entonces dicen los campesinos en su lenguaje oriental: *Es preciso sujetar al mancarrón, pues no conviene que le demos tan de pronto golosina.*

Siendo estos animales el primer elemento de aquellas expediciones esencialmente móviles, es necesario asegurarlos cuanto es posible. Por esta causa se manejan en la noche, o solo la yegua si fuesen mansos y atropillados. Así se evita, el que dispares lejos, si son asustados por el Tigre, el Puma o por cualquier rumor. El caballo que se ha de ensillar al día siguiente se ata a soga y aún también se maneja; el que se destina para correr, pasa la noche a maneja larga para que no amanezca entumido. El cencerro de la yegua avisa oportunamente en la noche, si los caballos se alejan o alborotan.

Después de ellos, las bolas son el instrumento más importante de la *Campería*. Cada jinete lleva tres o cuatro pares envueltos en la cintura, y uno o dos de potro cuyas soguillas plegadas se aseguran a la cabeza anterior del lomillo o recado. La ligadura es tan sencilla, que puede desatarse, en caso necesario, con una sola mano. A más de su principal destino contra *baguales* o potros alzados en la soledad de las *Pampas*, se usan en defecto de las propias también contra el Ñandú. El lazo se acomoda al anca en círculos iguales, menos uno o más, que suelen con gracia e intencionalmente dejar caer algunos gauchitos presumidos por sobre el tronco o muslo de la cola. El se apresa con tiento a ambos costados de la cabezada posterior del lomillo.

Las bolas, aunque varían en grandor, según el gusto de cada cual y la fuerza del brazo que ha de manejarlas, tienen por lo regular, el peso de tres o cuatro onzas, y se hacen de plomo o de piedra. Suelen elegir por molde para las de tres la cáscara de un huevo de *Teru*. La bola manijera o que se empuña, es algo más pequeña, que las voladoras o boleadoras. Se cubre con cuero fino de potro (retobar) y se unen por soguillas (tientos) sencillas o dobles, de poco más de dos varas en el todo. Los campesinos miden una toesa o brazada y sobre ella aumentan lo que va de la mano al codo: extensión que corresponde a la longitud total de las soguillas. Estas se aseguran a un anillo del mismo retobo o cubierta, o a un anca del alambre, que se colocó expreso al fundirse las bolas. El tiento de la manijera es algo más corto que los de las boleadoras.

Los *Pampas* y los *Ranqueles* usan en soguillas los tendones de las piernas del Ñandú; pero sean ellas de éste o del otro material, deben estar perfectamente engrasadas y flexibles. El señor de Azara equivoca las bolas de potro con las de *Avestruz*, cuando en su artículo sobre el Ñandú les da a éstas la magnitud del puño.

Aunque de un uso general las bolas de tres, los indios y los cristianos más diestros en dispararlas, prefieren las de dos por creer más cierto el tiro con ellas. Otros las desechan porque al caer son más saltonas. Se llevan varios pares, como ya dijimos, perdido un tiro se hacen sucesivamente aquellos que permite el número de pares a la cintura, entrando en cuenta aún las de potro. Toda la maniobra se ejecuta sin dejar un instante de correr: por supuesto, que una buena vista y la fuerza del brazo, son requisitos necesarios para el acierto.

"Como hay que volver a recoger las bolas, se hace necesario señalar con algún objeto el lugar donde quedaron. A este fin, se arroja en una parte el sombrero, en la otra el poncho, el chiripá, etc., y no es extraño ver boleadores casi desnudos por esta causa.

"Al emprender la batida, si el caballo montado va bueno, o si, como dicen los campesinos - *lo malician*, en él corren, o en su lenguaje enfático en él *pelean al Avestruz*. Proceden de ese modo con más confianza, si el caballo de campaña en aquel día, está enseñado a correr suelto a la par del ensillado. Algunos son tan maestros (baqueanos) que embozalados y con el cabestro envuelto al cuello, a todo correr a la par del montado, se dejan saltar del jinete cuando aquél se rinde, o bien cuando marchando en descubierta, y fatigado ya el que se cabalga, se levanta de improviso un Ñandú oculto. Lo regular es, llevar del diestro el de reserva y a la vista de los *Avestruces* que con las cabezas levantadas como *lancería* -dicen los gauchos- todo lo exploran, mudar el de refresco, maneando el que se ensillaba.

"Perseguido el ñandú desde distante, suele agazaparse entre la maleza. Para descubrirlo y asegurar el tiro, llegado el boleador próximamente al lugar del escondite, se apea acaso, y le busca atento y silencioso, las bolas preparadas. Aquel, que cogido con la tierra ve acercarse de sí al hombre, que al fin debe reconocerle; o huye, o se precipita sobre él con presteza increíble. Sorprendido el racional de lo inopinado y pronto del movimiento, y conmovido por el pechugón da tal vez en tierra, sin haber tenido tiempo ni aun de resistir. Un hombre tuvo una rodilla dislocada a consecuencia de un porrazo en uno de estos lances.

Puesto el boleador a cierta distancia del *Avestruz*, cuando éste espera, ejecuta a su alrededor tornos o vueltas redondas, que estrecha sucesivamente, en todo semejantes a las que se dan en circunferencia de la perdiz. Cuando es nuevo, o que nunca fue corrido, no es imposible la aproximación hasta cierto grado; pero si lo fue, o está actualmente asustado, entonces menester es, usar de ardid los más exquisitos para ponerse a tiro. Si faltan las estratagemas no queda más arbitrio que correrlo sin intermisión, y si hay elementos y la bandada interesa, cercarla.

No es tan sencillo como a primera vista aparece el bolear *Avestruces*; menos por las dificultades en la ejecución, aunque no son pocas, que por el ardid y astucia que deben emplearse contra esas mismas cualidades que el Ñandú ostenta en protección de su vida y de su libertad. Esta especie es, a no dudarlo, incomparablemente más

inteligente y experta cuando defiende tan inestimables objetos que la africana, a juzgar de lo que es ésta por la historia que hace de ella, el elocuente M. Buffon.

El tiro más seguro que llaman de dos vueltas, se hace regularmente a la distancia de treinta o cuarenta varas; el de tres hasta de sesenta. De ahí arriba el tiro es perdido para los que no tengan mucha fuerza en el brazo o que no sean muy diestros. El tiro de una vuelta es el más corto, y acaece que por disparar de tan cerca, encontrándose con ímpetu la soguilla de las bolas con el cuello del ñandú, lo divide absolutamente, como pudiera hacerlo un arma cortante.

Las vueltas se enumeran, no por los giros que se dan a las bolas sobre la cabeza antes de dispararlas, como creen algunos, sino por las que ellas dan en el aire, después de arrojadas.

Es una distancia proporcionada la de ciento o ciento cincuenta varas para partir sobre el ñandú o para *mandarle el caballo*, en expresión campestre. Más apartado o a mayor intervalo se requiere un caballo superior en ligereza y aún en aguante, si va muy aventajado, para darle caza. Si se le ha visto echar a lo lejos, será posible atropellarlo de cierta distancia, si se da con él.

El tiro con dos bolas, es más largo que el que se hace con tres, tanto por su menor peso, cuanto por ser más débil la resistencia que les opone la atmósfera. Es también más seguro, pudiéndose dirigir más rectamente al objeto, en razón de la más simple combinación del equilibrio. Los buenos boleadores usan bolas de dos, mientras los chambones confiados en la ventaja que dan tres contra dos, usan aquellas, por si la casualidad hace con la bola impar, lo que un brazo ejercitado haría casi con perfecta seguridad, con sólo dos. Ya se sabe que el único cañón de una escopeta hace, y vale más en manos de un buen tirador, que dos en las de un bisoño.

Las bolas se arrojan al tronco o a lo más grueso del cuello. Sofocado el animal por la ligadura, más que agobiado por el peso, se detiene y rinde. Si las bolas que tocasen a la parte superior del cuello, no se envolvieran con prontitud, las despide luego el ñandú por los sacudimientos de cabeza, y por los movimientos de contracción instantánea y repetida que imprime a su linda y prolongada cerviz. No fuera extraño, que en los esfuerzos violentos y apresurados que hace parándose y sentándose alternativamente para levantarse de la opresiva ligadura, poniendo para conseguirlo en juego los dedos de una y otra pata, se abriese el cuello inferiormente de abajo a arriba con el agudo corte de sus uñas. Los bordes de la herida que resulta son tan iguales como abiertos por un arma de finísimo corte.

Aun cuando las bolas rodeen el cuerpo del ñandú, él sigue sin aparente novedad su huida, no obstante que ellas sean de potro; es decir, de ocho onzas o quizá una libra de peso cada una. Un ala envuelta, disminuiría, es verdad, la velocidad y soltura de la carrera: pero asimismo podría escapar, como ha sucedido muchas veces. El peligro está entonces, en que se le envolvieran en las patas, o en que una bola suelta golpeando y chocando de continuo cualquier punto de la extremidad, produjera, como es consiguiente, la fractura del hueso.

El *Avestruz* no queda boleado de las piernas del mismo modo que el vacuno o caballar, cuyos extremos ligados quedan juntos, y aún en fuerza de la justeza de la cuerda, antepuesto, casi siempre, y no apareado el uno al otro. Los del *ñandú* restan algo separados, y si no son maneados por los muslos o piernas (lo que los inmovilizaría) y si lo fuesen por los tarsos o porción escamosa, es factible que se desligara en el zapateo en que entra, por alcanzarlo. Es tal su apuro cuando se encuentra de cualquier modo impedido, y tal su empeño en correr, que él mismo cayendo y levantando se supedita y enreda más y mas, arrollándose las bolas para arriba. *Caminan zungando* dicen los campesinos; es decir, recogiendo cuanto pueden las piernas, o doblando los tarsos muy altos sobre ellas.

Los indios construyen las bolas ordinariamente de piedras perfectamente pulimentadas y configuradas; pero de mayor peso que las de los cristianos.

Es un antiguo error, y que el tiempo no ha destruido aún, el creer que el *ñandú* corre *siempre* en zigzág o por semicírculos. Pero no es esto, lo que hemos visto muchas veces en el campo, ni lo han observado los boleadores de *Avestruces* hasta ahora. Cuando descubren a cierta distancia un jinete que se dirige contra ellos, corren por una línea, si no recta, más o menos oblicua en contraposición a la que atrae aquél. El instinto les dicta entonces, que pierden terreno, y lo gana su enemigo, si describen curvas, arcos de círculos o espirales cuyo eje si lo siguiera el caballo, pronto se encontraría con ellos. Por lo mismo llevan una progresión opuesta a la línea que traza su perseguidor. Esto es natural.

Mas si se halla comprometido el ñandú por la proximidad del jinete, entonces despliega con increíble habilidad ese singular sistema de tornos, vueltas y carreras retrógradas, que divierten, tanto como ellas admiran por la agilidad, gracia y tino con que practica esos diversos actos. *Se hace una luz*, dicen los gauchos, *mueve la cola lo mismo que la mueve el gallo*. Frases hiperbólicas, pero que demuestran lo sumo de la velocidad, la repetición e instantaneidad de tan varios movimientos.

Si se le acomete echado en el nido o en su escondite sin dar un paso adelante, huye hacia atrás. Por esta rara anomalía locomóvil se hace forzoso cargarlo de frente, pues habiendo de huir a retaguardia de su posición, presenta la posibilidad de bolearlo corriéndolo por la espalda. Sin embargo, no es tan fácil lograrlo, siendo un tiempo casi indivisible el levantarse y desaparecer. Repite entonces los movimientos tan vorticosos y de tal tortuosidad, escondiendo el cuello delante de sí mismo, que es necesaria mucha ejecución y práctica, y que el boleador sea, como dicen los gauchos, *hijito* para hacerle tiro. Así que ha corrido cierta distancia en esa extraña

aparición eleva la cabeza, estirando por supuesto el cuello, y adopta un andar más recto. Este momento es propio al boleador, el cual debe apurar su caballo que había suspendido para que el ñandú abandonara cuanto antes, no viéndose perseguido de cerca, la actitud embarazosa en que marchaba.

Si escapa a las primeras arremetidas, habrá que hacerle una larga persecución para pillarlo a tiro. Por esa causa prefieren muchos el caballo corredor al ligero solamente. Una de sus estratagemas favoritas, cuando le apuran, es venir sobre el jinete con maravillosa rapidez y como de costillas; las alas tendidas y de tal modo agazapado, con el cuello recogido y la cabeza metida entre el arranque de las alas, que casi es imposible envolverle con las bolas. El hombre nuevo en este negocio que se halla acometido en esa singular y, como estudiada, perspectiva, no atina con el modo más ventajoso de emplear sus bolas porque el Ñandú que asocia a la vista más perspicaz, de día, la mayor ligereza y la elasticidad de cuerpo más asombrosa, pone a prueba entonces, como pocas veces, éstas sus dotes. Conoce, que su salvación en aquel momento crítico depende de inutilizar, pegándose al caballo como más puede, el disparo que se le hiciera. Mientras tanto llega pudiera tirársele, como dicen los gauchos, a *matar*: pero se perdería el lance porque chocando las bolas contra el suelo, por arrojarse tan de cerca y venir tan bajo el Ñandú no se le envolvería o embramarían, como ellos dicen.

Así encogido y aplastado, cubriéndose los tarsos con las alas que mueve con mágica presteza, desaparece de delante del jinete que embelesado gira todavía las bolas para lanzarlas a su frente cuando el Ñandú, rápido como el pensamiento, ha pasado a retaguardia rozando con el caballo. Al cruzar por debajo de las riendas ha sucedido que un boleador de pulso y buena vista lo mate de golpe con las bolas, y aún que le hiciera tiro por sobre el hombro, si el caballo fuese maestro y de rienda, y el Ñandú pasara, como se expresan los inteligentes, *apartadito*.

Ha acaecido también, que al correrse para atrás, saque con su cuerpo el estribo del pie del jinete, sin que fuera posible a éste ofenderle. Por eso dicen con razón los campesinos: - *Del estribo se defiende el Ñandú*.- En otras circunstancias exclaman: - *No hay animal de más malicia; no pisa el campo ninguno tan facultativo como él*.

Cuando, según ellos se expresan, le persiguen *en calle o le hace medio dos jinetes*, si el que monta mejor caballo está próximo a darle caza, entonces se dirige de flanco hacia donde la persecución es menos viva. Pero si llega a ser inminente el peligro de aquella parte, cambia segunda vez de rumbo y se precipita con celeridad sorprendente sobre el primero, por si logra forzar el paso y salvarse a retaguardia o por donde pueda, saliéndose al campo.

El encontrarle cuando se echa sería más difícil que a la perdiz, que en esa disposición eleva algo la cabeza, si no fuera el mayor volumen del cuerpo y el color moro ceniciento de la pluma que resalta principalmente sobre las yerbas verdes. Con las piernas estiradas, el cuerpo y las alas cocidas con la tierra, unas veces mete la cabeza entre éstas, asomándola sólo hasta los ojos, y formando su vértice con la convexidad del dorso un plano perfecto, otras alarga horizontalmente todo el cuello, elevando la cabeza todo lo necesario apenas para examinar lo que pasa a sus alrededores.

Si transitando tan cerca de él el jinete presume que será descubierto, no se pone en huída hasta que aquél hubo pasado adelante. Si en verificarlo de cualquier modo advierte peligro, no se moverá aun amagado por las bolas que aquél torna indiscontinadamente mientras le rodea, y espera atento a que se enderece. Inútil sería dispararle antes, pues en la frase vulgar: *cuando echado, no se le halla cuerpo*. Tranquilo, al parecer, espera que las manos del caballo le caigan casi encima y que está a quemarropa el enemigo para erigirse con la celeridad acostumbrada. Si es acometido de frente como debe ser, procura burlar todos los esfuerzos para *embromarle*, por tendidas, cambios instantáneos, carreras retrógradas o *guiñadas*, como llaman los campesinos.

Mediante la asombrosa elasticidad de su cuello corre con la cabeza de través en observación de los movimientos del jinete, cuyos tiros evita por un vivísimo giro en sentido opuesto. El corredor ve de lejos el ojo, que brilla a los rayos del sol con particular refulgencia. El juego de sus alas, mucho más visible cuando no va tan apurado, oculta hasta cierto punto el movimiento del cuerpo, el cual, por una verdadera ilusión de óptica, parece inmóvil en medio del alternado y presto subir y bajar de aquellos grandes y plumosos remos. Se creería que algunas veces los suelta y recoge en seguida; otras afloja las dos alas a un tiempo. Al elevarse muestra las plumas blancas, que cubren los cuadriles y la grupa, o *enseña calzoncillos*, como dicen los gauchos.

Adanson asegura que el *Avestruz* Africano es más ligero que el caballo, y que éste corre más largo espacio. Sea esto cierto o no en aquella región, la observación produce un resultado distinto entre nosotros. Es tal la ventaja de la velocidad del caballo sobre el ñandú, que en la atropellada o primera impulsión y aun en el proceso de la carrera, un jinete diestro hallándose sin bolas puede enlazarlo, si, como dicen los gauchos en su ordinaria locución metafórica: *Si se le ve pescuezo*.

Estos, en cuyas manos el lazo es un instrumento de gran poder, cuando encarecen la necesidad de apurar el caballo acostumbran decir: *como ni Cristo ni hombre nacido podía alcanzarlo, le busqué la berija (ijares) al mancarrón -que quiso, que no quiso, me lo dormí con el rebenque hasta agarrarlo bajo el freno. Aijuna, el Ñandú, infame, matrerazo como el Diablo; lijerón más que los vientos!*

Pero si el caballo es más veloz que el Ñandú dentro de su tiro o en su mayor correr, él es vencido a la larga, o como se expresan los campestres: *lo quiebra el Ñandú, lo despide*. Sólo en caballos sobresalientes, perdidos los primeros tiros, podrían, en una carrera indiscontinuada, hacerse los últimos, o como dicen aquéllos: *pelearlo o*

reventarlo en la distancia. Pero pasado el primer impulso, difícil es conseguirlo a no ser el caballo muy corredor, o que el *Avestruz* sufra algún accidente, porque siendo éste más sufrido en la carrera, se agita menos, al parecer, en ella. Pudiera decirse que la velocidad en ambos es casi recíproca con relación a sus *masas*; pero que la fuerza de la *potencia* cede a la larga a la *resistencia del mayor peso*.

Reconocido está que entre los varios modos de persecución empleados contra el Ñandú, ninguno es más severo que un *cercó*. Pero es por tanto allí donde, como en proporción del riesgo, despliega éste toda su original agilidad; donde hace ostentación de la finura de su instinto y del variado poder locomotivo de que está dotado. Amenazado de todas partes dentro de aquel sitio de muerte, conoce que es más que nunca difícil salvar la vida, y lo más urgente y perentorio no dejar nada que hacer por defenderla.

El *cercó* es proporcionado al número de boleadores y lo forman: los *punteros*, los de los costados y los *culateros*. Los primeros marchan al frente y son como la llave o el eslabón más importante. Ese rango se adscribe, por lo común, o es privativo del que o los que invitaron a la campería. Los *culateros* son como el punto de arranque de las alas, que parten más o menos abiertas, según el círculo que se intenta describir. Ellas avanzan por grados trazando aproximadamente un arco de círculo y cuidando de apostar de trecho en trecho un hombre.

Cuando cada uno de éstos calcula que el total del ala a que pertenece está distribuido, marcha en dirección al centro. Claro está que el movimiento recíproco de una y otra ala los concentra cada vez hasta darse vista.

Mientras ellos se aproximan, los *culateros*, que constituyen el punto cardinal o primitivo del círculo, se adelantan para cerrarle por el frente o segmento que le corresponde. Sucede principalmente cuando el *cercó* abraza una gran área, que los *culateros* por extravío, por impedimentos imprevistos u otros accidentes, no llegan a debido tiempo a su posición. Si mientras no la ocupan, se alborota la *Avestruzada*, o la ocasión de obrar apremia, los de las alas y los *punteros* no escrupulizan, después de circulados, en dar principio por sí solos a la batida. Si el *cercó* es muy grande y el campo desconocido y de mucho matorral, los *punteros* se convienen, temiendo salirse demasiado afuera o *empamparse*, e incendian el campo. Sirviendo entonces el humo de signo telegráfico, visible muy de lejos, advierte el extremo de la curva donde existe el *puntero*, que se desea encontrar. Cuando tiene lugar esta maniobra conflagrativa, dicen los campesinos, en su acostumbrada hinchazón de estilo, y como para dar desusada importancia a las operaciones del día, *la ñanducería alzada que es herejía; al cercó no se le vido fin; los hombres pa no perderse prendieron el campo, y lo cerraron debajo de quemazón*. El barlovento es en el *cercó* la colocación más ventajosa; siendo natural en el Ñandú correr en esa dirección.

Como siempre es extenso el espacio que incluye la bandada o bandadas, los Ñandúes corren amagando forzar la línea de circunvalación ya hacia una y hacia otra parte. La cabeza erguida y el cuello más en alto que jamás, procuran descubrir por miradas rápidas, variadas y penetrantes, el punto vulnerable del temible recinto. Con tal intento se aproximan a la circunferencia, escrutan apresuradamente, y con azorada curiosidad, la colocación del enemigo que la guarnece; luego recalcitrán y vuelven a examinar el todo del fatal término, el cual no afrontan hasta después de haberle lo mejor posible reconocido y como estudiado. Ahora sus movimientos son a la carrera como los de la gama en igual conflicto. Durante estos movimientos o falsos ataques, los jinetes amagan aisladamente acá y allá, aun cuando algún impaciente de la espera acometa decidido.

El *cercó* cada vez más ceñido no pierden de vista los asediados su principal y más importante designio -el romper el bloqueo después de engañifas y multiplicadas tentativas. Desde el principio sus sobresaltadas miradas se fijan, y sus corridas se dirigen hacia donde los hombres son más ralos, o donde se hallan situados muchachos que acompañaron a sus padres, o que van allí por otros motivos. Entonces, como cuando los corren en calle o técnicamente *les hacen medio* un hombre y un chico, se inclinan del lado de éste, como si penetraran de cual lado es más débil el esfuerzo, de cual la ofensa es menos temible.

Elevada siempre y en movimiento continuo la cabeza mientras corren acá y allá, descubren al fin el claro por donde pudieran franquear el cordón formidable. No hay duda que les esperan grandes peligros, que no es fácil superar, porque los de la cabalgata echan el resto en esa extremidad, en que es necesario y es un punto de honor el lucir cada uno, a la vista de todos la ligereza y maestría de los brutos que montan, y su individual habilidad en este enérgico y hermoso juego americano.

Muchos de los sitiados parecen haciendo increíbles esfuerzos de maña y astucia por salvarse; otros que logran cruzar el mortal asedio, remiten la carrera cuando ya libres de peligro. Cuando ocurre esta contracción o disminución movable exclaman los campesinos - *el Ñandú levantó ya su cabayito* -. Al riesgo inminente que él corre al atravesar el *cercó*, aluden aquellos, cuando para significar los escollos de una empresa, o su casi insuperable ejecución dicen del que la conduce: *el pobre hombre está boleao; va como Avestruz contra el cercó*.

Sustraído una vez a los primeros embates del caballo, no por la suma excedente de su velocidad sino por el modo impetuoso de su carrera, anda más sufrida y largamente que aquel cuadrúpedo. Sin embargo del énfasis con que dicen los gauchos - *del cavayo sólo se escapan las aves que vuelan; de ahí abajo todo vicho muere en sus manos*; sin embargo, él no corre como aquél, día entero; mucho más si el tiempo fuese fresco; ni se encuentra al siguiente, como dicen, del Ñandú: *buino no más*.

Perseguido sin intermisión no deja de huir hasta que muere de fatiga. Su cuerpo queda entonces rígido como el de un tetánico, lo que arranca de los gauchos, que lo contemplan con disgusto por no haberlo boleado, esta o

semejante exclamación: *A diancho, no te hagas el chanchito rengo, y de repente adiosito, si te vide no me acuerdo. Mire amigo no le afloje* (al que se apeó y lo tiene agarrado) *no lo afloje, no lo largue por su madre ¡bien aiga el animal ladino y de cencia! Le da lecciones y lo tira lejos al mismo zorro, que es el padre de todas las cábulas.*

Si encuentran algún obstáculo elevado detienen la carrera; pero si es una enramada o cerco débil, forcejea por vencerle, mediante repetidos empujones a pechugadas. Si el impedimento es resistente y bajo y no advierte, siendo la impulsión y peso del cuerpo tan considerables, se fractura los tarsos chocando contra él. En su marcha ordinaria o tranquila, un vallado o cerca de una vara de alto lo detiene, lo mismo que una zanja de cuatro o seis cuartas de boca; pero si le acosan, salva esos óbices con gran facilidad.

Volviendo al *cerco*, diremos que algunos boleadores suelen quedar fuera de él, apeados de los caballos o echados sobre los pescuezos en espera de los Ñandúes, que logren atravesarlo. Rendidos ya estos por tanto correr, aflojan de su anterior celeridad, y se hace más fácil pillarlos a tiro.

Aquellos aunque asociados como buenos conmitones se adunan particularmente de a dos, tomando desde el primer día el nombre de compañeros. Estos tienen por objeto ayudarse más íntimamente, partir y disponer entre ellos el producto de la caza, aun cuando éste sea por punto general partible, al menos la carne. En ciertos lances aquellos que no son compañeros a pesar de la loable simpatía que los une en común, acordándose que son hombres, suelen tentarse de ambición y hacerse lo que ellos llaman *mal juego*.

Se reputa tal, como embistiendo el Ñandú, al claro entre dos sitiadores no compañeros, pica su caballo, el que lo es de uno de ellos, y lo conduce por una línea intermedia entre la gran ave y el no compañero. El objeto de este movimiento es el separarla de éste cuanto pueda ser, embarazando disimulada y artificiosamente sus operaciones para que no le haga tiro.

Al desviar así el botín vivo y andante que se disputa del no iniciado cargándole sobre el socio, se procura que no retroceda el animal, mandándole el caballo con la posible fuerza. Entonces obran ambos del modo más conveniente, y quizá abren claro, como para que el Ñandú se dirija campo afuera, o *adonde vea más luz*, como ellos dicen. Es verosímil, que apurado entre dos fuegos, si escapa de los tiros del uno, sucumba sin remedio a los del otro.

Otro mal juego consiste, en que cuando uno o más hombres corren un Ñandú en línea más o menos recta a un jinete, el cual puesto en conveniente movimiento le arrojaría sobre los que persiguen, éste lejos de obrar de ese modo vuelve el anca de su caballo a los corredores y al *Avestruz*, y permanece inmóvil, o galopa hacia afuera, procurando alinearse con éste, al frente, o bien seguirle en paralelo hasta la oportunidad de cargarle. A esta acción llaman los campesinos en su idioma rústico: *juyióle al Avestruz presentándole la cola o poniéndole el caballo de punta*. Fatigados los de los perseguidores y frescos el del *juyidor*, tiene éste la más propia ocasión de aprovechar al menor costo, un tiro de bolas. Se vengan de la bellaquería de este mal compañero sacándole el Ñandú, siempre que pueden, de junto al caballo, o como ellos se expresan: *sentándosele del estribo*.

Algunas veces consigue el *Avestruz*, después de una más o menos dilatada carrera, ganar terreno, o en dialecto campestre: *tirar lejos a los boleadores*. Si nos figuramos que en su fuga trepa (distantes aún éstos) una loma, y que al descenderla les queda oculto por la misma altura, entonces pone en práctica un ardid estratégico bien singular. Si el sitio ofrece pajas altas o matas donde hacerse invisible, cambia el rumbo que traía al subir ya a la derecha ya a la izquierda, según aquellas le brinden mejor protección. Si el bajío o sus ramales rodean por acaso la cuesta, posible es que marche en sentido absolutamente inverso; y que desande circuyéndola agazapado entre el matorral, el camino que hubiera hecho. Ejecuta lo mismo sobre un llano, si logra encontrar aparente escondite. El jinete perplejo por no hallarle en la dirección en que subiera, o en la que penetró el escondrijo sobre el llano, desiste de perseguirle, o marcha maquinal e inútilmente cierta distancia en la proyección que trajera el astuto Ñandú cuando se perdió de vista.

Los individuos de esta especie no ocultan jamás la cabeza con la esperanza de salvar la vida como el de Africa ni la introducen dentro de agujeros por defender, como dice M. Buffon de aquél, un órgano tan importante como débil. Sólo se ocultan en caso de peligro en los lances ya expresados, cuando obran como decursivamente y no con estupidez como el Africano en su ocultación de cabeza, mientras abandonan el cuerpo a discreción de sus enemigos. Se esconde en tales casos por las razones y del modo que lo haría el racional: pero si dan con él, o si lo teme, se levanta en el acto, y echa de nuevo a correr, cuanto le es posible.

El rara vez cae, y cuando tal desgracia le acontece, es casi indivisible aquel instante del en que se erige, apoyándose sobre una de las alas. Dice Buffon, que se atribuye al tubérculo escamoso que le sirve de talón, la dificultad con que se sostiene en un terreno resbaloso. Parécenos por el contrario, que esa tuberosidad callosa y fuerte, no redonda sino longitudinal y semiconvexa lo sostiene y afirma en la carrera, sobre cualquier terreno. Al menos es más que verosímil, que le sirva de auxiliar poderosísimo para no caer hacia atrás en las vueltas y sentadas que da a menudo en muchas de las cuales dobla los tarsos hasta asentar en tierra con las tibias o vulgarmente *garrones*. Sin esa protuberancia, al nivel de los dedos, que le sirven entonces de especial apoyo, sería difícil ejecutar sus rapidísimas conversiones, y se expondría a deslices peligrosísimos.

Cierto es que el Ñandú, de cuerpo tan grave y sin dedos detrás, no podría correr sobre un terreno escurridizo sin deslizarse, así como las aves que tampoco los tienen, a pesar de valerse de sus alas para equilibrarse, en lo

posible. Pero lejos de precipitarle la excrecencia tuberculosa de la planta, ella le favorece cuanto es dable, sirviéndole de ayuda y descanso, como si representara casi el firme asidero de un cuarto dedo. El tubérculo, duro y escamoso tiene la más apropiada disposición de superficie para sustentarle y detenerle mucho mejor que si él fuera liso. A pesar de la membrana coriácea que lo envuelve aparece ensangrentado cuando el Ñandú ha corrido gran distancia, con más motivo si lo hizo por terrenos ásperos.

En ninguna circunstancia se convierte este hermoso e inocente animal contra el que lo persigue. Todo lo que se ha escrito de las piedras que tira cuando corre y cosas semejantes, son mal urdidas patrañas. Si él es indiferente a las caricias y evita, zafando el cuerpo, que le manoseen o le paren, por manso que sea, tampoco daña sino en la época del celo por defender el nido a los pollos, y eso sólo con el pico o a pechugones.

Si le quiere degollar o manipular con otro intento después de boleado, es necesario que se le asegure del cuello por su raíz, o que se le pise fuertemente entre los alones. Sin esta precaución despedaza los vestidos, hiere las carnes con las uñas y aun pudiera, de un golpe con la pata, romper la pierna de un hombre. Aquéllas no son coces, como impropriamente lo creen algunos, semejantes a los cuadrúpedos en pie; son únicamente fuertes movimientos de contracción y extensión, grandes sacudimientos de toda la extremidad, como los de aquellos cuando se le derriban y se mantienen tendidos por fuerza. Aun irritado contra un perrillo u otro cuadrúpedo pequeño, sólo lo pisotea yendo y viniendo por sobre él. Más bien estruja estos pequeños animalillos que los acocea. Especificando M. Buffon los varios medios de que se valen los árabes para pillar el *Avestruz*, dice, que para más fácilmente lograrlo lo conducen, cuanto pueden, contra el viento.

El Americano corre espontánea e instintamente en este sentido y procura, cuando es obligado a contrariar esta dirección, a recobrarla inmediatamente. Los aficionados a esta gallarda y briosa correría ponen el mayor empeño en sotaventarlos, pues saben, por una constante experiencia, que el Ñandú se rinde mucho más pronto perdiendo el barlovento. Es proverbial entre los gauchos: *El avestruz corre como los baguales contra el viento*. Por esta natural propensidad que observan hasta en su marcha ordinaria, penetran ellos hacia las costas del Mar del Plata y Paraná en las grandes sudestadas, o cuando reinan impetuosos, y por varios días seguidos, el Este y el Norte. Los gauchos fronterizos con el desierto, creyendo entonces indefectible la entrada, se aprontan para recibir huéspedes tan de veras deseados.

"Lo que prueba sin contestación, continúa el ilustre naturalista arriba citado, que el *Avestruz* no levanta las alas para acelerar su movimiento, es que las eleva aún contra el viento, en cuyo caso ellas importan un verdadero obstáculo." Verdad es que el movimiento de las alas no acelera la carrera, pero él es esencialmente necesario a su continuación. Este alternado ascenso y descenso tiene el principal objeto de sostenerla y auxiliarla dando a los movimientos del cuerpo el aplomo necesario para evitar caídas peligrosas. Sin ese despliegue de alas la carrera ni sería tan veloz, ni tan segura. El Ñandú de cuerpo tan pesado, a quien dio la naturaleza por única defensa la carrera, debió reunir a los elementos propios de esa función, otra potencia, que pudiera llamarse reguladores del centro de gravedad, que le siguiera siempre y le prestara protección en las varias y distintas situaciones que adquiere el cuerpo en las tortuosidades de la carrera.

Las alas tan fuertemente unidas a las escápulas, provistas de robustos músculos elevadores y depresores, indican físicamente, a más de las pruebas que suministra la observación, capacidad suficiente para servir como de contrapeso o sostén cuando el Ñandú, a todo su correr, ejecuta cambios de conversión los más extraordinarios.

Esos miembros son singularmente comparables, en cuanto a sus usos en la carrera, con los brazos del hombre en igual situación. Según los alza o los baja, según los adelanta o atrasa, muda el cuerpo su centro de gravedad, sin que pierda la perpendicularidad, cuyo nivel preserva, en virtud de la mutua y acordada acción de esos remos o palancas. Si al hombre como al Ñandú (ambos bípedos) se les ligaran o inutilizaran de otro modo, resultarían la disminución de velocidad y vacilación más clara y expuesta. Los campesinos atan por diversión las extremidades de las alas por sobre el dorso del Ñandú, y en esa disposición lo sueltan al campo. El ave rey de la progresión decursiva sobre la tierra, queda entonces convertida en juguete hasta de los muchachos, que la insultan arrojándole bolas de carne.

Aquí resalta visiblemente un principio de conveniencia preservativa que depende, o que está íntimamente ligado con un principio o ley de la organización, en virtud de la cual son llamados ciertos órganos a uniformarse y corresponderse mutuamente, sin que alcancemos a conocer la causa de este misterioso fenómeno. Así, por ejemplo, el caballo que apura cuanto puede su carrera voltea sus orejas hacia atrás, las pliega sobre el pectorejo, o como dicen los gauchos, *las pega al cogote*. Lo mismo hace el entero, cuando estirado el cuello, moviendo la cabeza de un lado a otro, y el hocico casi por tierra, repunta severo y celoso su manada.

En todo caso más natural es recurrir a estas reflexiones supositivas, que el admitir con Marcgrave, que el Ñandú se sirve de sus alas como de una vela para tomar viento; con Nieremberg para hacer éste contrario a los perros, que le persiguen; con Pison y Klein para cambiar a menudo la dirección de su carrera, y evitar las flechas de los salvajes; y con otros que dicen excitarse a correr más de prisa picándose con el aguijón de sus alas, según citaciones que hace M. Buffon de estas distintas opiniones.

Ese movimiento tiene su objeto natural y de extrema necesidad. Siendo la carrera rapidísima, no podría, ser muy larga sin un medio de refrigeración, sin ventilar el tronco o la caja, que encierra los órganos vitales. La

carrera sería pronto interrumpida si doblara sobre el cuerpo ese colchón de plumas sedosas, espesas y calientes de que constan las alas. Con tanta más razón debe suponerse esto así, cuando se ve que el *Ñandú*, estando quieto, abre las alas como para airearse, durante el mayor calor de los días estivales, las bate también suave y tranquilamente, pero con más fuerza y tesón que lo hacen los demás gallináceos.

El levantar, por otra parte, y el abatir de esos remos plumosos mientras corre contra el viento, no es causa de obstáculo, como pretende aquel respetable naturalista. La naturaleza que privilegió a esta especie con la carrera, y que le dio el instinto de hacerla contra el viento, no pudo debilitar por un elemento opuesto aquella dote: lo contrario sería una obra monstruosa e investida de cualidades equívocas. Esas plumas inadherentes, disgregadas y sin consistencia, que forman las alas, no presentan por su ralura y falta de regularidad en sus planes la menor resistencia al viento. Flotantes los alones, revestidos de hebras sin cohesión, hilachosas y finísimas, tampoco tienen casi peso.

Más todavía: ese movimiento de alas no es maquinal ni ejecutado por un ciego instinto y a destiempo. Nada de eso. El ave se sirve de ellas, si nos es permitida la comparación, con la necesidad y casi con el grado de inteligencia con que se sirve del timón un experimentado marino, navegando con el viento de proa. El *Ñandú* hace sus giros, como la nave da bordadas, cuando precisa ganar terreno. En esas vueltas que son brevísimas y al infinito repetidas en una viva persecución, el movimiento de las alas es incesante, ya de uno ya de otro lado, y tan presto que como dicen casi con propiedad los campesinos - *no se le ve cuerpo* - en otra frase - *hace andar la vista*.

En cuanto a la caza del *Avestruz Africano*, Diodoro asegura que se hace clavando puntas aceradas en rededor del nido. La madre que viene a éste de prisa, pasándose con ellas queda de todo punto sujeta. Mas este peregrino arbitrio ya se ve que sólo obra contra las hembras, que deben ser estúpidas y ciegas y por añadidura insensibles hasta apresarse por sí mismas y poco a poco en las puntas aceradas. Nuevo género, sin duda, de magnetismo entre un animal y los metales, cuyo conocimiento no pasaría más allá de las crederas de Diodoro, como pasó hasta nosotros, desde antes de Orfeo y para siempre la dirección del imán o su polaridad y la de una aguja magnetizada. Buffon agrega, que los Arabes inquietan a los *Avestruces* lo bastante para que no coman, pero sin apurarlos demasiado. Cuando los han fatigado y los tienen hambrientos, durante uno o dos días aguardan la oportunidad; caen sobre ellos al gran galope conduciéndolos contra el viento cuanto es posible, para *fatigarlos más en breve*, y los matan por último a *palos* para que la sangre no manche el albor de sus plumas.

De otro ardid usaban los *Struthophagos* o comedores de *Avestruces*, según aquel naturalista. Se cubrían bonitamente los bellacos con la piel de un *Avestruz*, y pasando los brazos por el cuello hacían todos los movimientos (atención) que ejecuta con esta parte el *Avestruz*. Así disfrazados (también la más simple y extravagante bonomía suele alojarse en el cerebro de los sabios), así disfrazados los pilluelos y sagaces *Struthophagos* se aproximaban a los *Avestruces* y les echaban garra. "Es así, prosigue concienzudamente aquel autor, como los salvajes de América se simulan cabras para presar las cabras."

Pero como ya hemos hecho conocer, el pillar así tan ahinas al *Ñandú* y aun a las cabras de nuestras sierras, no es granjería de cualquier chambón en el oficio, y como dicen los gauchos - *se necesita comer antes mucho pan y mazamorra*. Para el *Ñandú* no hay sutilezas, engañifas ni disfraces que valgan. Buen caballo, ser jinete y diestro en el manejo de las bolas, son requisitos sin los cuales un árabe andaría toda su vida al gran galope con su garrote en la mano, muriendo antes él y su caballo de fatiga y de sed, que dar al alcance, ni aun vista a este velocísimo bípedo alado.

Nuestros campesinos miran en el perro un compañero útil para la caza de los *Avestruces*. A más del servicio importante que les prestan, defendiéndoles del tigre, les proporcionan sin costo abundante cosecha de mulitas, peludos, perdices, etcétera. Por eso dicen: el perro *es el mejor compañero del pobre. Donde entra el cristiano, entra el perro*. Y como acostumbra ir subiéndolo de punto en los elogios, y son afectos, por otra parte, a la especie canina, llegan al máximo haciendo al perro el último favor, pues le anteponen a sí mismos. Por eso añade: *Cuando no fuesen mis bolas, mis perros me darán de comer, porque sin ojos no somos naide en el campo*.

Esos animales de olfato naturalmente fino rastrean al *Avestruz* oculto, y han llegado, siendo enseñados, hasta dar con él en el nido. Si lo alcanzan, evita éste mientras puede los afanosos mordiscos de sus perseguidores, por sentadas y tendidas rapidísimas: el perro pasa de largo, porque en la expresión impropia de nuestros campesinos - *el perro es duro de boca* - como si se rigiera con freno o por aquella parte, como los caballos.

El llevar perros consigo cuando se va a una boleada de *Avestruces* en grande no está generalmente bien recibido: pero son casi infaltables cuando la empresa es de uno solo o si consta de pocos. Los perros en el primer caso suelen estorbar a los boleadores, y el que los llevase, encontraría con dificultad quien quisiera *hacer medio* con él, o quien se le asociara en las corridas. Siendo ley del juego que el *Ñandú*, aprehendido por los perros, pertenece al dueño de éstos, es una doble ventaja el llevarlos: pero ventaja más que de chambones de egoístas, pues que siendo igual el trabajo en todos, su producto, sin embargo, declina en favor de individuos determinados. El boleador que después de inauditos esfuerzos en un día o mañana de incesante correría ha conseguido ponerse a tiro, y que próxima la presa a caer ya en sus manos, ve que se la arrebató un jadeante y encarnizado perro, denuesta y maldice furioso al pobre animal, y pasa sin escrúpulo y tal vez con razón mucho más adelante.

NATURALEZA DE LA CARNE DEL ÑANDÚ

**Su salubridad. -Distintas preparaciones que recibe, y las que dan a los huevos. –
Conducción de éstos a la distancia. -Plumas. -Toldos o reparos contra la intemperie.**

Los boleadores de *Avestruces*, utilizan, ya asadas, ya cocidas, en guiso o fiambre casi todas sus partes. El alón, la picana (carne de la grupa) y el ventrículo o estómago son presas preferentes. A éste se le despoja de su membrana interna coriácea, a la cual llaman los campesinos *cáscara* y le anteponen a la misma lengua de vaca: por flaco que esté el *Avestruz* no dejan de comerlo, como sucede con aquélla por magro que parezca el vacuno. Aprovechan todas las entrañas, el bandujo o intestinos gruesos, al último de los cuales, que denominan *ocote*, por su anillo o esfínter, le decortican o separan su membrana interior para comerlo. Comprenden bajo el nombre *tripas gordas* a estos intestinos, y a los delgados con el de *amargas*; sin embargo, son éstos los que toman a pesar de su amargor que se lo quitan lavándolos, porque de los primeros sólo es comible el colon y el esfínter del recto, siendo éste, intestino y los ciegos casi del todo membranosos.

Particularmente al volver de la campería, en precaución de que no les falte la carne, traen (alzan) todas las postas o tajadas asadas o sancochadas en agua y sal. Así las transportan fiambres, pendientes del cuello del caballo o entre las caronas, como hacen con la carne de vaca, con cuero o sin él. Cuando la alzan cruda eligen los alones y el grano del pecho (a cuyas presas como a las entrañas llaman *achuras*) porque el resto es fácilmente corruptible por el calor.

La carne del Ñandú joven es naturalmente más tierna y agradable que la del viejo, y no tiene en igual grado que la de éste aquel olor fuerte que la hace repugnante a un olfato y paladar medianamente impresionable. Los paisanos la toman con indudable complacencia durante la *campería*, y aún la estiman en mucho después de estar en sus casas. La reputan como manjar no sólo muy substancioso y sano, sino hasta inofensivo a aquellos sentidos. Pero esos hombres aun cuando los tienen muy finos, no experimentan el menor disgusto por estar como familiarizados con el olor, tan semejante a éste, de la grasa del potro y de la yegua.

Habitados a esa impresión olfativa desde pequeños ya en la extracción de la grasa de esos animales (graseadas); ya en la saca de sus pieles (cuereadas); usando de ese pingüedo o enjundia en días de yerra o de marcación de ganados, y aún de continuo para refrescar y mantener flexibles los lazos, maneadores, bozales, correas de la montura, etc., no extrañan, como los marineros el olor del alquitrán, el que exhala la carne y especialmente la adiposidad o gordura del Ñandú.

Por otra parte haciendo su carneada, asando y guisando a campo raso en medio de un desierto inmenso, es evidente que se pierden en una atmósfera pura y sin límites las emanaciones, que quizás serían molestas para ellos mismos dentro de un recinto poco extenso. Es tal lo incómodo y penetrante de ese olor, que personas no acostumbradas a él, tienen que ventilar sus ropas, si estuvieron en una pieza, donde se asara esa carne.

Pero la poderosa eficacia del aire del campo, el apetito que produce el ejercicio, el entusiasmo del mismo entretenimiento que engendra el vivo deseo de disfrutar el producto de un día de no poca fatiga, la privación al fin que hace contentadizos y sobrios, tienen tal poderío sobre el hombre, que echando a un lado melindres, si se encontró chocando el olfato y el paladar el primer día, lo es menos en el segundo y así sucesivamente hasta perderse con la primera ingrata sensación, la repugnancia a la carne del Ñandú, y parecer ¡oh poder del hábito y de la necesidad! no sólo pasable, sino excelente.

Los campesinos tienen la opinión de que la extraída del Ñandú al Norte del *Salado* preserva un color más oscuro y un olor más fuerte y característico que la de la banda Sur. Lo mismo se persuaden respecto al color de la carne y de la grasa del *Quirquincho* o *Tatu peludo*. En esta especie suponen todavía haber diferencia dentro de la zona interna o Norte, según pasten sus individuos en lomas o en terrenos bajos o cañadas. Pero tal diversidad en el color de la carne y de la gordura de esos pequeños lorigados cuadrúpedos, que es a la verdad efectiva, probable es que provenga en mucho del influjo de la edad o de dos variedades hasta hoy indeterminadas. Por lo demás, esas modificaciones de olor y de sabor en la carne del Ñandú y en la de otros animales, así como las que se observan en alguna de esas cualidades de su leche, parece debieran atribuirse a la naturaleza de los alimentos, de que aquellos se nutren. El esparto de sobre el Salado y de otros puntos comunica su olor y sabor a la carne y leche del vacuno. El bulbo de la familia de los *asfódeles* de los campos de *San Isidro* imprime a este líquido, en esa especie, el olor y el gusto de la cebolla (*allium* cepa). El trébol y la caña del cardo, ambos secos, producen una carne del todo insípida. Esos vegetales aún frescos y la gramilla de los campos internos o costaneros de la Provincia, crían mucho sebo en el vacuno; y los pastos llamados fuertes de los campos al Sur del *Salado*, hacen, por el contrario, abundar la grasa, etc.

Es indudable que la carne del Ñandú, de un olor positivamente repugnante, semejante al de la de potro, lo pierde en parte cuando asada y algo más en el salcocho o después de hervida. Infiérese, pues, que ese olor desagradable se acompaña o reside en la materia extractiva o en el osmazomo, y que se evapora o atenúa destilándose en esas preparaciones. Cuando asada deja ver su color oscuro o al menos el del jugo que le contiene, y en la decocción se disuelve ese principio y se mezcla con el caldo. La costra o cubierta tostada que se forma a la

superficie, y la cual contiene como en toda carne asada un elemento eminentemente sávido, impide probablemente la instilación o fluxión total del osmazomo; y he ahí la razón porque retiene la carne en ese estado una parte de su olor primitivo, mucho más perceptible que cuando absolutamente penetrada por el agua abundante y más disolvente en la concocción.

Los campesinos reputan muy saludable la carne del Ñandú, y en verdad que ni la abundante y casi pasmosa indigestión de ella, ni las grandes tajadas de su gordura que toman de la grupa o picana, les daña jamás, y eso cuando no le asocian otro alimento que el maíz tostado, alguna vez, ni otra bebida que el agua pura y cristalina de los arroyos o lagunas. Ellos creen que esta carne es fresca, lo que no repugna cuando el Ñandú no es flaco o viejo, siendo cargada de gelatina. Esto contribuye, naturalmente, a que no se efectúe un gran desprendimiento de calor, y a que la asimilación sea breve y fácil.

La del doméstico mejoraría indudablemente en olor y sabor, a juzgar analógicamente por lo que se observa en la de los gallináceos silvestres que pasan a nuestros corrales. Aun en este estado la carne del Ñandú es tierna, y parece impregnada de substancias muy solubles. La gelatina interpuesta no se pierde del todo al fuego directo ni por la decocción, aplicaciones poco intensas en las camperías, por la naturaleza débil del combustible usado en ellas. La tenacidad de las fibras que aun en los viejos no son coriáceas, están como relajadas por la grasa y jugos gelatinosos, lo que produce un alimento soluble y digerible para estómagos robustos. Para el de los campesinos toda substancia es indiferente, pues digieren con la mayor facilidad porciones considerables de carnes más sólidas, como la de la gama, la de la liebre, del vacuno, etc. Ellos, ni conocen ni aun sospechan la delicadeza de los sibaritas ciudadanos respecto a la diferencia que la edad y aun el sexo imprimen a la carne del *Avestruz* como a la de los demás animales. Con tal que éste no sea muy flaco, poco les importa su filiación, y aun cuando lo fuese, aprovechan ciertas partes, con mucha más razón - *si la avestruzada anda escasona bastante*- como ellos dicen.

Pero aquella carne tomada en abundancia, comprometería un estómago delicado por lo mismo que está penetrada de una gordura redundante o verdadero aceite animal. Respecto a su color, ella ocupa el medio entre las llamadas coloradas y las salvajinas, como la de liebre, de cabra, de jabalí, que son brunas o casi negras. No sería extraño que su peculiar olor se relacionara o estuviera en conformidad con su color más o menos obscuro.

Los prácticos en las camperías contra *Avestruces*, conocen desde distante el gordo del que no lo es. La señal de grasitud la toman del color más blanco de las plumas de la grupa. Y es exacto, que cuanto es más nítida su albura, mayor es la obesidad del ave.

Los huevos forman una vianda apetecida de los camperos, que los asan y los fríen. Hacen lo primero de varios modos, todos breves y sencillos. Los agujerean por una extremidad, y por allí derraman no todo el albumen, como algunos han escrito, y muchos creen, quizá suponiendo indigerible esta substancia o de mal paladar, sino sólo aquella porción que había de verterse mientras la asadura. Introducen luego un poco de grasa y de cebolla picada, ponen el huevo junto al fuego, revolviendo el todo con un palito le dan vueltas, presentando ya un lado, ya otro, al calor, hasta que queda perfectamente cocido. Si el demasiado viento incomoda la operación, abren un hoyo en la tierra y se conducen del mismo modo, encendiendo en él una pequeña hoguera.

Cuando el hambre apura y no es posible demorarse en preparativos, ponen inmediatamente fuego a las pajas del nido, y con alguna otra chamarasca de las cercanías medio asan los huevos, y así, entre fríos y calientes se saborean con ellos, saliendo satisfechos del apremiante conflicto.

Acostumbran también perforar el huevo de uno de sus polos al otro, e introducir después de derramar cierta porción de albumen, un palito, que le atraviese al modo de eje. Suspendido a él el huevo, cuyos agujeros deben ajustar todo lo posible al travesaño, se le torna ya de un lado ya del otro dentro de la llama de la fogata hasta que queda más o menos asado. Ellos son útiles de igual modo para todos los compuestos en que entran los huevos de gallina, como tortillas, para bizcochos, rosquetes, etcétera.

Muerta una hembra que tenga yemas, las extraen con cuidado en fárgara o envueltas en su propia película, y si las han de conducir hasta el *real*, las embolsan en la *chuspa* ligándole ambas extremidades. En esta disposición las asan en conjunto o por separado en el rescoldo, y las toman cuando revienta la capsulilla que las envuelve o antes. El manjar que resulta, sin otro ingrediente que sal, es delicado, no sólo comparándole con las otras preparaciones usuales en las *camperías*, sino aun las más sabrosas y delicadas del arte culinario en la vida civil. El es suavísimo y dulce y sin duda uno de los más gratificativos al paladar. Se han encontrado más de cincuenta yemas entre grandes y chicas en un ovario. En tiempo de la postura hay siempre tres o cuatro cuyo grandor, que va aumentándose en escala, corresponde a los huevos que primero saldrán a luz.

Las yemas puestas al fuego dentro del ventrículo, sirviéndoles de vasija el esternón o hueso del pecho (mate de los campesinos) componen con su involucro o envoltorio un plato regalado al cual llaman ellos *adobo*. A falta de olla, y aún teniéndola, hace veces de tal ese hueso. Su capacidad, su forma ahuecada y su fuerte textura permiten el freír maíz blanco en él, a expensas de la misma grasitud que exuda, la cual le comunica un sabor peculiar y grato.

La carne se guisa, y los huesos se fríen en este recipiente singular. El resiste al fuego de los tiernos combustibles de las *Pampas*, sosteniéndole por tiempo la misma abundante gordura que ocupa los intersticios del hueso, hasta que se carboniza. *Présteme la oyita amigo, si ya acabó*, dicen los gauchos, cuando sentados al

rededor de la hoguera guisan y asan, ríen y ponderan a un tiempo las aventuras del día. Calientan también agua en la ollita avestrútica para tomar mate, en defecto de la caldera; lo que aún se hace estando ya mondado el hueso y purgado en parte de la grasa que le impregna, no deja de dar a conocer el duro paladar y fuerte estómago de nuestros paisanos de la campaña.

Entre los aprovechamientos del Ñandú, debe contarse la masa cerebral de la cual se sirven para flexibilizar las soguillas de las bolas. Esta substancia tan delicada y mantecosa las penetra y suaviza superlativamente más que ningún otro cuerpo untuoso. También extraen la lámina externa o la epidermis de todo el cuello incluso el buche, de la cual con el nombre de *chuspa* forman una bolsa, cosiéndole su extremidad más ancha, útil para guardar dinero, avíos de encender, tabaco, etc. Esta membrana seca inorgánica como la del hombre, se desprende al modo que la piel en los cuadrúpedos; y como la epidermis de aquél, se halla perforada de agujeros oblicuos por los cuales pasan las plumas implantadas en la dermis, especie de membrana mucosa subyacente. Los huevos se transportan a la distancia en árganas o serones de cuero al cuello de los caballos figurando pretal, o al anca en sarta que cae por ambos lados. Colocados en línea sobre un poncho, jerga u otra tela, se rodea ésta una y otra vez sobre ellos, al mismo tiempo que se comprimen lo necesario. Puédesse si se quiere, colocar un segundo cordón de huevos paralelo al primero, apareando o igualando los de ambos órdenes. Un tiento o hilo fuerte que ciñe circularmente la tela entre huevo y huevo, si el cordón es sencillo, o por entre cada dos, si la línea es doble, los fija separadamente, y evita, inmovilizándolos, el que se choquen. De este modo se conducen en perfecta seguridad y a galope muchas leguas. La sarta del anca se ata a cada lado de la cabezada posterior del recado e inferiormente a la cincha o las puntas de la carona de vaca, la cual se ojala de intento. Cuando desgraciadamente rodó o se revolcó el caballo conductor del precioso depósito significan los gauchos el azar o desgracia del dueño de las cáscaras que antes fueron huevos, diciendo - *quedó el pobrecito enteramente a la desdicha-piasititos, curubiquitas se le hizo too el cargamento*. El propietario, aún cuando cediendo a la primer impresión eche ternos ya redondos, ya angulosos a no poder serlo más contra el maldecido carguero, olvida pronto su infortunio y entra a considerarlo con esa peculiar impasibilidad con que los Americanos (a imitación de los aborígenes) soportan con enérgica firmeza, y tanto mejor cuanto menos conocen los hábitos europeos, los reveses más crueles de la aciaga fortuna.

Las plumas podrían llegar a ser un ramo no de tan corto interés, ya empleándolas en el consumo interior, ya exportándolas. No sería difícil realizar este negocio con algunas ventajas, para los pobres al menos, si en vez de haber casi extinguido esta apreciable familia de los campos habitados y de perseguirla a muerte, casi sin provecho y de ordinario sólo por diversión hasta en el desierto, se procurara crearla de nuevo y conservarla dándole aquel grado de domesticidad de que ella es susceptible.

Estas plumas, aún cuando en su totalidad no tengan el mérito de las del *Avestruz Africano* por carecer las más largas del hermoso albor que dicen tienen las de éste, y de la finura que atribuye don Luis de la Cruz (viaje de Chile a Buenos Aires) a las del *Avestruz* de la cordillera, son útiles sin embargo en aplicaciones de labor y trenzado. Y es probable, que si abundaran, representarían sino un objeto de primera importancia al genio fabril de los manufactureros, el estimado material de una nueva, simple y curiosa elaboración.

Como tienen ellas la propiedad de fijar los colores, se tiñen variadamente, para aprovechar el todo o sólo el hastil o parte transparente y fistulosa, ya sea dividido, ya entero. Se utilizan del primer modo en bordados sobre riendas, chicotes, estriberas, maneadas y botones de maneador, en cestillas, etc. Teñidas de punzó las plumas enteras de la grupa, las de su contorno y las del pecho se usan en coleras y testeras -vistoso adorno de montura que se estila en las Provincias Argentinas, después de establecido en ellas el régimen federativo.

Con las alares más largas ornamentan, desde tiempo inmemorial, varias tribus de indios sus cinturones, los cintillos con que se rodean las cabezas, y sus mujeres atavían con ellas las vaticolas de los caballos que montan.

Los quitasoles contruidos con este material en Chile y en algunas Provincias de la Confederación no podrían ser, aunque ni de lujo, ni vistos, ni más frescos, ni más ligeros, cómodos y aún duraderos.

No hay pluma comparable a ésta para la confección de plumeros, pues sus hebras sueltas, finísimas y largas arrojan el polvo y otras basuras hasta de los más pequeños resquicios de los muebles. La fabricación de plumeros es vasta entre nosotros, donde no hay casi casa donde no haya uno o más, otros se exportan a Bolivia, España, Italia, Inglaterra, etc. La plumas medianas han hecho en todos tiempos el más estimado adorno de los Guerreros Guaycurúes y de las otras nacionalidades indias, que las han colocado en sus morriones, como el primer distintivo de su valerosa profesión.

Las plumas blancas cortas, pueden rizarse para varios ornamentos, y las largas, también blancas de las alas, que son hermosas, se usan en sombreros o gorras de señoras, en turbantes, morriones o sombreros militares.

Respecto a la vida de los camperos, aún cuando ella es móvil, y aún cuando su permanencia en un lugar dependa de la abundancia de Ñandúes en él, sin embargo, al sitio que ocupan momentáneamente o por pocos días, le llaman pomposamente *El Real*. En él, después del cocinado dicho y del de la carne de otros animales silvestres que se pillaron, cada uno hace referencias alegres y de ordinario exageradas sobre los pasajes del día. Se ventila la superioridad respectiva de los caballos, tanto en ligereza y maestría como en orden a la fortaleza de algunos en la cruz que es el punto donde se afirma una mano al disparar las bolas con la otra, momento crítico en el cual si el

caballo afloja al cargarse en un tiro distante, mucho más si el jinete es corpulento, puede hocicar y perder pie con no poco riesgo.

Para abrigarse de un temporal, llevan entre las caronas un cuero de potro desgarrado (ijares). Cuando llueve si se hallan entre pajas altas, atan las sumidades de las que están paralelas, ya una con las otras, ya con las plumas largas alares del Ñandú. Estirando después el *ijar* sobre la frágil bóveda con el pelo para arriba, a fin de que no se recale, lo aseguran del mejor modo.

Si el campo tiene duraznillo, rama negra, u otros arbustos flexibles, forman puntas a las varillas que cortan, y las clavan en dos líneas correspondientes a regular distancia. Doblan luego unas hacia las otras las extremidades al aire y las afianzan con aquel despojo del Ñandú cubriendo después aquel arco prolongado o bóveda con el *ijar*, queda semejante al toldo de una carreta. Cuando es *chilca* la madera de construcción atraviesan de un costado a otro varitas que sostienen perfectamente al *ijar*.

Si esto no alcanza a preservar los costados, se abre con el cuchillo una zanjita por defuera, en aquellos terrenos de suyo blandos, la cual se rellena de paja parada en forma de pared. De este modo queda en el posible resguardo el interior del *toldo*, con cuyo nombre se designa y reconoce aquel habitáculo digno de la sencillez primitiva de las tribus de ambos hemisferios.

DOMESTICIDAD DEL ÑANDÚ

**Modo de conducirlo. -Su ineptitud para el vuelo. -Su facultad natatoria.
-Su voz. -Aprensiones de los gauchos al campo desierto.**

En opinión del ilustre Buffon el *Avestruz* debió servir en lo antiguo de alimento general, pues el legislador de los indios prohibió su carne como inmundada. Refiere también, que el Emperador *Heliogábalo* hizo servir un sólo día en su mesa el cerebro de seiscientos. Por supuesto que los hebreos comían los de su propio país, cuando los Romanos los importaban de otros muy distantes. De modo que parece destinada esa especie a servidumbres extraordinarias entre los magnates de aquellos tiempos remotos. Tan pronto convertidos en jaca real conducen sobre su dorso al estíptico tirano *Firmius* -caprichoso domador de aves terrestres tan pronto el cerebro de seiscientos por una idea gastronómica la más extravagante y caprichosa que ocurrió jamás, satisface la voracidad de los convidados de un buitre humano, coronado como en escarnio de su especie.

Pero si esos pueblos merecieron con mejor título que nuestros gauchos y campesinos, que corren también el Ñandú, el nombre de *Struthophagos*, por el uso más extenso que hicieron de un tal manjar, debían ser bien extraños los medios que adoptaron para criar y conservar esa especie en crecido número. ¿Pero puede existir acaso no un pueblo civilizado, que esto es posible, pero una tribu salvaje tan pobre, tan falta de industria, de tan trabajosa mísera existencia, de cálculos tan precarios y eventuales que hiciera depender su subsistencia de la carne del *Avestruz*, si pasable en los polluelos, bien repugnante, sin duda, en lo adultos? Pero lo que no deja de ser atendible, en los medios de caza que indica el citado naturalista, no se descubre la posibilidad, como ya lo hicimos notar, de abastecer de ese alimento no ya a un pueblo, pero ni a un reducido aduar beduino ni la continúa y molesta vigilancia, ni el dispendio de tiempo, ni el esfuerzo que esos mismos medios exigen, serían reemplazados por el producto de la carne y de las plumas.

En cuanto a la proclividad del Ñandú a la vida doméstica, M. Buffon se la concede al grado de poderse formar bandadas de ellos como se forman de pavos. El señor de Azara dice, que llevados los polluelos a las casas se domestican de tal modo, que andan por todo el pueblo, y que alejándose hasta una legua, vuelven por sí mismos, aún cuando sean adultos. Sin embargo de este aserto, preciso es reconocer que la especie sin ser del todo selvática tiene un apego innato a la independencia, a la vida de los campos, teatro exclusivo de sus combates, de sus amores y de sus conquistas. Principalmente en la época turbulenta del celo pudiera considerársele como el representativo de una continuada perambulancia, siendo entonces bien difícil contenerle. Los individuos de ambos sexos sintiéndose en ese tiempo agitados de un estímulo poderoso y secreto, buscan la sociedad de sus semejantes, y en virtud de ese extraño incitamiento que les conmueve e irrita, se hacen más que nunca andariegos. El macho, púber ya a los dos años, brama a las horas acostumbradas, y tanto él como la hembra procuran sustraerse a toda dominación marchándose a gozar, en la soledad de los campos de libertad completa en sus recíprocas solicitudes reproductivas.

Sin embargo, él resiste la presencia del hombre, pues gambetea a su alrededor, y aún pasa por entre sus piernas, si se le enseñó ese juguete o retozo; le embiste, aún le agarra con el pico sin mostrar intento de dañarle. Si le teme, si huye su cercanía, es porque el racional le maltrata, constituyéndose en todas partes su encarnizado exterminador. Pero por manso que sea el ñandú, aún cuando se detenga delante de las puertas de las habitaciones mirando con ademán curioso, y penetre dentro de ellas, él no permite que le manoseen, que le levanten las alas, ni le corten el paso, pues entonces araña y forcejea no irritado ni por ofender, sino sólo por evadirse. Esa excesiva susceptibilidad y casi indiferencia absoluta a toda clase de halagos le confunden con las demás aves, en quienes se

advierde una idéntica propensión. Tampoco tiene antipatía por el caballo, como dice M. Buffon, tenérsela el de Africa. Al contrario, él vive en pacífica compañía con aquel bruto, como con los demás que el hombre cría y apacienta.

¿Pero la especie ñandúsica se puede criar y mantener por mero gusto, o bien por aprovecharse de su carne y de sus plumas? Ciertamente que sí. En corrales o en espacios circunscritos o estrechos sería difícil, necesitando de gran extensión para su multiplicación y subsistencia. Nuestros establecimientos rurales, y mucho más aquellos de un área extensa, son muy a propósito para la cría y preservación de esta especie, toda vez que gozaran en ellos de protección y seguridad. Ya dice el señor de Azara, que suelen aproximarse hasta los corrales de las estancias, que distan por lo general menos de una cuadra de las casas. Esto es cierto, y cuando no son batidos y acosados miran con indiferencia la cercanía de un jinete, en una distancia mucho más corta que la necesaria para hacer un tiro de bolas.

No es de dudar que volverían a repoblarse los campos internos de la Provincia hasta abundar en ellos, como en lo antiguo, si se observara una conducta opuesta a la presente. En los campos del Sr. *Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas, ilustre Gobernador y Capitán General* de la Provincia, donde estuvo siempre justa y racionalmente inhibida toda correría de *Avestruces*, son numerosas las bandadas que se ven y en proporción las nidadas que ellos cubren. Si ejemplo tan laudable de un sentimiento cuerdo y digno de imitación, por el gusto y conveniencia de poseer cuantiosa y cerca de nosotros esta noble y preciosa especie americana, fuera universalmente seguido (como principia a serlo en los campos donde existen invernadas vacunas o caballares del Estado y en alguna otra estancia) quedaría ella restablecida a nuestras puertas; siendo entonces útil aún para recreaciones ecuestres en cierto tiempo del año, bajo prudentes y equitativas limitaciones.

Pero no es sin violencia que se ha intentado deducir de la propensión o facilidad del *Avestruz Africano* a la domesticidad, la del Ñandú. Debió antes considerarse, que así como difieren ambas especies en punto de estructura, se adistan igualmente en varios de sus multiplicados actos físicos. A la verdad, aun cuando sea mansa la americana en los campos donde mora tranquila, no por eso es susceptible de la pasible dependencia que, según Buffon, caracteriza a la de Africa. Si por aprovechar la carne o plumas o con otro designio se molestara con bolas o de otro modo a ese mismo Ñandú doméstico, él se mostraría más esquivo que el silvestre, y sería preciso emplear contra él más sagacidad e industria que contra el otro.

De esas distintas cualidades y varia organización en ambas especies, resulta que sería disparatada la pretensión de hacer del Ñandú un vehículo de traslación, como sucede con el de Africa, sino es fabuloso el testimonio de algunos viajeros. M. Moore encontró en Africa a un caballero y muy apuesto y a sus anchas como el que más, sobre un *Avestruz* tan de silla como lo fue el inmortal Rocinante. El historiador, con asentimiento de la posteridad, descuidó el informarnos cuál portante agradaba más a aquel extravagante personaje, ni de qué medio se valían él y *Firmius*, tirano de Egipto, para dar dirección al zancudo sustentáculo. De *Firmius* pase; porque siendo rey y sobre todo tirano no le faltarían lacayos o escuderos, que condujeran a la alada cabalgadura poco a poco, ni aparejo adecuado para posarse sobre él con tal cual cómoda seguridad, mucho más si fuera el tirano raquíico o Pigmeo como pudo ser.

Adamson, que es citado como autoridad, vio no en sueño sino con la luz del medio día y muy concienzudamente *Avestruces* tan mansos y tan de carga, que sufría el uno la de dos negrillos, y el otro la de uno bien crecido. Y no se crea, que andaban mesuradamente ni cortas distancias, como es presumible que anduvieran el estrambótico alambrado tiranuelo *Firmius*, nada de eso. Los *Avestruces* que vio con tamaños ojos el buen Adamson montados por los negros no los alcanzaría, en su sentir, el caballo inglés más ligero en las varias vueltas que dieron al rededor del pueblo. El *Instructor*, periódico tan conocido entre nosotros, registra una lámina (Nº 10, Octubre 1844) con referencia a este pasaje; y parece que su ilustrado redactor admite el hecho. Por lo que hace a nosotros, pedimos perdón a la memoria de Adamson, y se nos permitirá que nos mostremos incrédulos a su aseveración como a las de aquellos que opinan como él. Es tan violenta la postura del negro jinete en aquella lámina, sentado en el arranque del cuello, con el muslo derecho levantado y doblada la pierna de un lado, teniendo algo más baja y estirada la izquierda, tocando apenas con la extremidad de los dedos de la mano de este lado el cuerpo, cerca del nacimiento del ala; que no puede deducirse de esa situación preternatural y chocante otra cosa que un esfuerzo de la imaginación en producir una apariencia sin antecedente real.

El aguantarse en tal postura o en cualquiera otra que se adopte sobre el *Avestruz* en plumas, sería un prodigio de equilibrio aún sólo dando algunos pasos acompasados. Sostenerse en ella cuando lo más veloz de la carrera y mientras los giros y tornos acostumbrados, es fingirse una quimera, que podrían únicamente no creerla tal aquellos que no conocen lo resbaladizo de las plumas, la figura ovoide del cuerpo que tanto dificulta la sustentación, y la carencia del menor asidero para manos y piernas.

Podría suceder, que un muchacho con la habitud de montar un *Avestruz* doméstico, y éste ya insensiblemente acostumbrado a la carga, sufriera cabalgado el tranco pausado, mucho más si se sentara sobre una especie de montura dispuesta al intento. Pero sostenerse con montura o sin ella cuando el *Avestruz* parte como una exhalación, y con las alas extendida hace de las suyas; y mantenerse cabalgado mientras daba vueltas al pueblo de ese modo, es una conseja inventada para divertir una noche de velada. Desplegadas las alas y a todo correr el

Avestruz de Podor ¿qué espacio quedaba al jinete para ceñir las piernas, donde las ceñiría para equilibrarse, dónde fijaría el todo o una parte de ellas para no caer en los variados y continuos movimientos de aquél? Las piernas en el aire como se ven en la figura del *Instructor*, sin ningún apoyo en el asiento; lejos de eso siendo este empinado y resbaladizo en extremo, no es posible, en medio de tanta causa de inevitable desliz, mantenerse inquebrantable o inmovido sin la asistencia de un poder sobrenatural.

No hay situación alguna en la que sea posible sostenerse sobre el Avestruz a la carrera. La única, pero insuficiente, sería el sentarse hacia la parte posterior del dorso y adelantando las piernas, cruzarlas por delante del pecho y por debajo de los alones, que quedarían en forma de guardamontes. Pero como esta posición sería insubsistente por la inclinación del dorso, la casi nulidad de base de sustentación y lo deslizante de la pluma, preciso sería asirse de las alas hacia su arranque.

Esto es cuanto se puede concebir, aun para dar una efímera seguridad al jinete, no le sustraería de caídas en la carrera, si el ave pudiera correr entonces. Pero claro está que esto le es imposible, desde que no puede usar de sus piernas trabadas o ceñidas por delante con las del jinete, ni de las alas apresadas igualmente por sus manos. Así impedidos los instrumentos de la locomoción, no sólo no podría el Ñandú marchar adelante sino que necesariamente se empinaría y caería hacia atrás, no teniendo sino dos patas.

Los que saben cuán difícil es sostenerse en un potro, a pesar de ensillado, de la seguridad que prestan las riendas, la compresión de los muslos y de las espuelas sujetas en las caronas, sobre todo cuando el potro corcovea de las costillas, conocerán a fondo la imposibilidad de mantenerse sobre un Avestruz cuando corre de lado. Muchas veces cree el jinete, que el potro en esas difíciles corvetas va a bolearse (tirarse atrás) y se prepara a salir parado abriendo las piernas. Pero engañado en su preparación y habiendo perdido al tomarla la fijeza en el lomillo - *descompuéstose* dicen los domadores- es arrojado a tierra, cuando menos lo esperaba. A este violento lanzamiento llaman ellos - *sacarlo solito*. Si caen de pie, dicen con engreimiento, simulando veracidad en el todo de la frase *Al mandarme le pisé la oreja al mancarrón y sin largar el cabresto me le paré delante*. En esas tendidas suele tocarse la tierra con el pie, lo que significan los domadores con su voz técnica - *Sacar tierra con el estribo*. -¿Qué debería, pues, suceder al jinete del *Avestruz* falto de toda seguridad, que en esos frecuentes tumbos y costaladas sin comparación más rápidas, difíciles y aterradas que las del potro?

Ya dijimos que atando la extremidad de las alas por sobre el dorso no le queda libertad al Ñandú para correr, por consiguiente éste es un modo de conducirlo con facilidad a cualquier parte. De otro arbitrio usan los campesinos para manejarle o sujetarle, y es el mismo de que se sirven en otras partes para transportar al Búfalo, le atraviesan de un conducto nasal al otro una pluma; y sea por la exquisita sensibilidad de esta parte, por la obstrucción de los canales, que impide el paso a un volumen de aire necesario a la respiración, o por la sola oposición de un cuerpo extraño que incomoda, como a Pascal la mosca imaginaria sobre su nariz resulta que la velocidad natural del Ñandú queda reducida a un trote apenas acelerado.

Como se observa en los cuadrúpedos domésticos y en otros animales, el Ñandú tiene una instintiva predilección por el campo donde libre y contento vio primero la luz del sol. Se ha notado que pasado el peligro que lo alejara, regresa al campo nativo; lo que prueba reminiscencia y una instigación secreta de asilo; allí donde reinó para él en mejores días paz y perfecta seguridad.

La estructura de esta ave indica a primera vista su incapacidad natural para el vuelo. Su gran mole no está en rigurosa relación ni con el grosor y solidez, por grandes que sean, de los huesos de sus alas, ni con las de los músculos que las mueven y sobre todo con sus plumas alares lanuginosas, inadherentes entre sí y de barbas disgregadas. La falta de cola para sostener el vuelo, la amplitud y el aplastamiento de su cabeza; el esternón obtuso y excesivamente ancho; sin sacos que contuvieran el aire en el pecho y en el vientre, etc., anuncian, que el destino que señaló la naturaleza a esa ave ponderosa es el marchar sobre la tierra como los cuadrúpedos, envidiosa, quizá, de las que a su capricho miden el éter, y sin resistencia le cortan en todas direcciones. En cuanto a la facultad natatoria ella le está contrariada por la inserción adelantada de las piernas, por su largor y grosor; por tener los tarsos redondos, y no palmeados los dedos; por ser los huesos tan poco fistulosos, lo que produce su gran solidez; por la carencia de aquellos sacos aéreos cuya existencia sería casi tan útil a la especie para nadar como lo sería para el vuelo. También dificulta, o hace defectuoso el ejercicio de esa función la sequedad de la pluma, faltándole al Ñandú la secreción aceitosa que abunda principalmente en las aves nadadoras, y cuyo producto convenientemente distribuido con el pico hace impermeables las plumas.

"Advertido por el instinto de su mala disposición natatoria huye cuanto puede del agua, y los gauchos que lo acusan de - *lerdo para navegar* - procuran por su interés, que sin embarcarse navegue, este desgraciado navegador. No obstante sus desventajas naturales, corta regularmente las aguas corrientes, porque las estancadas o de balsa le ofrecen visible dificultad. De cualquier modo, él atraviesa ríos y arroyos de treinta, cincuenta o más varas, y aun lagunas de varias cuerdas de ancho. Como en el agua muerta nada con lentitud, los gauchos y otros que se entretienen en bolear, los hacen entrar (azotar) a lagunas de poca profundidad donde los pillan más fácilmente que a punta de caballo, particularmente si flotan enredaderas u otras yerbas acuáticas, que los detienen.

Para nadar levantan las alas en forma de bóveda, de modo que no se mojan sino las extremidades, pues a empaparse todas las plumas que las componen, se sumergiría sin remedio. A vista del arqueado alzamiento alar, y

del nadar veloz en circunstancias favorables, gritan los campesinos - *A días que tan ladino y tan satírico; ya te pusiste los mates, agora qué pingo te alcanzará* - con alusión a los mates o calabazas que se ponen debajo de los brazos para sostenerse, los aprendices de la natación.

El nombre de *Tuyú* con que M. Buffon denomina al Ñandú por parecerle semejante a su canto o voz, le es muy impropriamente aplicado, porque no existe la menor analogía entre ésta y el nombre impuesto. La voz del Ñandú es inarticulable, y no hay combinación alfabética que la represente bien o mal: de donde resulta ser indescriptible. Sin embargo, el hombre puede remedarla aunque en tono mucho más bajo, mediante un sonido gutural, precisamente formado con la boca cerrada y durante la espiración.

Ella se divide en dos tiempos continuos y de casi igual entonación, más largo el primero que el segundo. La tráquea toda se infla, y la porción laríngea adquiere una considerable dilatación mayor en el segundo tiempo, cuando hace el ave un más evidente esfuerzo espiratorio. Parece que la voz no principiara en la laringe inferior como en muchas aves, y que fuera del todo compuesta hacia la parte, superior de la tráquea y naturalmente en la alta laringe. Los anillos cartilagosos más próximos a esta parte, están muy separados, y no sería extraño que después de la extensión que visiblemente adquiere aquella porción del conducto aéreo mientras el canto, y especialmente el segundo tiempo, se forman ventrículos o senos en la membrana intercartilaginosa (muy dilatable) y se produjera, con una ligera modificación en los bordes de la *glotis*, ese sonido sin términos ni modulaciones, que con una apenas perceptible inflexión, constituye la voz del Ñandú.

Choca a primera vista, el que ella se proyecte con el pico cerrado (razón porque ella es toda gutural e inarticulable y que el aire violentamente expelido no tenga otra salida, que los conductos nasales). Pero no podía ser de otro modo, desde que no se emplea la lengua demasiado corta, dura, de bordes ternillosos, adherida en su mayor parte al fondo de la boca, y desde que para dar más efusión y fuerza a la voz en esa entonación uniforme y *sui generis*, el aire que sube precipitadamente, y que no puede fluir sino poco a poco por la nariz, llena completamente el espacio bucal, el cual si fuera abierto, originaría un sonido más automático que animal, más el eco inanimado y confuso de un producto artístico, que el armonioso resultado de la organización bajo el imperio de leyes vitales inimitablemente concertadas.

Ese canto alto, hueco, de una sonoridad obtusa, lo hemos oído a tres o más cuerdas en el silencio de los campos, principalmente al caer la tarde o en las madrugadas. El no tiene semejanza con la voz de otra ave, ni con la de ningún cuadrúpedo, aunque la intente uniformar el señor Azara con el mugido del toro; cotejo tan disonante e impropio como el *Tuyu* por la razón que M. Buffon lo aplica.

Entre todos los sonidos que conocemos, aquel al cual pudiera con alguna aproximación compararse el canto del Ñandú es el emitido por la *contra* de un órgano más remotamente, al de *bramadera* puesta en acción -y en término mucho más lejano y sólo para expresar golpes o fracciones de él- al ruido o particular susurro que ocasiona el aire al precipitarse por la boca de un barril vacío. Más desgraciada el ave rey en velocidad pedestre que otros animales cuya voz encuentra palabras imitativas o que es factible inventarlas en su remedo -inferior en esta parte a la rana fangosa y despreciable, que tiene el honor de estar bautizada con el nombre griego *coax*, que es representativo de su fastidioso y nocturno canto, tiene que conformarse con ese capricho del destino, que le priva de un cognomento, que relacionado con una propiedad natural, con un acento de su organización, le designará peculiar e inequívocamente entre todos los moradores del aire y de la tierra.

Por último y resumiendo lo anteriormente expuesto, diremos: que el *Avestruz americano* carece de las extraordinarias cualidades corpóreas que M. Buffon prodiga al de Africa. El no es más que una ave de gran tamaño, de cuerpo poco plumoso, y con ciertas particularidades de estructura que le constituyen absolutamente inadaptado para el vuelo y para una larga natación. A concederle lo que es justo, formará él el eslabón intermedio entre la gran clase alada y los cuadrúpedos, como lo forman el *murciélagos* entre aquellos y los mamíferos. Por consiguiente en nada participa la especie americana del misterioso y nuevo *androgismo* orgánico, o más correctamente de la reunión sino monstruosa extravagante de partes semejantes a las de los cuadrúpedos y a las de las aves, como informa el celebrado M. Buffon, que se hallan en el *Avestruz africano*. El de América no presenta vestigios de tan maravillosa y al mismo tiempo chocante organización.

Sus patas como todo su exterior son netamente de ave. Su estómago es único y no múltiple, como dicen serlo en aquél y como lo es en varios cuadrúpedos. Sus intestinos nada tienen de ambiguo; su particular *longitud* y sobre todo la exacta demarcación o división de los *delgados* con los gruesos indican su pertenencia a un herbívoro.

En orden a la fecundidad de esta especie, cierto es que ella está en oposición con lo que se nota en los cuadrúpedos, en quienes la producción es en razón inversa de su tamaño. Pero esa demasía no debió sorprender a M. Buffon, pues si la regla es invariable en ellos, no tiene aplicación en las aves. El pavo, el pato, la gallina y otras especies mayores, son considerablemente más multiplicativas que otras pequeñas.

Al poner término a este capítulo, creemos oportuno informar, que los gauchos aunque tan apasionados a las camperías en solicitud del ñandú predilecto, de gamas o de baguales, manifiestan, sin embargo, como los campesinos en general, aprehensiones al campo yermo, donde se ocupan con tanto gusto en esas bizarras y alegres excursiones. Prevenidos por la impresión fantástica e imponente que origina de suyo el aspecto de un desierto

inmenso, solemne y misterioso; o influidos más bien por los desastres sucedidos a varios camperos, muestran cuando discurren sin el entusiasmo que por lo regular los domina al tratar este asunto, cierto respeto supersticioso por el mismo campo que forma sus delicias, cuando le recorren montados en briosos caballos, cuando mientras se sirve por docenas el mate amargo o cimarrón de la fogata, refieren con agudeza cuentos galantes y festivos, celebrando en términos inflados y ostentosos sus bellaquerías y sus hazañas increíbles a veces -o cuando hacen crujir entre sus blancos y fuertes dientes, largas y jugosas tajadas del humeante asado que abrasa los dedos y escuece la boca.

En aquellos momentos de concentración mística o maliciosa tal vez (porque de todo tienen ellos) exclaman con ademán formal, afectando un rostro contemplativo y gesticulador, mucho más si se hablan con personas de otra esfera social:

" *Mire*, señor, el campo es lindo, el campo da hambre, da sueño y da sed. Está cubierto de flores que incanta, y que son una maraviya; tiene agua en los médanos y lagunas, que cuanto más se bebe de eyas da más se: en el campo se puede decir, que no encomodan el frío ni el calor ni los insectos. ¡A pastisales Virgen Santísima! en cuatro días se ponen potentes los mancarrones, gordazos e capaúra. Va uno trompesando en cerriyos lindos pa mangruyar (observar de oculto) a los indios toita la vía enemigos de los cristianos; si paese que el señor echo su bendición sobre aqueyos campos, pa ricriación de sus creaturas. Agora bastimentos pa que es platicar, hai que es barbariá: hai (y se señalan sucesivamente los dedos de la mano) mulitas, pelúos, gamas, quirquinchos, venaos, liones, perdices -güevos y pichones de toos los pájaros en las lagunas, en los guaicos y entre las pajas, en fin de too bicho. Bagualáa hai que da mieo: ¡avestruzáa he pucha! (y levantan las dos manos semiarqueando los brazos en señal de admiración) avestruzáa hasta esir basta, se divisa como buraa. En los campos toos las achaques se curan, hasta la tis (enfermedad es la tisis a la cual, sin saber lo que es, tienen terror pánico los gauchos). En eyos naides ha visto májicas ni cosas malas: sólo en la sierra isen los antiguos, que había salamancas y músicas toitas las noches, pero ni eso hai agora siquiera. E día el campo es de uno, y e noche no hay cosa más linda, que dormirse sobre las caronas al ruido e las pajas. En fin no se le haga faula (y éste es el superlativo en las exageraciones de un gaucho) no se le haga faula: en los desiertos olvida el hombre hasta la ingratiú y mala correspondencia e las mujeres. Pero, señor; no hay que fiarse en toos esos halagos, porque el campo es también engañoso como la Sirena. El atraí al hombre, lo encanta y lo aquerencia, pero al fin él se lo come. El más gaucho viene por último a dejar sus güesos blanquiando entre las pajas o a oriyas de una laguna".

Y aquí lanzan un hondo suspiro, se entiende por costumbre y no porque les afecten las tarascadas dadas de vez en cuando por los tigres, o el aplastamiento, que hace perder en los porrazos del caballo lo bueno y lo malo de la prístina figura a los desventurados que lo recibieran. Suspiran, sin que les toque al pelo del poncho el sentimiento que aparentan; y sin embargo ese desagradable presentimiento, ese suspiro tradicional tienen su fundamento.

En el lenguaje figurativo en que pintan con exageración la hermosura natural del campo y los atractivos de la vida libre y móvil que hacen en el desierto, introduce con mucha razón esa reflexión lúgubre, aunque menos ponderada que lo es en el cuadro la perspectiva al reverso, que tanto los seduce. En efecto esas *camperías* traen el peligro, como ya se dijo, de una rodada, en la que pudiera ser un hombre hecho pedazos, estropeado o fracturado a una distancia considerable de cualquier auxilio. El encuentro con un enorme tigre capaz de hacer desaparecer a un hombre en un momento. También es posible quedarse a pie a pesar de todas las precauciones; ya porque los caballos huyeron asustados por el tigre o por un ruido extraño, o a la simple vista de una bagualada que los atrajo: ya también por un casual extravío o separación de los compañeros en llanuras que carecen de señales o balizas para el que no las conoce exprofeso. Aquel suspiro luctuoso que también pudiera referirse al peligroso golpe de una bola que se cortó al darla vuelo un jinete cercano: con aquella triste consideración - *que el campo come al fin al hombre más gaucho* - dan a entender el grave riesgo que corren aquellos que reiteran las camperías, y la probabilidad de que a la larga sucumban a una de esas desgracias de acceso tan posible. *El mejor nadador es del agua*, dicen los marineros con referencia al término ordinario de los que frecuentan el mar.

Hemos concluido nuestra tarea: si hicimos lo que pudimos por perfeccionarla, no creemos por eso haberlo conseguido, pues como dicen en su idioma rústico, pero tan significativo los gauchos - *el argumento del Avestruz es muy largo* - y aun cuando esta descripción lo sea igualmente, ni lo dijimos todo en ella, ni habremos acertado siempre, ni evitado el error en que lo expusimos. Los venideros reivindicarán esas faltas, siendo menos concisos y más exactos que los naturalistas, que han tratado hasta hoy sobre el Ñandú. Ellos reconocerán en este trabajo, el corto estudio que hicimos de la hermosa familia ñandúesica y nos es lisonjero esperar que valorarán una parte, aunque mínima, del que emprendimos sobre el genio y hábitos de nuestros apreciados compatriotas de la campaña.

[Volver a: Producción de ñandúes](#)